

Cartas nuestramericanas.

Lecturas en voz alta del intercambio
epistolar entre Pedro Emilio Coll
y Miguel de Unamuno

Alexandra Mulino



C O L E C C I Ó N B O L Í V A R X X I

Bolívar

Centro de Estudios
**Simón
Bolívar**



Cartas nuestramericanas

LECTURA EN VOZ ALTA DEL INTERCAMBIO EPISTOLAR
ENTRE PEDRO EMILIO COLL Y MIGUEL DE UNAMUNO

Alexandra Mulino



C O L E C C I Ó N B O L Í V A R X X I

Centro de Estudios



Cartas nustramericanas
Lectura en voz alta del intercambio epistolar
entre Pedro Emilio Coll y Miguel de Unamuno

Primera edición:

© Centro de Estudios Simón Bolívar, 2026

Dirección editorial

MaR

Coordinación editorial

Mariangélica Delgado Vilera

Edición

Iraima Mogollón

Corrección

Longina Tovar

Diseño de portada

Alejo

Diagramación

Mónica Piscitelli

ISBN: 978-980-7975-90-2

Hecho el Depósito de Ley:

Depósito legal: DC2026000750

Caracas, Venezuela, 2026

*Al profesor Pedro Calzadilla, presidente del
Celarg, por impulsar y respaldar los estudios
nuestroamericanos y venezolanistas.*

Agradecimientos

Todo mi afecto y respeto a Marian Marrero Hanson, del Centro de Estudios Simón Bolívar, por su empeño y fructífero trabajo a favor de la patria bolivariana y nuestroamericana.

Agradezco el trabajo profesional de la editora Iraima Mogollón; de igual manera, mi reconocimiento a todo el equipo editorial del Centro de Estudios Simón Bolívar.

Índice

A modo de proemio	7
Capítulo I. Primer tiempo	18
Capítulo II. Segundo momento	53
Capítulo III. Tercer período	79
Capítulo IV. Tiempo de espera	107
Referencias	112
Adenda A. Misivas de Pedro Emilio Coll	
Respuestas de Miguel de Unamuno	117
Adenda B. Misivas de Manuel Díaz Rodríguez, Pedro César Dominici, Eloy Guillermo González, José Gil Fortoul y Alejandro Fernández García a Miguel de Unamuno	138
Adenda C. Misivas de Rufino Blanco Fombona a Miguel de Unamuno	149
Índice onomástico	157

A modo de proemio

Maestro Miguel de Unamuno, ante su nicho estuve cualquier día, de hace algunos años, en el cementerio de Salamanca. Le agradecí, muy sinceramente, su americanismo, su voluntad por reconocer sustancialmente aquellas tierras allende los mares tan menospreciadas por la concepción eurocéntrica de la historia. Usted fue valiente, respetuoso, interesado, en el mejor sentido de la palabra, no solo por las hazañas de nuestros grandes próceres de la Independencia sino, también, por aquellos jóvenes escritores que despuntaban a la vida pública dominada otrora por arribistas y aventureros¹.

Usted amó a la Argentina, a Uruguay, a Nicaragua, entre otras naciones americanas, pero por Venezuela sintió especial cariño no solo por tener usted allí una rama criolla de parte de la familia Jugo², sus parientes maternos, sino por la grande figura de Simón Bolívar, el Libertador, aparte de Francisco de Miranda y Antonio José de Sucre. De igual manera, usted apreció, en sus justos términos, las obras escritas por aquellos muchachos que aspiraban refundar la venezolanidad lejos de la idiosincrasia de caudillos y macheteros profundizada por José Antonio Páez una vez separada Venezuela de la República de Colombia o Gran Colombia, esta expresión última fue denominada *a posteriori* a finales del siglo XIX³.

1 La separación de Venezuela de la República de Colombia, en el año de 1830, en manos de José Antonio Páez, líder del movimiento La Cusiata, sumió la vida política del país en guerras de guerrillas permanentes bajo la dirección de caudillos. Este asunto histórico se discute a lo largo de los coloquios.

2 Especialmente, en la adenda A, léase la carta escrita por Pedro Emilio Coll a Miguel de Unamuno, fechada en Madrid, un 1.º de junio de 1922. Además de la respuesta de Miguel de Unamuno a Pedro Emilio Coll en la misiva escrita en Salamanca, el 6 de junio de 1922.

3 Del Congreso de Angostura nace la *Patria Grande* (expresión popularizada por Manuel Ugarte), conformada por Venezuela, Cundinamarca y Quito.

En mis manos, cartas escritas a usted por mis compatriotas venezolanos Pedro Emilio Coll, Rufino Blanco Fombona, Eloy Guillermo González, Pedro César Dominici, Ernesto Sifontes, J. Fernández Hurtado, M. M. Buenaventura, José Emparan, Antonio Pietri Daudet, Mario Briceño Iragorry, Diego Carbonell, José Rafael Pocaterra, Ismael Urdaneta, M. Pinzón Uzcátegui, Delfín Matute, Tulio Febres Cordero, Manuel Díaz Rodríguez, C. Medina Chirinos, José Tadeo Arreaza Calatrava, Carlos Rangel Báez, Juan B. Lamedra, Alejandro Fernández García, Juan Liscano Vargas, Rómulo Betancourt, Luis Correa, Henrique Soubllette, José Gil Fortoul y José Santiago Rodríguez⁴.

Si bien, durante casi treinta y cinco años, usted cultivó preciosa y sincera amistad con Pedro Emilio Coll⁵, leal amigo y bienamado discípulo, de sus misivas a Pedro Emilio se conservan seis; asunto que me permitió correlacionarlas y conocer sus confidencias, angustias, críticas y demás asuntos de almas atribuladas en medio de una modernidad que se perfilaba decadente, positivista, lógica y escéptica. Las siguientes cartas logré entrecruzar. (Cuadro 1):

Cuadro 1. Fecha de misivas entre Pedro Emilio Coll y Miguel de Unamuno

Pedro Emilio Coll <i>Fechas de sus misivas a Miguel de Unamuno</i>	Miguel de Unamuno <i>Data de sus cartas a las de Pedro Emilio Coll</i>
Caracas, febrero de 1900	Salamanca, 1899
Caracas, 7 de febrero de 1900 (1901) ⁶	Salamanca, 31 de marzo de 1901
Caracas, 5 de marzo de 1903	Salamanca, 31 de marzo de 1903
Madrid, 20 de octubre de 1916	Salamanca, 25 de octubre de 1916

4 Véase notas biográficas de estas personalidades ordenadas alfabéticamente en una lista de nombres, al final (N. del E.).

5 Esta afirmación se deduce por las fechas de la primera y última cartas escritas por Pedro Emilio Coll a Miguel de Unamuno: febrero de 1900 y mayo de 1935, según lo hallado en el archivo de Miguel de Unamuno.

6 El año correcto es 1901. En la carta original dice 1900, pero se trató de un *lapsus calami* del remitente.

30 de junio de 1917	Salamanca, 2 de noviembre de 1917
Madrid, 13 de octubre de 1917	
Madrid, 25 de marzo de 1918	Salamanca, 30 de marzo de 1918
Madrid, 1 de junio de 1922	Salamanca, 6 de junio de 1922

Apreciado rector, ruego permítame escudriñar sus respuestas epistolares a Pedro Emilio, además de participar de sus *diálogos* postales. Justamente, la muerte no logra corromper el alma transpuesta en las ideas. Por supuesto, con una condición considerada a su autoridad: abriré mis *coloquios* interpelando a Pedro Emilio a fin de conocer qué requirió el otrora mozo de su maestro, de usted. A su vez, sus apreciaciones críticas a este, por extensión, continúan siendo elevadas y medulares para los hombres y mujeres de hoy, de un hoy que se torna eterno y que burla nuestro hado final, la tumba.

Rector Unamuno, en cualquier mes del año 1899 Pedro Emilio entabló relación epistolar con usted; lo sé por su carta escrita, durante ese mismo año, al referido coterráneo y publicada en *El Cojo Ilustrado*⁷, un 15 de noviembre de 1900, a petición de sus directores. Lamentablemente, la carta primigenia del intelectual venezolano no la hallé en su archivo personal, quiero decir en el archivo de usted, en Salamanca⁸.

Ruego, maestro, consiéntame transcribirla junto con la contestación de Pedro Emilio redactada en Caracas, un día de febrero del ya lejano año de 1900.

7 Prestigiosa revista caraqueña, editada cada quince días. La primera edición se publicó en el año 1892; dejó de circular en 1915.

8 Las cartas de los intelectuales venezolanos nombrados arriba reposan en el archivo de Miguel de Unamuno (Fondo Miguel de Unamuno. Archivo Universidad de Salamanca). La primera carta escrita por Pedro Emilio Coll al rector no se encuentra en el mencionado repositorio.

§§§

Universidad de Salamanca: 1899⁹

Señor Pedro-Emilio Coll:¹⁰

.....

Pocas cosas me han henchido más el pecho del alma desde que de mi Vizcaya vine a este austero ciudadón a vivir mis ideas y mis sentimientos, a hacer fructificar mi niñez –una preñada niñez de montañas– como la acogida que mi labor empieza a tener en la América y los americanos de lengua española. A ver si aquellos, si esos países jóvenes llegan a ser para nosotros mundo, ya que esto es claustro.

Aquí trabajo y vivo gracias sobre todo al recogimiento y a haberme aislado de la charca de Madrid. Mi constante predicación (porque a sermón huele) halla en España mucha resistencia; no comprenden la fe libre, libre de dogma, la santa tolerancia. Todo lo corroe la tiranía de las pseudoideas. Unos me llaman anarquista, otros místico, jesuita algunos, desequilibrado muchos, protestante unos cuantos y yo

dejo decir y sigo mi camino

Sigo mi camino, empeñándome en que no se pregunte a nadie de dónde viene, ni qué credo tiene, ni cuáles son sus ideas, sino que se le sienta latir el corazón. Es buena toda idea del hombre bueno. Figúrese usted la labor en un pueblo como este endurecido por un dogmatismo secular, donde el espíritu católico, lógico formal, esquemático, exterior, ha ahogado al espíritu cristiano, a la fe libre que consume y transforma al dogma mismo que engendró. En una inespiritualidad lamentable; resulta el pueblo más incientífico y más irreligioso que conozco.

Mas es inútil hablarle de esto, ya que ha leído mi *En torno al casticismo*, trabajo que, con ligeras adiciones y algún repaso, proyecto desde

9 Carta de Miguel de Unamuno a Pedro Emilio Coll. 15 de noviembre de 1899. Publicada con el título «Párrafos de una carta» en *El Cojo Ilustrado*, N° 190, p. 729.

10 Se actualizó la ortografía de las cartas, sin alterar ni el sentido ni el léxico propio de los originales.

hace tiempo dar a luz en un volumen. No lo he hecho aún esperando a poder hacerlo por mi cuenta, ya que no he encontrado aquí, hasta hoy, editor que se me resuelva. Ahora que tanto se habla de la psicología del pueblo español y que tanto juicio superficial o viciado se emite, creía yo de interés la publicación de ese mi trabajo de hace cinco años. Pero se me ha hecho aquí una fama de enrevesado, sibilítico y difícil (fama que empiezo a deshacer) a tal punto que los editores se resisten. Por esto espero repetir lo que hice con mi *Paz en la guerra*, de que salí muy bien librado.

Y dejándome ya del funesto yo, vuelvo a lo otro. Lo otro es América.

.....

Con todo lo turbio que hay en las actuales letras americanas se ve que aspiran a algo cada vez más alto, que es el *jexcelsior!* su divisa, que no se duermen en el rutinarismo que aquí impera ni, como nosotros, se jactan de un equilibrio engañoso de salud gañanesca. Si le he de ser franco me duele algo de la influencia casi exclusiva que la actual literatura francesa allí ejerce, pero ello tiene su razón: la nuestra no puede influir porque no da sustancia. Yo, personalmente, gusto poco de la literatura francesa. Me gustan los suizos y los belgas que escriben en francés, pero los parisienses muy poco. El espíritu francés es casi siempre sensual y lógico, y ni la sustancia ni la lógica me atraen. Solo las quiero como escalones para la suprasensualidad y la metalógica, para lo místico y lo intuitivo. Nunca he podido concluir un libro de Lavedan, Donnay, Marni, Loti, ni aun de Bourget. Los leo, sin embargo, en mi empeño por comprenderlo y gustarlo todo. Veo siempre o superficialidad o pose. Y hay muchos Paul Adam que empiezan por audacias de llamar la atención para acabar en tíos Sarcey. O como Barrès. Ahora los grandes, Taine, Zola, Daudet, Heredia, Huysmans, etc., son otra cosa. Pero prefiero a Amiel, el abismático Amiel, y aquel estupendo *Obermann* en cuyos brazos se aduerme el alma. De todos modos no encuentro hoy novelista francés que me llene como Hall Caine o Humphrey Ward; aburre la eterna cantinela del amor sexual y del adulterio. Parece que se ha extinguido el alma de Pascal. Por todo esto me gustaría que la influencia francesa se templase con otras literaturas. Cierto es que yo, que me siento poco o nada latino (en rigor no lo soy, como vasco) gusto más de lo inglés, alemán y escandinavo, me

complazco en la bruma. Mucho de esto diré en el prólogo con que enca-bezo algunas traducciones de Wordsworth, el dulce poeta lakista.

Veo que dejándome llevar de mi epistolomanía convierto esto en charla suelta. Es que quiero tratarle como a amigo. Por esto le expongo mis preferencias, de que quisiera curarme para preferirlo todo. Aspiro a no excluir nada. Tal vez mi mayor labor íntima son mis ocho años de enseñanza de la lengua y la literatura helénica siendo yo tan poco heleno. En esta obstinada labor, traduciendo mucho y en cada curso distintas cosas, he ido estudiando lo helénico y con el estudio más fructuoso, el que da una sosegada exégesis en clase, ante reducidos alumnos. Algún día publicaré el fruto de mi enseñanza del griego. Leyendo a Nietzsche he visto cuánto sacó de los griegos de cuya literatura fue (como lo soy yo) profesor universitario. Casi toda su doctrina en lo que no procede de Schopenhauer o (pasando por Feuerbach e Hirner) de Hegel, viene de los sofistas griegos. El *sobre hombre* es helénico y depurado se encuentra en San Pablo. Le digo, pues, que pienso escribir con calma el fruto de mi labor universitaria. No en vano habré traducido y comentado a Homero, Platón, Sófocles, Tucídides, etc. Y los griegos me han ido reconciliando con los franceses; he llegado hasta apreciar lo que vale expresar elocuentemente lugares comunes, y lo que la gracia vale. Pero de lo griego priva en París ahora lo alejandrino, lo artificioso, lo manchado de literalismo. Y otro mundo, mundo inmenso, y es la literatura cristiana de los seis primeros siglos, la de los heresiarcas. ¡Qué riqueza! El mundo de orígenes y Bazílides y bar Sudaili es un mundo de ideas nuevas, siempre nuevas.

Hoy parece que, en Francia, miran ya hacia fuera y se abren a otros espíritus, pero siempre con reserva. El alma francesa no se entrega más que en apariencia; siempre enamorada de la *belle ordonnance*, raciniana siempre, siempre con lógica port-royalesca, siempre estimando a Shakespeare como un bárbaro interesante. Es inútil que un Richepin (que me gusta mucho) se declare turanio; es francés siempre, y francés a quien le cantan en el alma los clásicos que estudió en el liceo. Es difícil que sientan a Carlyle, v.gr., porque no tienen en el alma nada de puritano, las disputas sobre la predestinación nada les dicen. Con haber sido un país de teólogos, y muy grandes, no lo ha sido de místicos. Los místicos son

flamencos, españoles y también italianos. Lo que ahí llaman misticismo es otra cosa, una cosa ya pegajosa, ya babosa, ya logomáquica.

Y basta de disertaciones.

.....

Miguel de Unamuno

§§§

Universidad de Caracas: febrero de 1900¹¹

Querido maestro:

Por este mismo vapor le envió un número de *El Cojo Ilustrado* y mi libro o folleto *Palabras*. En el número de *El Cojo* encontrará Ud., algunos párrafos de la carta que me escribió en meses pasados. Me tomé la libertad de publicarla: 1.º Porque no quería reservar para mí solo los admirables conceptos que encierra, y 2.º Porque deseaba que los demás supieran que Ud., me honraba con su correspondencia. Y esto no solamente por humana vanidad sino también porque creo que debe hacerse visible esa obra de alianza espiritual que se está haciendo entre hombres de diversos y lejanos pueblos. Amistad que pone en contacto tal vez la parte mejor de nosotros y que quién sabe qué frutos dará en el porvenir.

Ud., es hoy para mí la voz más alta de España y de los primeros educadores de este tiempo. Mi alma sigue la suya en los infiernos, los purgatorios y los paraísos del pensamiento.

Mis *Palabras* le dirán algo sobre lo que yo creo ser. Aquí, unos por alabarme y otros para rebajarme me llaman *renanista* y *anarquista*, lo que es quizás una contradicción, pero yo amo las contradicciones (si es que existen), y a mí que no gusto de las clasificaciones, gozo con los membretes que me pegan.

11 Carta de Pedro Emilio Coll a Miguel de Unamuno. Caracas, febrero de 1900. Fondo Miguel de Unamuno. Archivo Universidad de Salamanca.

Cuando escribí los artículos que están coleccionados en *Palabras* no le había leído a Ud., y apenas conocía a Emerson, Carlyle, Ruskin, Amiel, Maeterlinck, Remy de Gourmont, Whitman y otros que son los conductores de mi vacilante inteligencia en este momento.

Se me olvidaba advertirle que porque admiro a Verlaine y a nuestro querido Rubén Darío me nombran *decadente* lo que no deja de perjudicar en este país de generales y de guerras permanentes.

Le agradecería muchísimo que me hiciera el favor de mandarme los libros que me ofrece.

Estoy ahora empleado en la Secretaría de la Universidad de Caracas y seré el director de los anales de este Instituto, revista que pongo desde ahora completamente a sus órdenes y que espero Ud., honrará con su inapreciable colaboración.

Tal vez en mi próxima carta pueda dejar correr la pluma con menos encogimiento.

Créame su amigo y discípulo.

Pedro-Emilio Coll.

§§§

Maestro, de su valiosa carta a Pedro Emilio, en esta introducción a *mis coloquios*, subrayo algunos asuntos referidos:

- 1) Su inmensa soledad;
- 2) Su antipositivismo que lo llevó a comprender a América en su justo sentido histórico;
- 3) Su amor a los hombres de *carne y hueso*, su verdadera religión;
- 4) Su sed de *intrahistoria*;
- 5) Su prédica de hallarnos en nuestra casta que no es la raza en términos biologicistas, sino en la lengua, que es la *sangre del espíritu*.

Ya lejos de su terruño y de la «charca» de Madrid, Salamanca se tornó en su claustro que permitió el recogimiento del alma, pero en la más inmensa soledad por la incomprensión que allí le aguardaba. Usted, hombre de ideas preclaras, combativo, sin *medias tintas* en sus apreciaciones, se dio de golpes contra los muros de una iglesia dogmática, to-

mista, cuya *cristianización* de Aristóteles mató a la iglesia primigenia, comunitaria. Además de otras posiciones *a la moda* impuestas por el positivismo comtiano y durkheimiano que tanto influyó en la construcción del hecho social; tan sin almas sus actores sociales, diría usted.

Pero qué suerte tuvo América, y nosotros los americanos, de ayer y de hoy, por todas esas aparentes contradicciones sufridas por usted, ya que fueron, justamente, las que le permitieron construir el *punte* con el otro lado del océano, sin prejuicios, sin sed de evangelización religiosa, sin necesidad arrogante de civilizarnos según las fases del más rancio positivismo. Muy al contrario, fraternizó con América a través de nuestra lengua en común. Así se lo hizo saber a Pedro Emilio y, luego, a todos los lectores de *El Cojo Ilustrado*. Sobre esto último, vale la pena recalcar que usted respetó la semántica histórico-social propia de nuestros pueblos. No nos impuso ninguna interpretación; por ello su avidez por conocer no solo a sus héroes de la Independencia, sino la producción intelectual de sus eruditos en general. A propósito, en «La hermandad hispánica», artículo escrito por usted un 18 de mayo de 1917, refirió al respecto lo que en su carta de 1899 aún estaba en germen:

... podemos asegurar que los más dignos y más conscientes espíritus de aquellos pueblos no reconocen eso del depósito del patrimonio espiritual de una gran raza en poder de la llamada madre España. Ese patrimonio, en cuanto queda, es comunal; lo disfrutamos en común con las naciones americanas hermanas –no hijas– de lengua de la nuestra¹².

De igual manera, en su misiva, maestro, se vislumbra su futuro libro: *Del sentimiento trágico de la vida en los hombres y en los pueblos*. La necesidad de comprender e interpretar, más que explicar socioantropológicamente a los hombres en situación; es decir, en sus comunidades. Golpe certero a un cientificismo válido y funcionalista y a una odiosa y dogmática religión cuya práctica exotérica mató lo más íntimo de su *doctrina secreta*, esotérica, a favor de una mentalidad inquisitorial.

12 Miguel de Unamuno. 2002. «La hermandad hispánica». En *Americanidad*, p. 19.

Asimismo, sobre la base de su *En torno al casticismo*, que alude allí en su epístola, recomienda a los talentos noveles americanos abandonar su tendencia a imitar la literatura francesa, más bien la parisina, por su carácter superficial y llena de poses. Alentó la búsqueda de la americanidad, en este caso la venezolanidad, en la propia casta; indudablemente, usted no los invitaba a asumir actitudes chovinistas, y menos aún fascistas, en vista de que no afincó su tesis sobre la noción positiva de raza; usted alentó el estudio histórico-social de la *vida íntima* de sus pobladores a través de sus campesinos, indígenas y otros grupos desacreditados por la visión colonialista del mundo.

De la respuesta de Pedro Emilio, se entrevisté al discípulo, al joven que estaba en búsqueda no solo de su ser sino el de la propia nacionalidad fuera del radio de «generales y de guerras permanentes»¹³. Por tal razón, con sincera timidez de principiante, le refirió a usted, rector Unamuno, que «es hoy para mí la voz más alta de España y de los primeros educadores de este tiempo»¹⁴.

Sinceramente, institutor y rector, usted cumplió con su cometido no solo moral sino pedagógico con todos estos mozalbetes de ayer, especialmente con Pedro Emilio Coll, quienes intentaron descubrir en usted no solo a un amigo sino al maestro que guiase sus pasos vacilantes en un mundo que se tornaba cada vez más plano, superficial y mercantil en el peor sentido instrumental.

Por todo lo dicho, respetable regente de la siempre noble universidad salmantina, le reitero su autorización a fin de introducirme como dialogante entre usted y Pedro Emilio, pero, repito, con un prerrequisito: inquirir a su incondicional alumno a objeto de conocer qué intentó descubrir por medio de usted; por tanto, maestro, sus confesiones y afirmaciones son las claves pedagógicas que lo han guiado en su angustia vital. Por ello, debo advertirle que incluiré en esta *conversación* a otros de sus grandes admiradores, tales como Rufino Blanco Fombona, Manuel Díaz Rodríguez, José Gil Fortoul, Alejandro Fernández García, Eloy Guillermo González y Pedro César Dominici. Sus orientaciones a todos

13 A lo largo de los coloquios, léanse comentarios al respecto.

14 Carta de Pedro Emilio Coll a Miguel de Unamuno. Caracas, febrero de 1900. Copiada arriba.

ellos, aún sitúan a muchos americanos y venezolanos de hoy, si bien, fundamentalmente, escudriñaré el intercambio postal entre usted y Pedro Emilio. No debo olvidar mencionarle que requeriré explicaciones a Pío Baroja por ofensa proferida a usted y a los americanos.

Por esta gran oportunidad gracias, don Miguel de Unamuno, maestro de maestros.

Capítulo I

Primer tiempo

Pedro Emilio, me descubro ante tu tumba. Me siento extraña porque de alguna manera te vislumbro y converso contigo en mi día a día cargado de perplejidad e inquietud. Te siento vivo en tus palabras. Tus escritos consuelan y ayudan a rastrear la búsqueda eterna de nuestra venezolanidad difícil, compleja, dolorosa, tal vez extraviada en discursos, ensayos, constituciones, tratados sociológicos, jurídicos, militares, económicos y filosóficos; cuentos, novelas, teatro, cine, juegos y culinaria; en fin, en las diversas bibliotecas, hemerotecas, cinematecas, archivos particulares y de la nación, además de las variopintas expresiones culturales de nuestro pueblo.

Tuviste *don de gentes*, aunque lo negaste siempre; tal vez, en su definición estricta, tenías razón porque no intentaste atraer ni persuadir a nadie, mas no pudiste negar tu franca cortesía, tu sentido profundamente humano y sin vanidad alguna con el prójimo, así fuera un desconocido. Muchos te abordaron para intercambiar algunas ideas, comentarios, interrogantes, en fin, supieron apreciar tu presencia moralizante. Hoy en día, tan solo me queda imaginarte en tus mensajes.

Sobre esto último, creo escuchar tu voz alertándome que no ambicionaste redactar mensaje alguno. Lo intuyo, tan solo intercambiar sentidos. Tu *mal de alma*, tu eterna tristeza, confesada mil veces al maestro Miguel de Unamuno, te ubicó en el mundo sin prepotencia, casi como solicitando perdón por estar:

Pero yo no deseo tener deberes y obligaciones cortes con Ud. a quien quiero y respeto fraternal y francamente. Así es que si no digo nada al

público acerca de sus poesías, es porque no me hallo ahora en el estado de ánimo indispensable para apreciarlas debidamente¹.

Tu desaliento, Pedro Emilio, es la tragedia del hombre que enciende la *antorcha* de su alma. Ya tu gran amigo, el digno rector de la universidad más antigua de España, emplazada en Salamanca, lo dijo: «La conciencia es una enfermedad»². ¿Por qué tu interés en escribirle al rector Unamuno? ¿Creías encontrar las respuestas a cuestiones vitales en aquel que se encontraba allende los mares? Mal que intentaste exorcizar con la fundación de la revista *Cosmópolis*³ en 1894, junto a tus amigos Pedro César Dominici y Luis Manuel Urbaneja Achelpohl; luego, con la publicación de tu libro *Palabras* en 1896, entre otros; entonces, ¿por qué revelaste tu ánimo y voluntad a Unamuno?

En conversaciones con algunos de mis amigos, consideraron que la visión colonialista permeó tu intención primera de acercamiento a Miguel de Unamuno: «Mi alma sigue la suya en los infiernos, los purgatorios y los paraísos del pensamiento».

¿Por qué tu alma no buscó en los «infiernos, los purgatorios y los paraísos» a Simón Rodríguez o a tantos otros venezolanos de alta valía intelectual?

Posiblemente, y en parte, ellos tengan la razón, después de trescientos años de coloniaje hispánico su influencia ideológica ha permeado la visión del mundo de muchos venezolanos. La cosmovisión de lo nacional y de la nacionalidad no es homogénea.

A pesar de lo anterior, creo entrever tu ansia de dirección pedagógica en el reputado rector cuyo interés intelectual por Suramérica sorprendería a muchos.

Indagar en las cartas escritas por ti a Unamuno y sus contestaciones, me llevó a hojear aquellas donde quedaron plasmadas tus preocupaciones existenciales y las claves, los consejos de Unamuno. Aquí debo

1 Carta de Pedro Emilio Coll a Miguel de Unamuno. Caracas, 15 de junio de 1907. Fondo Miguel de Unamuno. Archivo Universidad de Salamanca.

2 Miguel de Unamuno. 1984. *Del sentimiento trágico de la vida*, p. 15.

3 Revista venezolana representativa del modernismo.

asegurarte que el rector bilbaíno asumía al otro con tal responsabilidad que sus orientaciones encerraron una carga moral importante.

Pedro Emilio, sé bien que te ahogaban los discursos soporíferos del Palacio de las Academias; la elaboración de informes administrativos y diplomáticos; los puestos consulares; las tareas ministeriales y de dirección. En esos lugares no te encontrabas en tu desazón. Imposible. Tampoco en una escritura estéril sin un para qué. Estoy segura de que tu indagación no fue egocéntrica, ¡no!, más bien respondía a la necesidad de descubrir tu ser fuera de la construcción político-ideológica creada por «caudillos y macheteros»⁴, a partir de los años 30 del agitado siglo XIX venezolano.

Simón Bolívar fue el norte, el asidero político-jurídico, asidero en ruptura con el camino trazado por José Antonio Páez, el de los caudillos. Seguramente fuerzo esta tesis, mas lo meditaré a lo largo de este pensarte.

La prosa literaria y ensayística fueron tus armas, a diferencia de los integrantes de la generación anterior —representada por José Gil Fortoul y Lisandro Alvarado— quienes apostaron por una escritura científico-social.

Creo que la búsqueda de la venezolanidad preñó tus misivas a Unamuno. Permíteme leerlas y mostrarlas, al igual que las repuestas de don Unamuno, tu amigo y consejero.

Aparentemente, tu tercera carta escrita a Miguel de Unamuno fue datada un 7 de febrero de 1900, en la ciudad de Caracas. Sabes, detecté que te equivocaste, no deslizaste tu plumilla en el papel, dirigido al maestro Unamuno, en 1900 sino en 1901. La zozobra del terremoto del 29 de octubre de 1900⁵, aún abatía tu ánimo. Justamente, en esa misiva le relatas tus vivencias sobre aquel movimiento telúrico:

Le adjunto un recorte de *El Tiempo* de Caracas, donde publiqué un mal extracto de su admirable discurso en la Universidad de Salamanca (perdone la mutilación). En el tercer párrafo leerá Ud. que no tenía a

4 La expresión se refiere a los caudillos decimonónicos que se desempeñaron como militares de rango, pero sin formación académica y a la soldadesca que los acompañaron.

5 Terremoto que asoló a la capital y a otros estados de Venezuela en el año de 1900. La sacudida registró 8 grados en la escala de Richter.

la mano libros cuando escribí dichas líneas. ¿Por qué? Porque vivía en la plaza pública arrojado de mi casa por el terremoto que el 29 de octubre del año pasado estuvo a punto de acabar con esta ciudad que tiene vistas hacia la barbarie y balcones hacia lo que hemos convenido en llamar la civilización («ese vasto delito colectivo»)⁶.

En efecto, Pedro Emilio, el año pasado de 1900 fue el 1899. Por tanto, imposible mencionar en tu epístola, con tanta antelación, tal fenómeno natural, a menos que hayas sido clarividente.

No creo que tu error hubiese respondido a un despiste; lo que sí considero es que esa experiencia dejó huellas en tu fina sensibilidad social:

Espectáculo curioso e instructivo es el que tuve la oportunidad de presenciar en plazuelas y despoblados durante los días que siguieron a la catástrofe: por obra y gracia de un sacudimiento de pocos segundos. Volver camino atrás hacia la vida rudimentaria, adaptándonos en un instante, y sin esfuerzo, a una existencia que habíamos relegado a la historia y la leyenda. En estos pueblecitos nacidos en una noche del miedo y la necesidad, pude estudiar objetivamente los orígenes de la cultura humana, los primeros pasos del hombre en la industria, la arquitectura, las artes domésticas, los orígenes de la familia, la autoridad, la libertad, la religión, etc⁷.

Inclusive a Unamuno le pareció de sumo interesante tu apreciación vital durante esos momentos de pavor: «Lo que de las consecuencias sociales del terremoto me dice es altamente sugestivo. Merece que haga usted algo sobre ello»⁸.

Creo que hasta allí llegó tu aspiración socioantropológica de la que te alienta a escribir el otrora rector de la Universidad de Salamanca, si

6 Carta de Pedro Emilio Coll a Miguel de Unamuno. Caracas, 7 de febrero de 1900. [La fecha correcta es 1901]. Fondo Miguel de Unamuno. Archivo Universidad de Salamanca.

7 Ídem

8 Carta de Miguel de Unamuno a Pedro Emilio Coll. Salamanca, 31 de marzo de 1901. Fondo Miguel de Unamuno. Archivo Universidad de Salamanca.

bien, me gustaría indagar, entre líneas, lo que quisiste significar cuando escribiste: «... el terremoto que el 29 de octubre del año pasado estuvo a punto de acabar con esta ciudad que tiene vistas hacia la barbarie y balcones hacia lo que hemos convenido en llamar la civilización («ese vasto delito colectivo»)⁹.

«Vistas hacia la barbarie»... ¿La barbarie cometida por las acciones de montoneros y macheteros después del año de 1830?¹⁰ ¿La alianza entre conservadores y liberales después del asesinato del general Ezequiel Zamora? La muerte de Zamora facilitó el pacto entre latifundistas de divisas contrarias. ¿Estarías de acuerdo con esta valoración?

«Balcones hacia [...] la civilización (ese vasto delito colectivo)». ¿Delito cometido por los pactos cómplices entre conservadores y liberales a favor de los grandes terratenientes? ¿El poder de Estado conformado por Antonio Guzmán Blanco? «Los liberales de Antonio»¹¹, según el tono irónico con el que lo llamó su padre Antonio Leocadio Guzmán.

En el año 1901 se encontraba legitimado en el poder, en calidad de jefe de Estado, el militar y político tachirense Cipriano Castro. Este representó con su Revolución Liberal Restauradora¹² la posibilidad de unificar la República a través de un gobierno centralista fortalecido con la modernización del ejército. Además vencedor de la refriega liberal-burguesa denominada Revolución Libertadora¹³ a favor de los intereses de trasnacionales como la *Orinoco Steamship Company* y *New York & Bermúdez Company*, entre otras.

9 Carta de Pedro Emilio Coll a Miguel de Unamuno. Caracas, 7 de febrero de 1900. [La fecha correcta es 1901]. Fondo Miguel de Unamuno. Archivo Universidad de Salamanca].

10 Año de inicio de la República de Venezuela y destrucción del proyecto bolivariano.

11 Justamente, el padre de Antonio Guzmán Blanco, Antonio Leocadio Guzmán, en tono irónico llamó a los seguidores reformistas de su hijo: «los liberales de Antonio». No tuvo escrúpulos en pactar con los conservadores y en llevar adelante políticas que favorecieron a los terratenientes en detrimento de las luchas campesinas.

12 La Revolución Restauradora o la invasión de los 60, terminó de quebrar el dominio de los Liberales Amarillos bajo el gobierno de Ignacio Andrade.

13 La Revolución Libertadora representó los intereses de caudillos regionales a favor del capital trasnacional imperialista. La misma estuvo encabezada por el banquero Manuel Antonio Matos. Por ejemplo, la Compañía Francesa de Cables Telegráficos, participó activamente en el derrocamiento del gobierno de Cipriano Castro.

No creo que fuiste enemigo de Castro, al igual que otros compatriotas de tu tiempo. Tengo en mente a Pío Gil quien escribió la novela *El Cabito*¹⁴ donde reveló todo su encono político y moral contra este personaje. Sabes por qué aseguro que no formaste parte de esas filas, por algunas alusiones tuyas a Unamuno y un favor muy especial que este rector te solicitó con especial empeño. Me refiero a una esquila escrita por ti a Unamuno un 5 de marzo de 1903, desde la ciudad de Caracas, donde le confesaste: «En nombre del famoso progreso europeo han querido conquistarnos en estos días y, sin embargo, esos cañonazos mandados a disparar por tres reyes contra nuestros pobres puertos indefensos han hecho a mi entender gran mal al verdadero progreso»¹⁵. Bueno, debo reconocer que tampoco siento inquina por el general Castro y te aseguro que de igual manera hubiese defendido el suelo patrio amenazado por esas potencias europeas durante el bloqueo de nuestras costas a finales de 1902 y principios de 1903¹⁶. Vale reproducir íntegra la copla popular que de seguro modulaste durante esos días amargos:

*Alemanes gavilleros
-con su nariz para arriba-
no se les olvide nunca
que esta es tierra de Bolívar.*

*Con la pantera acorazada
pretendieron humillarnos...
y salieron de espantada
llevando el sabor amargo.*

14 Pedro María Morantes, bajo el apodo de Pío Gil, escribió la novela *El Cabito*, en alusión despectiva de Cipriano Castro. En la novela describe la vida política y moral de la época. Fue considerado enemigo de ese gobierno.

15 Carta de Pedro Emilio Coll a Miguel de Unamuno. Caracas, 5 de marzo de 1903. Fondo Miguel de Unamuno. Archivo Universidad de Salamanca.

16 El bloqueo a las costas venezolanas a finales de 1902 y 1903 había respondido, básicamente, a los intereses estratégicos imperiales de Gran Bretaña y Alemania en contra del gobierno de Cipriano Castro. Tal evento fue apoyado por la oligarquía nacional en detrimento de algunas acciones nacionalistas del mencionado mandatario. La historia oficial relata que tal bloqueo sucedió como consecuencia de la deuda externa impaga a estos imperios, incluyendo el Reino de Italia.

*Esta es tierra de valientes
así lo dice la historia
aquí sabemos pelear
cuando nos llega la hora.*

*Las arenas de la barra
le dicen a la pantera:
Vaya a fondearse a otro charco
porque aquí lleva candela¹⁷.*

La respuesta epistolar de Miguel de Unamuno, a esa carta, no se hizo esperar. Un 31 de marzo, de ese mismo año, desde su «atalaya rectoral», te refirió que llevaba a cabo estudio detallado sobre grandes hombres *nuestroamericanos* que lucharon y concretaron la independencia del dominio político y económico de España. Su admiración por Simón Bolívar, el Libertador, lo llevó a solicitar tus favores a fin de obtener materiales bibliográficos necesarios para la investigación, a pesar de que también lo hizo con el escritor colombiano Santiago Pérez Triana:

Es el caso que me he metido de hoz y de coz en el estudio de la historia de los pueblos hispano-americanos... Mi primer deseo es conocer la figura de Simón Bolívar (he estudiado a San Martín y a Belgrano) y la interesantísima, accidentada y romántica del Gral. Miranda... Como usted comprende no me es fácil hacerme con toda esta librería, y Triana me aconsejaba que me dirigiese al general Castro solicitando de ese gobierno esos trabajos conducentes a mi objeto, y me ofreció apoyar escribiéndole él... No olvide, pues, mi encargo; insinúese en ese gobierno y dígame como he de pedir el favor que deseo pues escribiría al presidente y se lo rogaría. Usted me aconsejará... Siguiendo el consejo de Triana escribo al Gral. Castro. ¿Me haría el favor de verse con él?¹⁸.

17 Federico Brito Figueroa. 2000. *Historia disidente y militante*, p. 243.

18 Carta de Miguel de Unamuno a Pedro Emilio Coll. Salamanca, 31 de marzo de 1903. Fondo Miguel de Unamuno. Archivo Universidad de Salamanca.

Justamente, por ese interés de Unamuno por el *genio y figura* de Bolívar, en tu correspondencia del 7 de febrero de 1901, le dijiste: «Por este mismo vapor le envío dos ejemplares de *El Cojo Ilustrado*; en uno encontrará un ensayo de mi compatriota Pedro Arcaya sobre su casi compatriota de Ud. Simón Bolívar...»¹⁹. Al respecto, Unamuno había respondido:

El estudio de Arcaya sobre Bolívar interesantísimo. He pasado muchas veces por el lugar de Bolívar, que en nuestra viejísima lengua vasca significa “ribera del molino”, *ribera* y no *pradera* como Arcaya dice, pues *ibar* designa el terreno bajo junto a un río²⁰.

A propósito del otro número de *El Cojo Ilustrado*, le indicaste: «... en el otro le he dedicado unas notas sobre la evolución literaria en Venezuela. He procurado considerar las ideas que tengo sobre el particular para que la gente de aquí tenga menos pereza de leer dicho artículo»²¹. A lo que el afamado maestro manifestó:

No sabe usted bien con cuánto interés leí sus «Notas sobre la evolución literaria en Venezuela», notas de que reproduzco buena parte, comentándolas brevemente, en artículo crítico acerca de *Ídolos rotos* del amigo Díaz Rodríguez, artículo que hace cuatro días remití a *La Lectura* de Madrid, y que saldrá en el núm. 4 de esta revista, el correspondiente a abril²².

Pedro Emilio, en este punto me detengo. En esta primera *conversación* pretendo examinar, someramente, esas «Notas sobre la evolución

-
- 19 Carta de Pedro Emilio Coll a Miguel de Unamuno. Caracas, 7 de febrero de 1900. [La fecha correcta es 1901]. Fondo Miguel de Unamuno. Archivo Universidad de Salamanca.
 - 20 Carta de Miguel de Unamuno a Pedro Emilio Coll. Salamanca, 31 de marzo de 1901. Fondo Miguel de Unamuno. Archivo Universidad de Salamanca.
 - 21 Carta de Pedro Emilio Coll a Miguel de Unamuno. Caracas, 7 de febrero de 1900. [La fecha correcta es 1901]. Fondo Miguel de Unamuno. Archivo Universidad de Salamanca.
 - 22 Carta de Miguel de Unamuno a Pedro Emilio Coll. Salamanca, 31 de marzo de 1901.

literaria en Venezuela»²³, el artículo crítico escrito por Unamuno y publicado en *La Lectura* de Madrid²⁴ y la novela *Ídolos rotos* de tu apreciado amigo Manuel Díaz Rodríguez²⁵. Creo que esos trabajos me permiten rastrear tu examen sobre la venezolanidad —la de Díaz Rodríguez, la de muchas generaciones de venezolanos, incluyendo la mía— en permanente ruptura con lo que no es. Pues bien, lo que *no es* aparece en tus cartas de manera contradictoria, pero con ancla segura, tu profundo amor por la tierra que te vio nacer; a decir de Fernando Paz Castillo: «... cuando se le encontraba en París o en Madrid, caminando por las orillas del Sena o por la calle de Alcalá, con el mismo traje y sombrero habitual, parecía más venezolano, o mejor, más caraqueño que nunca»²⁶. Ahora bien, lo que *no es* responde a criterios subjetivos porque hay tantas concepciones de la venezolanidad como venezolanos existen... o ¿es un asunto de Estado? Según la fracción de la clase que detente el poder del Estado, así intentará concebirse una visión del mundo de lo venezolano, invisibilizando otras *miradas*, en este caso me refiero a la de los explotados y desclasados en un sentido sociocultural. Por supuesto, no es tu caso ya que pertenecías a la pequeña burguesía acomodada con todos sus prejuicios. Aunque admiro de ti que esa condición de clase no logró divorciarte de los graves problemas socioeconómicos que azotaron a esos otros estratos vulnerables. Tus artículos y ensayos así lo confirman, entre tantos: «Desarraigados»; «Del trabajo»; «Del soldado»; «Educación nacional»; «Notas sobre instrucción pública»; «Notas sobre colonización interior»; «Carta a Monseñor Navarro»; «La melancolía de Bolívar»²⁷, etc. Por ende, tal vez, para ti la venezolanidad no debe responder ni a criterios neocoloniales (extranjerizantes) y menos aún patrioter, característicos tanto

23 Pedro Emilio Coll. 1901a. «Notas sobre la evolución literaria en Venezuela».

24 Véase Miguel de Unamuno. 2002. «Una novela venezolana». En *Americanidad*, pp. 143-153.

25 Manuel Díaz Rodríguez. 1968. *Ídolos rotos*.

26 Fernando Paz Castillo. «Pedro Emilio Coll». En *De la época modernista*. En *Obras completas*. Tomo IV, Ediciones La Casa de Bello, 1994, p. 323.

27 Rafael Ángel Insausti (comp.). *Pedro Emilio Coll*. Academia Venezolana de la Lengua, 1966, XII-XXXVIII.

de la ideología de los caudillos (con grandes excepciones)²⁸ como la de los arribistas. Entonces, ¿qué es para ti el «alma nacional»?²⁹ ¿Es posible?

Por otra parte, están las respuestas de Miguel de Unamuno a tus críticas, demandas y angustias, sobre lo dicho, como claves que te infundieron ánimo a fin de continuar la tortuosa marcha vital.

En tus «Notas sobre la evolución literaria en Venezuela», dedicadas a tu maestro Miguel de Unamuno, creo centrar tu preocupación en las siguientes apreciaciones:

Después de la Independencia quedó casi roto el cordón umbilical que nos unía a España. Desde entonces las letras de Francia han quedado ejerciendo su preponderancia en las letras venezolanas... Quien desconozca esa influencia no podrá explicarse ciertas facies [sic] de nuestra literatura, la cual no se desarrolla en verdad de acuerdo con el progreso económico, político y social del país³⁰.

Comienzo por examinar tu primera idea: «Después de la Independencia quedó casi roto el cordón umbilical que nos unía a España». El Decreto de Guerra a Muerte de 1813 no fue *cuento de camino*, ni un asunto militar vivenciado durante la Guerra de Independencia. Más bien se constituyó en una cultura política de los patriotas venezolanos. Por supuesto, como la venezolanidad no es un cuerpo uniforme de normas y valores, encontramos que durante y después de la Guerra de Independencia muchos connacionales rechazaron tal decreto. Inclusive, hoy en día es posible escuchar posiciones encontradas al respecto. Por lo tanto, estamos en presencia de un fenómeno cultural. No se trató de un simple documento de guerra, como tantos; al contrario, conformó la visión histórica de muchos en pro y contra, antes, después y ahora.

28 Creo entrever en Ezequiel Zamora ideario venezolanista arraigado en los sentimientos y necesidades de los campesinos sin tierras. Su lucha no tuvo visos oportunistas ni sectarios.

29 Pedro Emilio Coll. 1901a. «Notas sobre la evolución literaria en Venezuela», p. 102.

30 Ibidem, p. 100.

Esto lo digo, Pedro Emilio, por el desacuerdo de Unamuno con tu análisis. En su artículo «Una novela venezolana», publicado en *La Lectura*, el maestro Unamuno, expone: «“(…) después de la Independencia quedó casi roto el cordón umbilical que nos unía a España”. Ese casi es bastante elástico, porque cada día me convenzo más de que hay mucho de espejismo en esa ruptura»³¹.

¿Espejismo? No lo creo, después de trescientos años de sometimiento colonial. Esta posición radical es la herencia política recibida por la Sociedad Patriótica fundada por Francisco de Miranda, Simón Bolívar, José Félix Ribas y otros hombres y mujeres de igual arrojo. En ese club los denominados *pardaje*, *negraje*, *populacho*, escucharon, por primera vez, las palabras *libertad e igualdad*. Castas despreciadas tanto por los blancos peninsulares como por la mayoría de blancos criollos, con la salvedad de algunos pequeños comerciantes, letrados, artistas y grandes terratenientes unidos por el ideal de la independencia:

A fin de dar mayor fuerza a los partidarios de la causa patriótica —dice Palacio Fajardo, testigo de los acontecimientos—, el general Miranda propuso establecer un club donde los ciudadanos se reunieran para discutir las cuestiones de interés general; un abogado de gran erudición, don Francisco Espejo, le secundó poderosamente en esta ocasión, y el club fue establecido con el nombre de la Sociedad Patriótica... El pueblo de Caracas —dice Palacio—, compuesto principalmente de mulatos, escuchaba con interés los argumentos que les ofrecían los medios de obtener una existencia política³².

Este grupo de insurrectos³³ se distanciaron de españoles, canarios y venezolanos timoratos que ansiaron la independencia, pero sin modificar la estructura social y económica colonial. Estos reaccionarios no compartieron causas por ninguna igualdad social, máxime cuando el

31 Miguel de Unamuno. 2002a. «Una novela venezolana». En *Americanidad*, p. 143.

32 Juan Uslar Pietri. 2014. *Historia de la rebelión popular de 1814*, p. 16.

33 «Insurrectos», así calificó Juan Uslar Pietri (ob. cit.) a los patriotas venezolanos.

pueblo conformado por pardos libres y esclavos constituían la principal fuerza productiva. Por otra parte, los empleados de la administración colonial, iberos y nacionales, imbuidos por prejuicios mantuanos³⁴ y católicos, no apoyaron revuelta alguna. Mientras que el sector de los insurgentes —con sus discursos incendiarios de inspiración jacobina— un 19 de abril de 1810³⁵, decidieron iniciar el proceso de independencia del dominio español; el pueblo discriminado, junto a los revolucionarios radicales, entonaron con furia:

*Viva tan solo el pueblo,
el pueblo soberano:
mueran los opresores,
mueran sus partidarios.*³⁶

Este estribillo de la *Canción americana* expresó la sed de justicia de todos los marginados sociales que la Sociedad Patriótica enaltecía con discursos roussonianos y que los conservadores ubicados en el Congreso temían. Así la independencia tuvo diferentes lecturas, según el bando y los intereses de clases que representaban:

Entre los principales exaltados que se contaban en aquellos tiempos estaba José Félix Ribas, quien habíase visto envuelto, poco tiempo antes, en una conspiración que tenía por fin el levantamiento de las clases oprimidas contra la hegemonía de los blancos poseedores. El Congreso temía. Temía que la libertad pura, virginiana, que tanto deseaba se empezase a corromper merced a las gestiones demagógicas de la Sociedad Patriótica. Temían que una libertad popular, *Sans-culotte*, sería una exposición constante a sus más caros intereses. Tanto más cuanto que ya en 1811 esos discursos encendedores hacían prever a los moderados el curso que más tarde tomaría la independencia...³⁷.

34 Se les decía «mantuanos» a todos los que conformaron la oligarquía criolla venezolana.

35 Inicio de la lucha por la independencia del dominio español.

36 La *Canción americana* fue entonada durante los días de efervescencia independentista.

37 Juan Uslar Pietri, ob. cit., p. 19.

Luego, el 5 de julio de 1811, se declaró la Independencia, acción que consolidó la Primera República. En efecto, tal como lo afirma Juan Uslar Pietri, la Sociedad Patriótica contribuyó a la destrucción de la estructura colonial. Sin embargo, a pesar de la resistencia mostrada por los patriotas durante la batalla de La Victoria³⁸, la traición perpetrada en el Castillo de San Felipe³⁹, en Puerto Cabello, precipitó la capitulación firmada por Miranda en el pueblo de San Mateo⁴⁰, hecho que puso fin a tan caro proyecto un 25 de julio de 1812, a su vez acelerado por el terremoto del 26 de marzo del mismo año, con una fuerte réplica el 4 de abril. Este nefasto evento natural, al ocurrir un Jueves Santo, exacerbó los ánimos de frailes y curas realistas en contra del proyecto republicano. Las ciudades bajo dominio patriota fueron severamente afectadas, mientras que las promonárquicas, a favor de Fernando VII, resultaron indemnes, lo que llevó a Simón Bolívar a exclamar con desesperación patria: «¡Si la naturaleza se opone, lucharemos contra ella y haremos que nos obedezca!»⁴¹. La destrucción no solo fue física sino también económica y moral. Esta primera fase de la Guerra de Independencia dejó agotadas las arcas de la nación que intentaba ser y facilitó la reconquista de un territorio que antes se preveía difícil bajo la representación del militar español Domingo de Monteverde. El odio entre venezolanos fue inevitable: luchas entre bandos patriotas y realistas; el bajo pueblo perseguía la igualdad social, pero de manera deformada, sin ideales; no confiaban en los patriotas, la mayoría descendientes de *mantuanos*; ante cualquier *canto de sirenas* desertaban a favor del enemigo. A decir de Uslar Pietri, en buena medida, la mayoría luchaba más por sus intereses que por la causa republicana.

38 Batalla de La Victoria de 1812. Enfrentamiento entre el bando realista, bajo el mando de Domingo de Monteverde, versus el bando patriota, dirigido por Francisco de Miranda.

39 La campaña de reconquista de Monteverde asedió Puerto Cabello. Al mando de la Guarnición, ubicada en el Castillo de San Felipe, había sido encomendado el joven coronel Simón Bolívar. Este tuvo que ausentarse a la ciudad, aprovechando la ocasión el suboficial encargado Francisco Fernández Vinoni, quien cometió traición y entregó el Castillo a los presos realistas.

40 Fin de la Primera República. San Mateo, pueblo ubicado a 12 km de La Victoria, estado Aragua, Venezuela.

41 Simón Bolívar. s. f. a «Palabras en la plazuela de San Jacinto, sobre las ruinas del terremoto del 26 de marzo de 1812». En *Obras completas*, Vol. III, p. 536.

En fin, ante este escenario el Generalísimo, desesperado, claudicó con la rúbrica del armisticio.

Simón Bolívar, muy a pesar de las duras críticas dirigidas a Francisco de Miranda, en el Manifiesto de Cartagena⁴², en términos de crítica y autocrítica, expuso las causas políticas e ideológicas que aceleraron la destrucción de la Primera República:

... entre las causas que han producido la caída de Venezuela, debe colocarse en primer lugar la naturaleza de la constitución; que repito, era tan contraria a sus intereses, como favorables a sus contrarios. En segundo, el espíritu de misantropía que se apoderó de nuestros gobernantes. Tercero: la oposición de un establecimiento de un cuerpo militar que salvase la República y repeliese los choques que le daban los españoles. Cuarto: el terremoto que acompañado del fanatismo que logró sacar de este fenómeno los más importantes resultados; y últimamente, las facciones internas que en realidad fueron el mortal veneno que hicieron descender la patria al sepulcro.

La tolerancia política y las facciones internas azuzadas por los enemigos externos e internos de la República hicieron recrudecer las acciones de los patriotas hasta la declaración del Decreto de Guerra a Muerte hecha por Simón Bolívar, el 15 de junio de 1813, en el Cuartel General de Trujillo:

A pesar de nuestro justo resentimiento contra los inicuos españoles, nuestro magnánimo corazón se digna aún abrirles, por la última vez, una vía a la conciliación y a la amistad... si... cooperan con nosotros a la destrucción del Gobierno intruso de la España y al restablecimiento de la República de Venezuela⁴³.

42 Simón Bolívar. s. f. b. «Memoria dirigida a los ciudadanos de la Nueva Granada por un caraqueño» (15 de diciembre de 1812). En *Obras Completas*, Vol. III, p. 545.

43 Simón Bolívar. s. f. c., «Brigadier de la Unión, general en jefe del Ejército del Norte, Libertador de Venezuela» (Cuartel General de Trujillo, 15 de junio de 1813). En ob.

Por lo tanto, y, en consecuencia: «Españoles y canarios contad con la muerte aun siendo indiferentes si no obráis activamente en obsequio de la libertad de la América. Americanos, contad con la vida aun cuando seáis culpables»⁴⁴.

Estimado Pedro Emilio, creo que me extendí más de lo debido pero lo que deseo subrayar y defender es tu premisa política cuando afirmaste que «después de la Independencia quedó casi roto el cordón umbilical que nos unía a España». Y ese *casi* no es *elástico*, en un sentido unamuniano; no, para nada; es decir, no revela que en muchos aspectos estamos más cerca de España de lo que creemos. Considero que con ese *casi* quisiste dar a entender que aún nos concentramos en partidos, en facciones y, por tanto, en interpretaciones sesgadas tanto de la gesta de la Independencia como de la personalidad y hazaña de Bolívar: verbigracia, encontramos venezolanos que son eurocéntricos; otros, defensores del hombre terrenal, contradictorio, profundamente humano y fundador de la «Patria Grande» y las mayorías indiferentes, egoístas y panfletistas. Por ello, creo que la constitución de la venezolanidad será siempre un proyecto inconcluso. Cuando el rector vizcaíno alude que esa ruptura con España es puro engaño creo que centró sus esperanzas en la comunión que propicia nuestra lengua castellana, mas sin tomar en cuenta que la misma está cargada de significados disímiles que son histórico-sociales, antropológicos y político-ideológicos.

¡Pobre Unamuno, tan lejos y tan cerca, a la vez, de la América que tanto amó y quiso visitar sin lograrlo! ¡Cómo agradecemos su cariño y respeto! Estoy segura, Pedro Emilio, que Bolívar lo hubiese considerado gran amigo de la República, como lo fue tuyo, y de Rufino Blanco Fombona, José Gil Fortoul, Pedro Manuel Arcaya⁴⁵ y pare de contar.

Reitero, el Decreto de Guerra a Muerte marcó un antes y un después en nuestro imaginario político independentista a lo largo de los siglos XIX, XX y parte del XXI.

cit., p. 556.

44 Ibidem, p. 557.

45 Dos de sus obras emblemáticas: Pedro Manuel Arcaya. *Estudios sobre personajes y hechos de la historia de Venezuela*. Biblioteca de autores y temas falconianos, 1977
_____. *Memorias*. Librería Historia, 1983.

Otro detalle al respecto, Uslar Pietri consideró que Simón Bolívar después de las palabras expresadas en la plazuela de San Jacinto⁴⁶, sobre las ruinas del terremoto, del 26 de marzo de 1812 (*si se opone la naturaleza a nuestros designios, lucharemos contra ella y haremos que nos obedezca*) «lo representaba, desde aquel momento, como el más capaz entre todos para fundar las bases de la nacionalidad venezolana»⁴⁷.

¿Lo crees posible como *alma nacional*? Insisto, Pedro Emilio.

Continúo con el orden de ideas expuesto por ti en aquel párrafo clave de tus «Notas sobre la evolución literaria en Venezuela»:

Desde entonces las letras de Francia han quedado ejerciendo su preponderancia en las letras venezolanas... Quien desconozca esa influencia no podrá explicarse ciertas fases de nuestra literatura, la cual no se desarrolla en verdad de acuerdo con el progreso económico, político y social del país⁴⁸.

Es decir, Pedro Emilio: ¿afirmas que después de la Guerra de Independencia hasta tu tiempo generacional las letras de Francia han quedado ejerciendo su preponderancia en las letras venezolanas? Pues, al parecer el rector Unamuno estuvo de acuerdo contigo; en ese aspecto comulgó en pleno con tu hipótesis: en relación con su artículo publicado en *La Lectura* de Madrid, sobre la base de tu ensayo «Notas», donde examina la novela *Ídolos rotos* de Manuel Díaz Rodríguez, dijo:

En él verá usted hasta qué punto concuerdo con las justas apreciaciones de usted respecto a la influencia francesa, y en él verá usted la impresión que el libro de Díaz Rodríguez me ha hecho. ¿Pero es de veras Venezuela

46 Hoy plaza El Venezolano.

47 Uslar Pietri. 2014. *Historia de la rebelión popular de 1814*, p. 50.

48 Pedro Emilio Coll. 1901a. «Notas sobre la evolución literaria en Venezuela», p. 102.

como él la pinta? Es un libro doloroso, fuerte, intenso, con páginas de subidísimo interés⁴⁹.

Pues, debo confesarte lo siguiente: no estoy de acuerdo contigo y menos aún con el maestro Unamuno. Imagínate, un pequeño ser como yo desafiando tu autoridad moral e intelectual y más aún la del grande intelectual bilbaíno de reconocida fama mundial. En efecto, casi un sacrilegio mi postura, pero debo ser honesta y explicar la razón dentro de mis modestos límites.

Pedro Emilio, no todos tus coetáneos y contemporáneos fueron influidos por las letras francesas. Es necesario discernir el estudio según el tiempo generacional. El afrancesamiento de muchos artistas y literatos de tu época respondió a la concepción ideológica dominante de ese momento, pero otros intentaron hallar el ser de la venezolanidad en la propia memoria histórica: ejemplo, José Gil Fortoul publicó en el año de 1896 una obra sociológica donde legitimó posiciones relativistas a fin de comprender la historia patria fuera de la relación dicotómica de las razas superiores e inferiores. En conferencia pública, en algún recinto de la vieja sede de la Universidad Central de Venezuela, en 1898, expuso al respecto:

En los tiempos que vivimos ahora, apenas hay ya quien crea que la evolución vital, ora individual o bien colectiva, se verifique siguiendo líneas rectas y elevándose a cada paso en lo que no ha mucho se llamaba perfeccionamiento y que pudiéramos mejor llamar con Simmel diferenciación social. Ni los tres estados sucesivos, teológico, metafísico y positivo, de la crítica comtiana; ni el evolucionismo sistemático de Spencer, que amplió y universalizó la geología de Lyell y la biología de Darwin; ni menos aún el dogma político del progreso universal, que en la política puramente ideológica sucedió al dogma providencial del catolicismo, lograrían hoy explicar por modo satisfactorio los cambios de carácter y dirección que observamos así en las huellas de

49 Carta de Miguel de Unamuno a Pedro Emilio Coll. Salamanca, 31 de marzo de 1901. Fondo Miguel de Unamuno. Archivo Universidad de Salamanca.

una existencia individual como en los movimientos y en la historia de las sociedades, de las naciones y Estados, y de las razas⁵⁰.

Es decir, cuestionó la visión positivista, unilineal, de la historia. Por lo tanto, el influjo francés, por la vía de Comte y Durkheim, fue contrarrestado por este intelectual larense a poco tiempo de instaurarse con fuerza en algunas cátedras de la vieja Universidad de Caracas; de igual manera, objetó el romanticismo imperante desde mediados del XIX, incluyendo toda concepción metafísica de la historia.

Como te referí, Pedro Emilio, creo deben identificarse los epónimos de las distintas generaciones, pasadas y solapadas, a fin de comprender, más que explicar, la *revolución intelectual* que intentaron representar⁵¹.

En el caso de las generaciones nacidas entre los años cincuenta y sesenta, del siglo XIX, considero sus epónimos a José Gil Fortoul y Luis López Méndez⁵². Te confieso que me inspiro en el método histórico de las generaciones expuesto por José Ortega y Gasset⁵³.

Desde mediados y finales del XIX, artistas, científicos sociales y naturales, y escritores en general, intentaron imponer mirada que terminara debilitando la racionalidad militarista impuesta desde el nacimiento

50 José Gil Fortoul. 1941. *El hombre y la Historia*, p. 340.

51 Véase Alexandra Mulino. 2025. *La revolución intelectual*.

52 A diferencia de Gil Fortoul, López Méndez sí defendió la importancia de los partidos doctrinarios y la lucha política. Véase Rafael Ángel Rivas y Gladys García Riera. 2006. *Diccionario de escritores venezolanos. (Siglos XVIII a XXI)*.

53 A decir de Ortega y Gasset: «La vida del hombre se divide en cinco edades de a quince años: niñez, juventud, iniciación, predominio y vejez. El trozo verdaderamente histórico es el de las dos edades maduras: la de iniciación y la de predominio. Yo diría, pues, que una generación histórica vive quince años de gestión y quince de gestación. (...) El período que va de 1600 a 1650. Se trata de aislar en ese período la generación decisiva. Para esto busca la figura que...representa los caracteres sustantivos del período...ese hombre es Descartes. Anotamos la fecha en que...cumplió los treinta años: 1626. Esa será la fecha de la generación de Descartes —punto de partida para fijar a uno y otro lado las demás, sin más que añadir o restar grupos de quince años—.» [*En torno a Galileo*. En *Obras completas*, Tomo VI, 1941/1955, pp. 393-406].

de la república *paecista*⁵⁴ en 1830; el escritor venezolano Santiago Key Ayala refirió al respecto:

Con Aristides Rojas, con Gil Fortoul, con Lisandro Alvarado, con muchos hoy, la historia de Venezuela ha ido ensanchando su horizonte. De la visión parcial se ha venido pasando a la visión total. Del movimiento político se ha ido al movimiento de las ideas, de los conceptos, de las costumbres, de los sentimientos. De la mera vida pública, se ha comenzado a interesar por la vida íntima, que tantas y excelentes materias suministra a la historia general⁵⁵.

Si bien, desde varias ópticas. Justamente, afirmas en tus «Notas» que ... en la «Sociedad de Amigos de la Ciencia» se conspiraba contra el «ilustre»⁵⁶, se elevaban altares a la Razón, con R mayúscula, se deseaba el reinado del libre examen y de la verdadera república y, con cierta ingenuidad, se atribuía a los «curas» los males de la Patria. Allí se comenzó a forjar aquel **Yunque** cuyos sonidos repercutieron en todos los ámbitos de la nación; de allí la «Unión Democrática»⁵⁷ y aquella gran humorada que conocemos con el nombre del **Delpinismo**⁵⁸, y que es para mi gusto uno de las páginas más divertidas de la historia universal⁵⁹. [Énfasis de la autora].

Y prosigues: «Gil Fortoul, López Méndez, Lisandro Alvarado, Manuel Revenga, Alejandro Urbaneja y muchos otros, principiaron una brillante campaña intelectual que todavía está dando sus frutos en algunos cerebros»⁶⁰.

54 José Antonio Páez, uno de los líderes del movimiento político *La Cusiata*, separó a Venezuela de la República de Colombia y fundó la República de Venezuela en 1830.

55 Aníbal Lisandro Alvarado. *Epistolario de Gil Fortoul a Lisandro Alvarado*. Imprenta del Estado, Barquisimeto, Venezuela, 1956, p. 26.

56 Se trata de Antonio Guzmán Blanco, *el Ilustre Americano*.

57 Partido fundado por Luis López Méndez, Alejandro Urbaneja, Nicomedes Zuloaga y otros.

58 Ensayo político redactado en 1885, bajo pseudónimo, por Alejandro Urbaneja. De igual manera, publicó, bajo alias, «El Yunque» en 1887. En *El Cojo Ilustrado*, 15 de noviembre, N° 70, p. 461.

59 Pedro Emilio Coll. 1901a. «Notas sobre la evolución literaria en Venezuela», p. 59.

60 Ídem.

Te reitero, al seguir el método de Ortega y Gasset, lo primero que haré es conocer los años de nacimiento de los que nombras y los grupos generacionales a los que pertenecen. (Cuadro 2):

Cuadro 2. Grupos generacionales de intelectuales venezolanos

Personalidad	Fecha de nacimiento	Año en que había cumplido 30 años de edad. (Generación decisiva)	Zona de fecha (Entre coetáneos y contemporáneos)
José Gil Fortoul	1861 Barquisimeto, Lara. Venezuela.	1891	1876-1906
Luis López Méndez	1863. San Antonio. Táchira. Venezuela.	1893 (Murió en 1891 con 28 años).	1878-1908
Lisandro Alvarado	1858. El Tocuyo. Venezuela.	1888	1873-1903
Manuel Revenga	1858. Caracas. Venezuela.	1888	1873-1903
Alejandro Urbaneja	1859. Caracas. Venezuela.	1889	1874-1904
Miguel E. Pardo	1868. Caracas. Venezuela	1898 (Murió en 1905).	1883-1913

En última instancia, Pedro Emilio, los nombrados en este recuadro simbolizaron la generación decisiva (entre 30 y 45 años) de finales del siglo XIX (entre 1888 a 1898), lo que sucede es que debatían posturas político-ideológicas divergentes, aunque profesaron su incondicionalidad a la lógica de la Ciencia, con C mayúscula, y a toda alternativa política democrática. Por lo tanto, chocaron radicalmente contra el gobierno de Antonio Guzmán Blanco, personalista y sectario; luego, contra las administraciones del Dr. Rojas Paúl, del Dr. Andueza Palacio y del general Joaquín Crespo. En el caso de Gil Fortoul, consideró romper con el positivismo al acoger el método evolucionista comparativo y relativista. En el terreno político, no creía en doctrinas y menos aún en partidos políticos.

Consideró los ideales del proceso de modernización del Estado nación como fuerza capaz de transformar el atraso de las fuerzas productivas sin importar cuál fuera el gobierno, dictatorial o democrático, que lo impulsara. López Méndez, en cambio, sí consideró de sumo clave la creación de un partido doctrinario capaz de interpretar la coyuntura socioeconómica y política para su transformación. En efecto, junto a Alejandro Urbaneja y Nicomedes Zuloaga, fundó Unión Democrática.

A decir de Gil Fortoul:

Generalizar y arraigar las tradiciones democráticas y los hábitos legales constituye hoy el ideal político de la República, y se hace difícil creer que a realizarlo contribuiría la formación de partidos sectarios... la sociología y la ciencia política han de ser hoy y en el porvenir el estudio metódico de la vida nacional para prever las soluciones posibles de todos los problemas sociales y administrativos, será preciso evitar cuanto divida a variar los ciudadanos en bandos o sectas irreconciliables...⁶¹.

Es decir, lo que intento decirte es que, inclusive, en el ámbito de una misma generación decisiva hallamos representantes que agrupan intereses diversos, aunque bajo los mismos ideales como los que te describo arriba: redimir la patria de caudillos y montoneros. Por ello creo, Pedro Emilio, que tu afirmación *lapidaria* sobre la terminante influencia de las letras francesas en los intelectuales venezolanos, una vez terminada la Guerra de Independencia, es exagerada. Es necesario matizar. No todos los contemporáneos y coetáneos, vistos por grupos, aceptaron la herencia político-ideológica y teórico-filosófica gala.

Continúo con tus «Notas». Luego dices que:

... el grupo de escritores de aquella época⁶² poco se ocupó en las cuestiones de estética; se luchaba con ardor en la prensa, se escribía con la

61 José Gil Fortoul. 1941. *El hombre y la historia y otros ensayos*, p. 103.

62 Véase el cuadro 2.

cabeza caliente y los dedos fríos. Recientemente es cuando hemos visto nacer o renacer entre nosotros el «estilo artístico» —también de origen francés— el amor a los bellos vocablos, el culto del color y del matiz. En ese período de la evolución literaria estamos⁶³. (Llamada de la autora).

Bueno, sobre la base de la clasificación mostrada, intentaré ubicar el año de la generación decisiva de los que aludes y que se dedicaron al espacio de lo estético. (Cuadro 3):

Cuadro 3. Grupos generacionales de escritores *esteticistas* venezolanos

Personalidad	Año de nacimiento	Año en que habían cumplido 30 años de edad. (Generación decisiva)	Zona de fecha (Entre coetáneos y contemporáneos)
Pedro Emilio Coll	1872. Caracas. Venezuela	1902	1887-1917
Manuel Díaz Rodríguez	1871. Chacao. Miranda. Venezuela	1901	1888-1918
Rufino Blanco Fombona	1874. Caracas. Venezuela	1904	1889-1919
Pedro César Dominici	1873. Carúpano. Sucre. Venezuela.	1903	1888-1918
Luis Manuel Urbaneja Achelpohl	1873. Caracas. Venezuela.	1903	1888-1918

Fíjate, Pedro Emilio, cuando cumpliste 30 años, José Gil Fortoul ya tenía 41. A pesar de que el filósofo madrileño Ortega y Gasset los registra en calidad de contemporáneos, respecto de tus coetáneos, como generación decisiva —unos años menos o más, no trata de edad cronológica sino de intereses vitales que los juntan— es notorio que sus afinidades se bifurcan. Tu generación estuvo integrada por diletantes y arielistas⁶⁴.

63 Pedro Emilio Coll. 1901a. “Notas sobre la evolución literaria en Venezuela”, pág.102.

64 Seguidores del escritor uruguayo José Enrique Rodó (1871-1917), autor de *Ariel*, publicado en 1900.

Mientras que la de Gil Fortoul, básicamente, por hombres interesados en las ciencias sociales, humanas y naturales. En el caso de López Méndez, a pesar de su muerte prematura, su talento confluyó hacia la crítica social descarnada. Es decir, el arte a favor de la política social y militante. Miguel Eduardo Pardo fue un claro ejemplo de lo que te digo. Y qué decir de Lisandro Alvarado, el gran amigo de José Gil Fortoul. Este fue médico, etnólogo y filólogo de gran reputación.

En fin, la visión de la pretendida influencia francesa en la literatura, el arte y las ciencias en Venezuela depende de las generaciones en estudio. Es verdad, la ideología dominante tanto en la vida cotidiana como en el ámbito artístico-intelectual fue de carácter francés, más bien parisino, pero en términos muy relativos. Creo que hubo más un asunto de francofilia que una real influencia. Y en esto, creo, estás de acuerdo conmigo: «... cuando estamos lejos, en nuestros pueblos silenciosos y monótonos, solamente nos llega lo que en Europa culmina y se distingue»⁶⁵.

Ahora bien, debo confesarte algo: tienes razón cuando expresas que el «afrancesamiento de nuestras letras es un período de la evolución literaria del que forzosamente habrá que salirse, para aplicar el espíritu ya educado a la objetivación estética del alma nacional»⁶⁶.

Nuevamente, mencionas el concepto de «alma nacional»: ¿objetivarlo? ¿Cómo?

La lucha es y será político-ideológica. La etapa histórica a la que te refieres, supuestamente, influida por la cultura francesa fue sustituida por la anglosajona durante la época de postguerra. De acuerdo a las características de nuestra área hemisférica⁶⁷, todo lo que nos acerca como pueblo a la cultura estadounidense fue y sigue siendo lo actual. El arte, la ciencia y la literatura *pitiyanquis*⁶⁸ desplazaron el interés por lo patrio, lo nacional, a favor de asuntos foráneos, alienantes; la cultura nativa,

65 Pedro Emilio Coll. 1901a. «Notas sobre la evolución literaria en Venezuela», p. 102.

66 Ídem.

67 Concepto geopolítico. Refiere el lugar que ocupa una nación, u otras naciones, en términos políticos, económicos, comerciales, jurídicos y militares, respecto de otro Estado nacional que ejerza su influencia hegemónica.

68 Significa proestadounidense. El escritor y crítico social venezolano Mario Briceño Irragorry, sobre la base de esa noción estructuró su ensayo-denuncia *Mensaje sin destino*

tradicional, atravesada por la lógica de las transnacionales, penetró deformada hasta la médula de los venezolanos. El maestro Rodolfo Quintero⁶⁹ radiografió la contemporaneidad propia como «cultura y antropología del petróleo»⁷⁰.

Recuerda, Pedro Emilio, nací durante *la década de las ideologías*, poco más o menos cien años después que tú; por ende, tengo cierta ventaja comparativa sobre tus apreciaciones aunque no dejas de tener razón, *habrá que salirse* de estos modelos neocoloniales que aún perviven: desde el impuesto por el coloniaje hispánico, pasando por la cultura afrancesada de las élites y terminando por la anglofilia de la mayoría; por supuesto, como simple reflejo, imitativo de las racionalidades imperiales, mas no de las riquezas socioantropológicas de sus pueblos y, por tanto, deformadas en sus conciencias. Sin embargo, lo comentado sin viso chovinista, lo sé de ti y lo acepto. Esa apreciación de lo nacional es de sumo peligrosa y propia del fascismo o de cualquier otro totalitarismo político.

No obstante, asimismo, es necesario revisar esta tesis que presento, menos la de no desembocar en valoraciones patrioteras. En esto último, estamos ambos de acuerdo.

Pedro Emilio, llegado a este punto retomo la discusión medular que nos apremia. Un 31 de marzo de 1901, el maestro Unamuno te había escrito una epístola donde te mencionó la novela *Ídolos rotos* de Manuel Díaz Rodríguez, amigo entrañable. Allí te indicó que había comentado el escrito en un artículo que se publicaría en *La Lectura* de Madrid. Además, de advertirte que: «... en él verá usted hasta qué punto concuerdo con las justas apreciaciones de usted respecto a la influencia francesa, y

(1998). Además, se dice que este introdujo en Venezuela la palabra *pitiyanqui*, durante los años cuarenta y cincuenta del siglo xx.

69 Rodolfo Quintero fue profesor e investigador de la Universidad Central de Venezuela, antropólogo y combativo sindicalista petrolero. Sus libros, *La cultura del petróleo* y *Antropología del petróleo* son una radiografía del proceso de alienación del pueblo venezolano a culturas foráneas; básicamente, la impuesta por las transnacionales estadounidenses.

70 Véase Rodolfo Quintero. *La cultura del petróleo*, 2011 y Rodolfo Quintero *Antropología del petróleo*. Ambos documentos son una radiografía del proceso de alienación del pueblo venezolano a culturas foráneas; básicamente, la impuesta por las transnacionales estadounidenses.

en él verá usted la impresión que el libro de Díaz Rodríguez me ha hecho»⁷¹. Esto en párrafos superiores de este *coloquio* lo subrayé, pero lo reitero a fin de desarrollarlo.

Como te decía, en *La Lectura*, durante el mes de junio del año 1901, le publicaron al rector vizcaíno el mentado estudio sobre la novela de Rodríguez. Leí con sumo cuidado el riguroso análisis y considero importante destacar lo siguiente:

Hay en *Ídolos rotos* dos cosas: el cuento o argumento y el ambiente en que se desarrolla este, la melodía y la orquestación sinfónica. Y en rigor no cabe decir que surjan una de otra: ni el cuento me parece condensación del ambiente venezolano, tal como el autor nos la pinta, ni es la orquestación novelesca expansión del cuento. Es una historia parisiense de un artista aparisiensado en medio de la vida de una agitada república americana. En este contraste estriba el valor todo, que no es chico, de la novela, novela profundamente típica y reveladora⁷².

A continuación, desgloso por tesis las ideas que considero clave de la cita precedente; aunque la tesis 3, que expondré en seguida, la tomo de otra página del mismo estudio:

Tesis 1: «... ni el cuento me parece condensación del ambiente venezolano, tal como el autor nos la pinta, ni es la orquestación novelesca expansión del cuento».

Tesis 2: «Es una historia parisiense de un artista aparisiensado en medio de la vida de una agitada república americana».

Tesis 3: «¿No veis en esto todo eco vivo, sentido, hecho propio de doctrinas renanianas? ¿No os acordáis del evangelio del *Ariel* de Rodó? ¿No veis anhelo a un mundo nuevo en el Nuevo Mundo?»⁷³.

71 Carta de Miguel de Unamuno a Pedro Emilio Coll. 31 de marzo de 1901. Fondo Miguel de Unamuno. Archivo Universidad de Salamanca.

72 Miguel de Unamuno. 2002a. «Una novela venezolana». En *Americanidad*, p. 145.

73 *Ibidem*, p. 148.

Pedro Emilio, comenzaré por discutir las tesis 1 y 2 planteadas por Unamuno. Sinceramente, no comulgo con las interpretaciones del gran rector salmantino por adopción. ¿Qué el cuento no le parece condensación del ambiente venezolano? ¿Qué es la historia parisiense de una artista aparisiensado? No me parece acertada la crítica. Creo que *Ídolos rotos* trata de una de las mejores novelas sociológicas venezolanas que se hayan escrito. La crítica social que despliega, a través de cada uno de sus personajes y ambientes, describe la realidad sociocultural y política de esa Caracas todavía provinciana, atravesada por escándalos, arbitrariedades y prejuicios.

Bien, considero que estás de acuerdo conmigo; lo refiero por tu excelente escrito síntesis que realizaste sobre la mentada novela, asunto publicado en *El Cojo Ilustrado*⁷⁴. Se te ocurrió encontrarte en el centro de la capital, con más exactitud, por la emblemática plaza Bolívar⁷⁵, con cada uno de los personajes que integran ese corpus ficticio. En verdad, al entrar en diálogo franco con cada uno de ellos, descubriste sus idiosincrasias, la dinámica social de aquella Venezuela rural gobernada por caudillos y a merced de las trasnacionales inglesas, alemanas, estadounidenses, entre otras: «Tales son, amable lector, los encuentros y las relaciones que he tenido en estos días con algunos de los personajes que viven en *Ídolos rotos*, en medio de ardientes mediodías, rojos crepúsculos y noches estrelladas»⁷⁶.

A través de su personaje principal, Alberto Soria, Manuel Díaz Rodríguez evidenció la cosmovisión tanto de la clase media alta como la de la clase política venezolana de ese momento epocal. Nada que no reconocamos. Si antes el ideal fue París, hoy es Miami o Nueva York. Los sectores medios y politicastros son unos de los estratos sociales más alie-

74 Pedro Emilio Coll. 1901b. *Ídolos rotos*. En *El Cojo Ilustrado*, N° 226, pp. 321-323.

75 La plaza Bolívar de Caracas fue centro de reuniones políticas y literarias de las generaciones de finales del siglo XIX. Además, de lugar de esparcimiento de las familias pequeño burguesas caraqueñas. Mientras que los sectores populares vendían en tarantines, al aire libre, fritangas y refrescos, además de alquilar sillas, al son de la banda marcial que tocaba los días jueves y domingos por la noche.

76 Pedro Emilio Coll. 1901b. *Ídolos rotos*. En *El Cojo Ilustrado*, N° 226, p. 323.

nados. Además de caracterizar algunos rasgos del lumpenproletariado, propio de estas estructuras dependientes.

La trama de la novela le pareció una exageración a Unamuno: «¿Pero es de veras Venezuela como él la pinta? Es un libro doloroso, fuerte, intenso, con páginas de subidísimo interés»⁷⁷. Por lo tanto, ¿cómo puede aducir que se trata de una novela afrancesada? Justamente, lo que intentó revelar fue que el venezolano de los sectores medios, enajenado en su condición sociocultural, anheló, como ideal a alcanzar, la vida parisina en sus dimensiones aparentes a través de los estereotipos consumistas. De igual manera, el politicastro. Entre tantos caminos, una de las vías para el ascenso social cierto fue el ejercicio de la política partidista. Otrora, enrolarse en los alzamientos convocados por caudillos y macheteros, en nombre de cualquier doctrina, aseguraba la movilidad social así supiera apenas leer.

En *Ídolos rotos*, la familia Uribe fue un claro ejemplo de lo descrito en contraposición de los valores conservados por el patriarca de la familia Soria. Don Pancho Soria, hombre descendiente de agricultores acomodados, firme en sus convicciones morales, defendió con ardor la cultura del trabajo honesto y productivo. Al compás de los problemas de su tiempo, el *páter* familia de los Soria decidió cambiar de ramo dedicándose al comercio. Forjó fortuna limpia en contraste con el jefe de los Uribe, quien alcanzó estatus social cómodo a través del oportunismo político. Si bien, don Uribe perdió lo alcanzado para morir al poco tiempo, su esposa, hijas e hijos vivieron en la ruina, pero bajo los parámetros de la pequeña burguesía tras matrimonios afortunados que los acomodasen de nuevo. Uno de ellos alcanzó esa meta, el esposo de Rosa Amelia Soria, llamado a secas Uribe, a pesar de su amargura por el rencor que le profesaba don Pancho.

Aunque no todo fue modélico para la familia Soria. El ideal de don Soria fue malogrado por los distintos caminos que tomaron sus hijos, quienes no creyeron en el trabajo como objetivo vital. Alberto, estudió ingeniería sin norte alguno; luego, abrazó el mundo del arte, se tornó es-

77 Carta de Miguel de Unamuno a Pedro Emilio Coll. 31 de marzo de 1901. Fondo Miguel de Unamuno. Archivo Universidad de Salamanca.

cultor, acreditado en París por su *Fauno robador de ninfas*; Pedro, aspiró cargos ministeriales y de poder sin importar cómo. Rosa Amelia, desengañada en el amor conyugal, soportó a Uribe con resignación. Ahora bien, por medio de Pedro Soria, su hermano Alberto conoció a buena parte de los dandis de la ciudad: Mario Burgos, Antonio del Basto, Diéguez Torres, Juan O'Connor, Amorós, todos con ínfulas de *gentleman*. De igual manera, se relacionó con damas de sociedad cuya doble moral burguesa tornó sus días superficiales. Teresa Farías, cumplió con creces tales requisitos: casada, fervorosa católica y aventurera folletinesca, vivió un idilio con Alberto Soria.

Alberto los rechazó a todos con horror, si bien cayó en tentación carnal con la bella Farías. Lejos y entre brumas quedó su romance con la rubia y lánguida Julieta la parisina.

A pesar de sus devaneos amorosos formó gueto junto a sus amigos artistas e inconformes como él: Emazábel, médico, lo conoció en París; Sandoval, pintor, también lo avistó en la Ciudad Luz; Alfonzo, escéptico; Romero, corrector de pruebas, y otros, alcanzando la cantidad de 12 miembros, los 12 apóstoles, con la finalidad de salvar a la patria de filisteos como el general Galindo, el ministro Suárez, Diéguez Torres y todo el séquito de liberales amarillos. Según el sentir de Emazábel:

Es necesario que la acción de nuestra obra se revele pronto, y podamos entrecruzarla, sacando beneficios de ella. Para eso debemos realizarla, no como hasta hoy en las vagas regiones de la quimera, sino valiéndonos de las cosas, vida y costumbres de nuestro país, procurando por la creación de un alma nacional y marchando, en esa tarea de próceres, de concierto unidos... Al menos en sus principios, la obra sería de pura propaganda. Esta podría hacerse por medio del periódico, de folletos y de conferencias públicas⁷⁸.

Al respecto, la mayoría estuvo de acuerdo, aunque Alfonzo fue el más moderado por dos razones:

78 Manuel Díaz Rodríguez. 1968. *Ídolos rotos*. En *Obras selectas*, pp. 143-144.

- 1) «... declaró ver mucho de utopía en aquellos nobles proyectos»⁷⁹.
- 2) «Para la creación de un alma nacional, tenía él por indispensable fundamento o raíz la existencia de una sola raza, o de un producto uniforme de la fusión perfecta de razas distintas»⁸⁰.

El resto del grupo no comulgó con sus ideas: «Las diferencias étnicas desaparecen bajo tradiciones e intereses comunes»⁸¹.

Mientras especulaban cuestiones sobre la nacionalidad, el alma nacional, el general Rosado había tomado el poder: «... Rosado entró en la ciudad en medio de un inmenso clamor de apoteosis»⁸². El pueblo enardecido contra los predecesores de Rosado, arrasaron todo lo que encontraron a su paso.

La soldadesca que acompañó al mentado general convirtió a la Escuela de Bellas Artes en un cuartel improvisado.

Ante tal atropello, Alberto Soria exigió la recuperación de sus culturas allí almacenadas. Su hermano Pedro facilitó las diligencias ante el nuevo César a fin de recuperar sus pertenencias. La sorpresa, una vez obtenido el salvoconducto, fue el constatar el salvajismo de la tropa ante la literal violación de sus *estatuas*, especialmente a su *Venus criolla*. Con profundo dolor exclamó: «¡Y nosotros que teníamos la candidez de pensar en el arte como en un medio de regeneración política! ¡Blasfemos!... ¿Ves? ¿Ves? Por aquí pasó la Bestia, la gran Bestia impura. ¡Ah, la Democracia! ¡Nuestra Democracia! ¡Nuestra *santísima* Democracia!»⁸³.

Alfonzo tenía razón cuando me dijo que me fuera. Yéndome, entonces, cuando él me lo dijo, me hubiera llevado quizás casi entero el buen humor de la tierruca. Alfonzo tenía razón: nadie tiene derecho a

79 Ibidem, p. 145.

80 Ídem.

81 Ídem.

82 Ibidem, p. 232.

83 Ibidem, p. 239.

sacrificar su ideal... Nunca, nunca podré vivir mi ideal en mi patria. ¡Mi patria! ¡Mi país! ¿Acaso es esta mi patria? ¿Acaso es este mi país?⁸⁴.

Con el alma desgarrada, sentencia: «*Finis patriae*»⁸⁵.

Pedro Emilio, lo descrito no trata de una novela afrancesada. Muy al contrario, puso en evidencia los prejuicios de la clase media alta cara-queña a la que tú también perteneciste. No obstante, algunos la censuraron por su abierta oposición al régimen de Cipriano Castro,⁸⁶ otros por su acentuado pesimismo.

Sin embargo, José Gil Fortoul en «Carta literaria», fechada en Cambridge, un 4 de marzo de 1901, confesó a su autor:

Su libro es triste; profundamente triste; pero tenía que ser así, porque usted escogió su asunto entre cosas a un tiempo real y triste. Lógicamente, tampoco podía acabar el libro de otro modo sino como acaba, con un grito de desesperación; y no seré yo quien por esto le ponga reparos desde el punto de vista literario o artístico; la libertad del autor es absoluta en la elección de su asunto y tiene además el deber de desarrollarlo hasta el fin con lógica inflexible. Mi aplauso, es pues, de golpe y sin vacilaciones al autor de una obra fuerte y bella⁸⁷.

Sinceramente, comulgo con la lectura del maestro larense, a pesar de que fue aludido en la novela con la siguiente crítica sociológica:

Los que se creían menos ilusos, aunque lo fuesen tanto como los demás, esperaban en un dictador magnánimo con perspicacia y luces de sociólogo, capaz de comprender y bien dirigir las fuerzas de aquella democracia corrompida y de echar por último las bases de una verdadera nación y de la república verdadera⁸⁸.

84 Ibidem, p. 240.

85 Ídem.

86 Manuel Díaz Rodríguez caracterizó a Cipriano Castro como el general Rosado.

87 José Gil Fortoul. 1901. «Carta literaria». En *El Cojo Ilustrado*, n. 225, p. 296.

88 Manuel Díaz Rodríguez. 1968. Ídolos rotos. En *Obras selectas*, p. 229.

Ahora bien, Pedro Emilio, hay un detalle que no vislumbro. Tu gran amigo Díaz Rodríguez abominó del gobierno de Cipriano Castro. Lo tildó en lo personal de *bestia*. Creyó bajo su mandato el final del país. Inclusive, en la cita anterior, ironizó una de las tesis sociológicas propuestas por Gil Fortoul. No obstante, laboró como el más cercano colaborador, por casi quince años, tanto en el cuerpo diplomático como en el ministerial, del dictador andino Juan Vicente Gómez, compadre del susodicho y a quien le asestó un golpe de Estado con la ayuda de los Estados Unidos de Norteamérica.

Otro detalle, Pedro Emilio, te reconozco en el personaje de Emazábel; en tus «Notas», está la evidencia:

Acaso el establecimiento de la educación estética en las escuelas, de veladas literarias, de revistas y bibliotecas, a precios módicos, de conferencias públicas, daría muy plausibles resultados; pero hasta ahora poco o nada se ha hecho en este sentido⁸⁹.

Finalmente, el maestro Unamuno refirió, en lo que denomino tesis 3, «si el relato en cuestión te recuerda las doctrinas renanianas y el *Ariel* de Rodó»; «un mundo nuevo en el Nuevo Mundo»; por supuesto que sí, pero siempre en búsqueda de lo tradicional venezolano en franca ruptura con la visión militarista fundada por Páez en 1830. Creo que no tendrías reparo en ello.

Pedro Emilio, en otro orden de ideas, en la misma carta del 31 de marzo de 1901, Miguel de Unamuno te señaló: «He recibido los dos primeros números de *Venezuela Ilustrada*, y en el segundo vi reproducida mi breve alocución a la juventud española. Gracias mil»⁹⁰.

Sinceramente, deseo transcribir íntegro el ensayo del rector bilbaíno publicado en el quincenario *Venezuela Ilustrada*, N. 2, del año 1901,

89 Pedro Emilio Coll. 1901a. «Notas sobre la evolución literaria en Venezuela», p. 101.

90 Carta de Miguel de Unamuno a Pedro Emilio Coll. 31 de marzo de 1901. Fondo Miguel de Unamuno. Archivo Universidad de Salamanca.

edición a cargo de Juan Fernández Hurtado y Pedro Valery Rísquez. Me parece que, por su importancia, vale la pena y mucho:

Juventud, Ciencia y Libertad

A los estudiantes españoles:

Por de pronto os diría:

Estáis en la edad de la libertad, de la indeterminación preñada de cosas determinables. Ábranse a la vista los caminos todos de la vida; cualquiera de ellos que toméis, es teniendo que renunciar a todos los restantes. Deteneos, pues, un momento en esa glorieta de vuestra juventud a contemplar el haz de caminos que se pierden allá a lo lejos, tocando al cielo.

No os preocupéis demasiado con eso de tomar orientación. Cuando el ave migradora quiere orientarse, primero sube, sube muy alto, tiende luego desde la altura su mirada, y parte enseguida como una saeta. Estáis aún, y estamos todos en España, muy bajos para orientarnos; tenemos antes que subir y subir mucho. Ayudémonos a subir todos, que una vez arriba nos será dada la orientación. ¿Cuál?.. ¿Quién lo sabe?

Esto es por lo que de pronto os diría, halagando tal vez con ello vuestras tendencias; pero es otra cosa lo que creo se os debe hoy decir.

Dicen que la libertad esta hoy en peligro en España, y lo cierto es que la libertad está siempre en peligro en todas partes. Y lo está porque la libertad no es lo nativo y primario, sino lo adquirido y secundario; no está al principio, sino al fin; no es una causa, sino un resultado.

La libertad es la conciencia de la ley; es el hacer a esta nuestra íntima; es el descubrir nuestra ley y forjárnosla refleja. Si un cometa adquiriese conciencia y con ella perfecto conocimiento de la ley mecánica que rige los movimientos y su trayectoria, sería ese cometa libre. La perfecta libertad consiste en querer ser uno lo que es y en querer serlo porque lo es.

Teólogos hay que identifican en Dios la suma necesidad con la libertad suma; dicen que quieren que sea lo que tiene que ser porque tiene esto que serlo, y que tiene que serlo porque Dios lo quiere. Es un modo de formular la libertad ideal en el ideal de la perfección absoluta.

Por lo tanto, solo la ciencia da libertad. Cuanto mejor sabe uno lo que hace, más libre es y más necesariamente, a la vez, lo hace.

A vosotros, estudiantes de hoy, toca fraguar la libertad de mañana, porque vosotros tenéis que hacer la ciencia de mañana también, y fuera de la ciencia no hay libertad.

Libertad política. No la habrá mientras nos gobiernen empíricos, *hombres prácticos*, que solo saben vivir al día. Sin ciencia política no habrá libertad política. Por supuesto, la ciencia política no es la monserga de los llamados técnicos, henchidos de clasificaciones librescas y de fórmulas.

Libertad de enseñanza no habrá sin ciencia de la enseñanza. La libertad de la cátedra suele a menudo reducirse a la facultad de no enseñar disparate; de dar pedruscos a los que van por pan.

Para la libertad de conciencia lo primero es tenerla robusta y clara. Quien ilustre e ilumine la suya la tendrá libre, aunque le cierren la puerta de ella con dobles candados.

Libertad religiosa solo se alcanza mediante la ciencia de la religión, no hablando de esta y combatiéndola a tontas y a locas. La sabia exégesis alemana del siglo que acaba de pasar –desde Baur a Harnack– ha asentado la más firme base a la futura libertad de conciencia religiosa cristiana. No podemos hablar de semejante libertad en un país como España, en que la inmensa mayoría de las personas de carrera jamás han leído el Evangelio. En cambio, se cuelga del cuello de los niños, en una bolsita cosida, trozos de la *letra* evangélica... en latín. Este amuleto vergonzoso es el estigma de la esclavitud de la conciencia religiosa.

Solo por la ciencia lograréis libertad; pero por la ciencia viva, cordializada, por la ciencia a la que impulsa el amor. Regula la cabeza los latidos del corazón, pero es recibiendo del corazón oleadas de sangre que la sustenten.

Unid el ideal del corazón, expresados en aquellas palabras del profeta Amós «corra la justicia como impetuoso arroyo», con el ideal de la cabeza que formuló Lucrecio:

Pacata posse mente omnia lueri

«Poder contemplarlo todo con alma serena»

Y solo la ciencia cordializada, de la ciencia unida con el amor, de la ciencia amorosa. Y del amor sabio, solo de ellos puede brotar el impetuoso arroyo de la justicia y la serena contemplación de las cosas.

No quisiera daros mis ideas —que no mías— sino mi alma; mi alma, que temo empiece a endurecerse, para que en vosotros se rejuvenezca. Porque llegara el día en que entendáis y sintáis mejor lo que yo hoy os digo —valga ello lo que valiere— que yo mismo que os lo digo; llegara día, me temo, en que podáis volver contra mis palabras.

Hoy habla mi juventud en mí; cuando deje de ser joven, si un día tengo esta desgracia, en la juventud de entonces podrá vivir mi juventud de hoy. Pero hago votos por conservar una juventud perpetua, y en la libertad, tal como os lo he explicado, la busco. Buscadla en ella y seréis perpetuamente jóvenes.

Fíjate, Pedro Emilio, al igual que tú, el notable rector rechazó el problema de la verdad científica que separa el sujeto del objeto. Es decir, la verdad como justicia parte del amor que se torna sabio cuando el otro aparece visibilizado para el que estudia. Ese es el principio que nos hace libres. Lo digo porque el proceso de cosificación sea del hombre o de la naturaleza —¿debo hacer la diferencia?— trata de una abominación: convertirlo todo en cosa, en mercancía.

Eso me inspira el brillante y honesto mensaje a la juventud española del año 1900. La ley concientizada nos emancipa en la medida que nos ayuda a ser libres en el otro. Por eso el amor es justiciero. «Sentipensante» lo llamaron Simón Rodríguez, Orlando Fals Borda, Eduardo Galeano, entre otros: razonamiento atravesado por el sentimiento que no es sensiblería. Sí, la ciencia nos hará libres en la medida que rompamos todo proceso de alienación legitimado por el método científico. Entre el método científico, la ortodoxia religiosa, la subjetividad caprichosa e irresponsable y la superstición es necesario reivindicar a la ciencia *cordializada* como corpus nocional/conceptual/emocional/complejo, dinamizado junto al otro, en situación, que ayude a superarnos en nuestras limitaciones límbicas.

En fin, en este primer diálogo, hasta aquí mis comentarios a tus misivas al admirable maestro Miguel de Unamuno. En este cruce de tiempos

me siento de tu época y en la del eminente rector, y a ambos muy contemporáneos con la mía. En verdad, tal como lo dijo el filósofo madrileño Ortega y Gasset, el tiempo vital es un *hoy*, entre otros *hoy*, perenne.

Capítulo II

Segundo momento

Pedro Emilio, responde: ¿Qué nos une? ¿Qué nos diferencia? Tú naciste en Caracas en 1872, yo en un pueblo aragüeño casi cien años después. Ambos somos venezolanos y hemos vivido las amenazas e injusticias de los poderes imperiales europeos y estadounidense y este último a través de una de sus justificaciones políticas y jurídicas más perversas: la doctrina Monroe¹.

Pedro Emilio, estoy segura de que comulgas con mi punto de vista. Lo digo con cierta jactancia por aquella carta que le remitiste al rector magnífico Miguel de Unamuno, un 5 de marzo de 1903, donde expresaste con indignación lo que prosigue:

En nombre del famoso progreso europeo han querido conquistarnos en estos días y, sin embargo, esos cañonazos mandados a disparar por tres reyes contra nuestros pobres puertos indefensos han hecho a mí entender gran mal al verdadero progreso. Ya se piensa aquí que la tal civilización es mentira, y que los viajeros que refieren cosas estupendas del otro mundo son unos embusteros².

Miguel de Unamuno no dio largas a su respuesta. Un 31 de marzo de 1903, te dirige las siguientes líneas —un tanto extenso por los párrafos seleccionados, pero de gran valía político— ideológica:

1 James Monroe fue un político estadounidense y presidente de la Unión durante los años 1817-1825. Legitimó la doctrina que lleva su apellido a fin de delimitar el área estratégica de los Estados Unidos respecto de los intereses expansionistas de los europeos.

2 Carta de Pedro Emilio Coll a Miguel de Unamuno. Caracas, 5 de marzo de 1903. Fondo Miguel de Unamuno. Archivo Universidad de Salamanca.

En lo que estoy mucho más de acuerdo con usted que lo que usted mismo pueda figurarse es en las reflexiones que le sugiere la barbaridad de los tres reyes que mandaron a bombardearles.

Y, no está mal que empiece a pensarse ahí que esta civilización europea es mentira, pues si bien no sea así, tal parecer no se aleja de la verdad más que el obsesionarse por ella. Quiera Dios que esas y otras atrocidades de nuestra barbarie civilizada les haga volver los ojos a sí mismos, a las entrañas de su casta, adentrarse y buscar en su propio espíritu y en el alma de los campesinos la raíz de su vida.

El caudillaje mismo no es tan malo como se cree y he de emprender mi explicación. Yo, por mi parte, prefiero el hombre, que es ley viva, a la ley muerta y creo que un hombre enérgico, patriota y con alma vale más que cien constituciones de papel.

Esta tesis escandalizará, pero yo sabré defenderla.

Y ahora busco hombres y es lo que me mueve a estudiar a Bolívar, Sucre, Miranda, etc., como he estudiado otros. Yo no sé por qué aquí en España nadie, que yo sepa, se ha dedicado a estudiar la historia y el espíritu de esos pueblos, sangre de nuestra sangre (la sangre espiritual es el idioma) y a defendernos todos de las estúpidas calumnias de esos anglosajones y germanos que creen que el suyo es el tipo definitivo de civilización, por ser el último. Por esto me ha gustado tanto la hermosísima novela *Sangre patricia* de Díaz Rodríguez, de la que hace mes y medio remitía a *La Lectura* una extensa nota, que ya estoy deseando la publiquen. Nota que hice con verdadero cariño, porque el libro me encantó. Además, he de hacer reproducir parte de él en una revista, con un comentario mío.³

Pedro Emilio, antes de continuar con mis inquisiciones, permíteme, por favor, por la importancia histórica que reviste, transcribir la alocución ofrecida a la nación por el entonces presidente de la República, general Cipriano Castro, sobre el asunto que tú y Unamuno trataron en las epístolas referidas arriba.

3 Carta de Miguel de Unamuno a Pedro Emilio Coll. Salamanca, 31 de marzo de 1903. Fondo Miguel de Unamuno. Archivo. Universidad de Salamanca.

En la ciudad de Caracas, el 9 de diciembre de 1902, el general Castro se había dirigido al pueblo con emotivo discurso⁴:

¡Venezolanos!

¡La planta insolente del extranjero ha profanado el sagrado suelo de la patria!

Un hecho insólito en la historia de las naciones cultas, sin precedentes, sin posible justificación, hecho bárbaro, porque atenta contra los más rudimentarios principios del Derecho de Gentes, hecho innoble, porque es fruto del contubernio inmoral y cobarde de la fuerza y la alevosía, es el hecho que acaban de realizar en la rada de La Guaira, hace pocos momentos, las escuadras alemana e inglesa; sorprendieron y tomaron en acción simultánea y común tres vapores indefensos de nuestra armada que habían entrado en dique para recibir reparaciones mayores.

¡Venezolanos!

El duelo es desigual porque el atentado ha sido consumado por las dos naciones más poderosas de Europa, contra este, nuestro país, que apenas convalece de largos y dolorosos quebrantos y porque ha sido realizado de aleve manera, pues Venezuela no podía esperar tan insólita agresión, desde luego que no habían precedido las fórmulas de estilo en semejantes casos; pero la justicia está de nuestra parte, y el Dios de las naciones que inspiró a Bolívar y a la pléyade de héroes que le acompañaron en la magna obra de legarnos, a costa de grandes sacrificios, Patria, Libertad e Independencia, será en el que en estos momentos decisivos para la vida de nuestra nacionalidad, nos inspire en la lucha, nos aliente en el sacrificio y nos asista en la obra también magna de consolidar la Independencia Nacional.

Por mí parte estoy dispuesto a sacrificarlo todo en el altar augusto de la patria, todo, hasta lo que pudiera llamarse mis resentimientos por razón de nuestras diferencias intestinas.

No tengo memoria para lo que de ingrato pueda haber en el pasado. Borrados quedan en mi pensamiento de político y de guerrero todo lo

4 Cipriano Castro. 1902. Proclama ante el bloqueo extranjero. Publicada en *El Cojo Ilustrado*, 15 de diciembre de 1902, p. 751.

que fue hostil a mis propósitos, todo lo que ha podido dejar una huella de dolor en mi corazón. Delante de mí no queda más que la visión luminosa de la patria como la soñó Bolívar, como la quiero yo.

Y puesto que esta no puede ser grande y poderosa, sino en el ambiente de la confraternidad de sus hijos, y las circunstancias reclaman el concurso de todos estos, en nombre de aquellos mis sentimientos y de estas sus necesidades, abro asimismo las puertas de la patria para los venezolanos que por iguales razones se encuentran en el extranjero, y restituyo al goce de las garantías constitucionales, las propiedades de todos los revolucionarios que estaban embargadas por razones de orden público. Más todavía, si sobreviviere a los acontecimientos y fuere preciso para la salud de la patria despojado del elevado carácter con que me han honrado los pueblos y con el cual voy a la lucha, estoy listo a mi separación a la vida privada, quedando siempre mi espada, por supuesto, al servicio de la República; y podéis estar seguros de que me retiraré satisfecho, sin sentir la nostalgia del poder, porque mi aspiración mayor es ver a mi patria grande, próspera y feliz.

¡Venezolanos!

El sol de Carabobo vuelve a iluminar los horizontes de la patria, y de sus resplandores urgirán temeridades, como la de las Queseras del Medio, sacrificios como el de Ricaurte, asombros como el del pantano de Vargas, heroísmo como el de Ribas y héroes como los que forman la constelación de nuestra grande epopeya. Y hoy, que por una feliz coincidencia conmemoramos la fecha clásica de la gran batalla decisiva de la libertad suramericana, la «Batalla de Ayacucho», hagamos votos porque nuevos Sucre vengán a ilustrar las gloriosas páginas de nuestra historia patria.

Sabes, después de leer la alocución del general Castro, comprendo que el concepto unamuniano de *intrahistoria* valora e impulsa la autodeterminación de los pueblos, además de cuestionar la visión del mundo colonialista impuesta a la sazón por aquellos poderes imperiales europeos.

Permíteme recoger algunas opiniones del rector bilbaíno, dirigidas a ti aquel 31 de marzo de 1903:

1. La «**barbarie civilizada**». Pedro Emilio, comentaste a Unamuno que el cañoneo a nuestros puertos «han hecho, a mi entender, gran mal al verdadero progreso». Al respecto, te interrogo cuasi perpleja: ¿cuál es el verdadero progreso? ¿Es posible para el desarrollo capitalista sostenerse sobre bases racionales dialógicas? ¿La explotación del hombre por el hombre legitima relaciones *sentipensantes*?

El sabio maestro Unamuno te refirió, sin tapujos, que en su libro *A la juventud hispana*, «trato de justificar algunos de los que nuestros flamantes civilizadores a cañonazos, los bárbaros del capitalismo, llaman defectos de los pueblos de casta (o de lengua) española».

En efecto, Pedro Emilio, las barbaridades cometidas a nuestros astilleros, con tanto desparpajo, traslucen justamente el concepto colonialista que tuvieron y tienen sobre nuestros pueblos tratados como razas inferiores. Básicamente, los germanos y anglosajones, tienen a los pueblos latinos como seres irracionales, máxime a los ubicados en estas latitudes, allende los mares, mestizos de indios, negros, iberos, judíos, moros y un largo etcétera.

Por tal razón, asombrado Cipriano Castro, dijo: «Un hecho insólito en la historia de las naciones cultas, sin precedentes, sin posible justificación, hecho bárbaro, porque atenta contra los más rudimentarios principios del Derecho de Gentes...». ¿Es que somos considerados sujetos de derecho?

Tú lo viviste, Pedro Emilio, pero te detallo pasaje que dejó para las páginas de la historia nacional el escritor merideño Mariano Picón Salas:

Se acerca a los guardacostas venezolanos, el *Panther* forrado de acero gris y de humeante chimenea, como *junker* alemán que fuma su gran cigarro. Saltan en lanchas circuidas de ametralladoras, los tiesos marinos rubios a imponer la rendición de nuestra flotilla fantasmagórica. Al mismo instante, la infantería inglesa del *Redistribution* está desembarcando en el Tajamar. En comandita de violencia, los marinos británicos se han lanzado sobre el *Margarita*, mientras los alemanes se apoderan del *General Crespo*, del *23 de mayo* y de *El Totumo*. Ya se comenta en La Guaira que los ingleses no solo destruyeron las máquinas y calderas del *Margarita*, sino sacaron todo el dinero de la caja fuerte

y hasta levantaron las ollas de plátano y pescado con que se racionaba a la tropa. Cincuenta alemanes armados de máuseres que subieron a *El Totumo* rodearon al capitán venezolano y poniéndole un revólver al pecho, intiman la rendición. Ya remolcado mar afuera, híbrida mezcla de guardacostas y piraguas, salen nuestros pobres barquitos como presas de corso. A bordo de las naves insignias están el señor W. H. D. Haggard, ministro residente de la Gran Bretaña y von Pilgrim Baltazzi, encargado de negocios del Imperio alemán⁵.

Ahora bien, Pedro Emilio, sobre el lamentable acaecimiento, el maestro Unamuno te dejó en claro que «no está mal que empiece a pensarse ahí que esta civilización europea es mentira». Valiente el siempre rector de la Universidad de Salamanca, al llamarnos la atención respecto de voltear hacia adentro la mirada y no permanecer con la cabeza y el corazón siempre dirigidos hacia afuera. Creo que la lección unamuniana te impactó, lo sentí en tu hermoso ensayo «Las razones del bucare» escrito —que casualidad— cualquier día del mes de agosto de 1903:

Una de las conversaciones que tienen más aburridos a los árboles de la plaza Bolívar —obligados a escuchar todo sin derecho de réplica— es aquella que siempre recae sobre el tema de la inferioridad de nuestro país con relación a los otros del planeta. Si los árboles tuvieran como nosotros la facultad de expresar nuestros pensamientos por medio de la palabra, quién sabe qué contestaciones darían a los compatriotas que con tal enfado juzgan el terruño natal. Tal vez el bucare, que eleva en su verde copa el rojo de sus flores, como un símbolo de la vida tropical, argüiría más o menos de este modo:

—Sé que venís de Nueva York y de París y que os fastidiáis de no encontrar bajo mi sombra el bullicio y la belleza de las grandes ciudades; me comparáis con los árboles que crecen con gracia femenina en el bosque de Boulogne, encontráis que la manera como arranco del suelo y me lanzo hacia la luz carece de las formas nobles a que vuestros ojos

5 Mariano Picón Salas. *Los días de Cipriano Castro*. Monte Ávila Editores, Caracas, 1991, pp. 242-243.

se acostumbraron en un viaje de recreo por el extranjero. No soy en verdad como cierto pino que recorta su esbelta silueta en un ángulo del Central Park; pero, qué queréis, soy venezolano y sigo en el aparente desorden de mis ramas una ley, obedezco a la fuerza de la zona en que mis raíces se nutren. Comprendedme; escuchad las palpitaciones de mi sangre y así os comprenderéis mejor; poned el oído en mi rugoso tronco y oiréis un corazón que late al unísono del vuestro. Amadme porque somos de una misma raza y del mismo vientre descendemos. Yo, sonreído, os veo discurrir a mis pies como un abuelo corpulento a cuyos nietos enseña el aya alemana que agua es *wasser* en su idioma, y la institutriz francesa que pan es *pain* en el suyo; todo ello os será muy útil en el comercio de la existencia, pero no olvidéis que al despediros del mundo vuestro postrer adiós será pronunciado en la lengua con que vuestra madre os decía dulces cosas al besaros.

No os aconsejo un patriotismo estrecho —continuará predicando el bucare con el rumor de su follaje—; pero sed como yo, que antes de tender mis brazos a los cuatro vientos de la humanidad, me arraigo fuertemente a la tierra maternal, y que con el jugo de la oscura entraña hago las flores de púrpura que elevo al cielo en mi verde copa, como un símbolo de la vida tropical...

Y yo, que escuché tales razones del bucare en flor de la plaza Bolívar, tuve vergüenza y, después, sin que nadie me viera, puse mis labios en su corteza que estaba llena de arrugas como la frente del viejo Sócrates⁶.

2. «...volver los ojos a sí mismos...». Como te decía, Pedro Emilio, don Unamuno tuvo razón al reclamarte que el incidente ocurrido en nuestras costas debía llamarnos a reflexión en la inminente necesidad de comprendernos en nuestra propia dinámica histórica que es también ideológico-cultural. Méritos tuvo, sin lugar a dudas, tu gran amigo Luis Manuel Urbaneja Achelpohl al descubrir en nuestra ruralidad inspiración para sus notables novelas y cuentos. Repito, el maestro te lo expuso con suma franqueza cuando deslizó su pluma para decirte:

6 Pedro Emilio Coll. 1903. «Las razones del Bucare». En *El Cojo Ilustrado*, XII, p. 280.

Quiera Dios que esas y otras atrocidades de nuestra barbarie civilizada les haga volver los ojos a sí mismos, a las entrañas de su casta, adentrarse y buscar en su propio espíritu y en el alma de los campesinos la raíz de su vida⁷.

... añadido: y en el alma de nuestros indígenas, afrodescendientes y el pueblo todo.

Sin romper el hilo de nuestra plática, juzgo que la observación terminó concretándose en su notorio ensayo *Del sentimiento trágico de la vida en los hombres y en los pueblos*⁸, escrito en el año de 1912. Me gustaría rasguear algunas palabras sobre el mentado estudio. Sabes, lo creo necesario porque la tesis: «...volver los ojos a sí mismos...», se tornó en epistemología, fundamento de lo que debe ser nuestra mirada. Lo digo y defiendo ya que a partir de las premisas que conformaron esa obra, Unamuno intentó aprehender lo histórico sobre bases epistemológicas contrarias al objetivismo. Es decir, interpretó la realidad vulnerando la lógica del cientificismo. Aspiró comprender el rico entramado social al asumir como eje central de su epistemología el hombre de carne y hueso, el yo y el nosotros, como sujeto y objeto de toda filosofía. En consecuencia, había roto con la concepción epistemológica empirista:

(...) una cierta doctrina que llamábamos positivismo, que hizo mucho bien y mucho mal. Y entre otros males que hizo, fue el de traernos un género tal de análisis que los hechos se pulverizaban con él, reduciéndose a polvo de hechos⁹.

(...) todos los definidores del objetivismo no se fijan, o, mejor dicho, no quieren fijarse en que al afirmar un hombre su yo, su consciencia personal, afirma al hombre, al hombre concreto y real, afirma el verdadero humanismo —que no es el de las cosas del hombre, sino el del

7 Carta de Miguel de Unamuno a Pedro Emilio Coll. Salamanca, 31 de marzo de 1903. Fondo Miguel de Unamuno. Archivo Universidad de Salamanca.

8 Miguel de Unamuno. 2005. *Del sentimiento trágico de la vida en los hombres y en los pueblos*.

9 Miguel de Unamuno, ob. cit., p. 104.

hombre—, y al afirmar al hombre, afirma la conciencia. Porque la única conciencia de que tenemos conciencia es la del hombre¹⁰.

El hombre de carne y hueso ocupa un lugar fundamental en la epistemología unamuniana. El sujeto que conoce queda desprovisto del método científico como enlace explicativo entre él y su realidad, valorizándose así las fuentes primarias en detrimento de la explicación del mundo a partir de la semántica científica inseparable del concepto y el método.

El hombre de carne y hueso unamuniano observa y comprende la gramática social relacionándose con el otro desde el sentimiento, si bien la carga semántica del sentimiento no es de corte psicologista. El maestro soslaya el psicologismo por la vía de la práctica social; es decir, el hombre al interactuar con el «otro» lo comprende, dejando de explicarlo bajo ese reduccionismo sensible:

La filosofía es un producto humano de cada filósofo, y cada filósofo es un hombre de carne y hueso que se dirige a otros hombres de carne y hueso como él... en el punto de partida, en el verdadero punto de partida, el práctico, no el teórico, de toda filosofía, hay un para qué¹¹.

Así, el lenguaje adquirió relevancia teórica en esta propuesta epistemológica. El lazo entre el yo y el nosotros solo es posible a través de ese vehículo. La lengua expresa la riqueza sociocultural de un pueblo. El filósofo, como hombre de carne y hueso, debe escrutar una realidad históricamente dada, estudiando la memoria propia de la personalidad individual y la tradición expuesta por la personalidad colectiva: «La memoria es la base de la personalidad individual, así como la tradición lo es de la personalidad colectiva de un pueblo»¹².

De esta manera, la poética, la dramaturgia, la novelística, el cuento, la biografía, el epistolario y la tradición oral adquieren valor metodológico.

10 Ibidem, p. 111.

11 Ibidem, pp. 131-133.

12 Ibidem, p. 106.

La gramática social es elaborada desde la práctica interactiva con el *otro*, de esta manera deja de ser un simple concepto: «La íntima biografía de los filósofos, de los hombres que filosofaron, ocupa un lugar secundario. Y es ella, sin embargo, esa íntima biografía, la que más cosas nos explica»¹³.

Justamente, allí radica la problemática del sentimiento trágico de la vida, en la imposibilidad de salvar el abismo entre el sentido común y el conocimiento científico:

Y el más trágico problema de la filosofía es el de conciliar las necesidades intelectuales con las necesidades afectivas y con las volitivas. Como que ahí fracasa toda la filosofía que pretende deshacer la eterna y trágica contradicción, base de nuestra existencia¹⁴.

El filósofo vizcaíno rechazó la pretensión científica y metafísica del conocer por conocer, y de conocer la verdad por la verdad misma. Explica que la curiosidad por el conocimiento «brotó de la necesidad de conocer para vivir (...)»¹⁵. Una vez satisfechas las necesidades primarias, el hombre es capaz de pensar y recrear el mundo. La sociedad debe su ser al instinto de conservación del individuo. Y de este instinto *florece* la razón. La razón como producto social, tal vez, debe su origen al lenguaje. El hombre, por tanto, es un fin, no un medio. A decir del autor:

Y si el individuo se mantiene por el instinto de conservación, la sociedad debe su ser al instinto de perpetuación de aquel. Y de este instinto, mejor dicho, de la sociedad, brota la razón. La razón, lo que llamamos tal, el conocimiento reflejo y reflexivo, el que distingue al hombre, es un producto social. Debe su origen quizás al lenguaje. Pensamos articulada, o sea reflexivamente, gracias al lenguaje articulado, y este lenguaje brotó de la necesidad de transmitir nuestro pensamiento a nuestros prójimos¹⁶.

13 Ibidem, p. 97.

14 Ibidem, p. 114.

15 Ibidem, p. 124.

16 Ibidem, p. 127.

El yo y el nosotros, en conjunto con el lenguaje, conforman y determinan las relaciones socioculturales. En última instancia, al asumir la estructura racional de la personalidad individual y la personalidad colectiva, Unamuno deslegitimó posturas científicas, filosóficas y teológicas que tienden a anular el yo. Sin embargo, no se trata de una postura egocéntrica. La crítica al catolicismo, el racionalismo, el idealismo y el cientificismo, permitió rescatar la condición histórica del hombre concreto, de carne y hueso:

La verdad concreta y real, no metódica e ideal, es: *homo sum, ergo cogito*. Sentirse hombre es más inmediato que pensar. Mas, por otra parte, la historia, el proceso de la cultura, no halla su perfección y efectividad plena sino en el individuo; el fin de la historia y de la humanidad somos los sendos hombres, cada hombre, cada individuo (...) El individuo es el fin del universo¹⁷.

Unamuno vulneró las reflexiones filosóficas centradas tanto en el yo como en la representación, al estudiar desde la lengua las expresiones socioculturales del hombre determinado históricamente:

Y es que el punto de partida lógico de toda especulación filosófica no es el yo, ni es la representación (...) o el mundo tal como se nos presenta inmediatamente a los sentidos, sino que es la representación mediata o histórica, humanamente elaborada y tal como se nos da principalmente en el lenguaje por medio del cual conocemos el mundo (...) ¹⁸.

La lengua como producto social funda una filosofía centrada en el hombre y en la historia; por ende, el lenguaje recrea en la epistemología unamuniana el concepto de intrahistoria. El hombre debe conocerse en su propia cultura, desde su contexto histórico-social. Por tal razón, el

17 Ibidem, p. 492.

18 Ibidem, p. 489.

maestro advierte la necesidad de reencontrar el ser del hombre en sus propias expresiones culturales:

Pues abrigo cada vez más la convicción de que nuestra filosofía, la filosofía española, está líquida y difusa en nuestra literatura, en nuestra vida, en nuestra acción, en nuestra mística, sobre todo, y no en sistemas filosóficos. Es concreta (...) nuestra lengua misma, como toda lengua culta, lleva implícita una filosofía¹⁹.

En el caso de su ser español, abogó por *el quijotismo* como método y filosofía, en contraposición de aquellos letrados apegados a sistemas filosóficos provenientes de Francia y Alemania:

¿Qué ha dejado a la cultura Don Quijote? Y diré: ¡El quijotismo!, y no es poco. Todo un método, toda una epistemología, toda una estética, toda una lógica, toda una ética, toda una religión, sobre todo, es decir, toda una economía a lo eterno y lo divino, toda una esperanza en lo absurdo racional²⁰.

3. «El caudillaje mismo no es tan malo como se cree». En este caso, Pedro Emilio, Unamuno prefirió al hombre patriota que al acomodaticio y leguleyo. Admiró en Cipriano Castro su arrojo frente a las potencias imperiales europeas, si bien, al final, le ganó la partida la doctrina Monroe con graves consecuencias hasta nuestros días. Por tal razón, el rector te remarcó en su misiva: «Yo, por mi parte, prefiero el hombre, que es ley viva, a la ley muerta y creo que un hombre enérgico, patriota y con alma vale más que cien constituciones de papel. Esta tesis escandalizará, pero yo sabré defenderla»²¹. Por supuesto, no trató de defender cualquier ac-

19 Ibidem, pp. 488-489.

20 Ibidem, p. 508.

21 Carta de Miguel de Unamuno a Pedro Emilio Coll. Salamanca, 31 de marzo de 1903. Fondo Miguel de Unamuno. Archivo Universidad de Salamanca.

ción patriótica; es decir, no intentó validar con esto posturas chovinistas, génesis de los regímenes totalitarios.

Tú lo sabes bien y debes recordar ese terrible hecho que el maestro vizcaíno vivenció aquel 12 de octubre de 1936 y que pagó con su muerte dos meses y medio después, un 31 de diciembre. Con profunda impresión de seguro leíste la noticia del referido altercado entre José Millán Astray y Miguel de Unamuno: Se cuenta que, en el paraninfo de la Universidad de Salamanca, frente a un auditorio repleto de franquistas, a propósito de conmemorarse la *Fiesta de la Raza*, en medio de discursos patriotericos, vítores y cantos, el general Astray exaltado vociferó: «¡Abajo la inteligencia, **viva la muerte!**». El rector Unamuno sentado en el podio y rodeado de altos jerarcas militares y un prelado, indignado, se levantó y con hondo sentimiento le espetó casi en el rostro: «Este es el templo de la inteligencia y estáis profanando su sagrado recinto. **Yo soy su sumo sacerdote**. Venceréis porque tenéis sobrada fuerza bruta, pero no convenceréis».

Supuestamente, las masas enardecidas al grito de «¡Viva la muerte! ¡Mueran los intelectuales!», casi lo linchan mientras Unamuno se retiraba con la frente en alto pero transido de dolor.

4. «Y ahora busco hombres y es lo que me mueve a estudiar a Bolívar, Sucre, Miranda...». Pedro Emilio, estas líneas escritas por Unamuno fundaron mirada histórica. Su interés por la historia mínima sobre la gesta americana lo distanció de las historiografías románticas y positivistas. Conocer el hombre de carne y hueso, su sentir, sin desembocar en reduccionismos psicologistas ni en ontologismos, lo llevó a interpretar la historia centrada en el sujeto como ser social; las memorias individual y colectiva demarcadas en un contexto histórico social. Tal aspiración lo llevó a solicitarte material bibliográfico entre otros papeles. Lo mismo hizo con tus amigos José Gil Fortoul y Rufino Blanco Fombona.

Sabes, tengo en mis manos las misivas escritas por estos a Unamuno, y como ambos se dedicaron al estudio concienzudo de la historia de Venezuela, me gustaría destacar, en términos generacionales, sus apreciaciones metodológicas cuando aconsejaron a don Unamuno en su noble pretensión de conocer a los próceres de nuestra Independencia.

Te relato, el 6 y el 19 de marzo de 1907, desde la ciudad de Berlín, José Gil Fortoul remitió sendas notas postales a Miguel de Unamuno. En la esquila fechada el 6 de marzo, Gil Fortoul se disculpó por la tardanza de su correo. Le explicó que en efecto recibió su carta el 25 de febrero, de ese mismo año, mas no había respondido de inmediato esperando «el número de *La Nación* que trae su artículo “Don Quijote y Bolívar”». La dirección de este periódico argentino publicó el referido artículo del maestro bilbaíno donde mencionó el trabajo histórico del sociólogo venezolano *Historia constitucional de Venezuela*, obra editada ese mismo año en Berlín, por la Casa Editorial de Carl Heymann: «... apresúrome a darle las gracias por la cariñosa simpatía con que habla usted de mi historia»²².

En la misiva, el escritor larense agradeció al rector el retrato psicológico de Simón Bolívar en su mentado ensayo «Don Quijote y Bolívar». A su vez, le reiteró que a los lectores argentinos les había convenido leer ese tan novedoso tratamiento psicoantropológico de la personalidad del Libertador. Le aseguró que su metodología ayudaría a desmontar los mitos creados por el escritor argentino Bartolomé Mitre: «...pues contribuye a darlo a conocer mejor en la Argentina, donde se tiende a seguir ciegamente a Mitre»²³. Por el mismo motivo, le aseguró que enviaría su artículo a Venezuela donde las tendencias románticas y positivistas deformaron el carácter del Padre de la Patria: «... como entre nosotros hay tanta gente que adopta las exageraciones líricas de Larrazábal»²⁴.

En efecto, el conocido trabajo de Unamuno «Don Quijote y Bolívar»,²⁵ fue reproducido en Caracas el 15 de mayo de 1907, en la revista *El Cojo Ilustrado*, N° 370.

En la carta del 19 de marzo, Gil Fortoul redactó a Unamuno líneas de aliento en relación al plan que pretendía desarrollar sobre «los héroes de acción americanos». El venezolano agradeció sobremanera el abordaje

22 Carta de José Gil Fortoul a Miguel de Unamuno. Berlín, 6 de marzo de 1907. Fondo Miguel de Unamuno. Archivo Universidad de Salamanca.

23 Ídem.

24 Ídem.

25 Miguel de Unamuno. 1907. «Don Quijote y Bolívar». En *El Cojo ilustrado*, n. 370, pp. 303-305.

psicológico del tema: «...un mundo que usted nos haría a todos, españoles y americanos, el servicio de aclarar desde el punto de vista psicológico»²⁶.

Pedro Emilio, es evidente que tanto José Gil Fortoul como Miguel de Unamuno abogaron por concepciones históricas antipositivistas.

El 16 de agosto de ese mismo año, desde Scheveningen Beach, Rufino Blanco Fombona también dirigió carta a don Unamuno. Pareciera, por su contenido, que el rector le mencionó al joven caraqueño las mismas inquietudes que a José Gil Fortoul sobre Simón Bolívar. Primero, por su preocupación al no llegarle los materiales bibliográficos y hemerográficos sobre el Libertador encargados por este cuando fue ministro de Fomento a J. M. Herrera Irigoyen: «Lamento que no recibiera usted *Los documentos para la vida pública del Libertador*, que le hice enviar hace tiempo de Venezuela»²⁷ y, segundo, por sus observaciones a la prometida investigación de Unamuno «sobre los hombres de la revolución americana». Respecto del segundo punto, su consejo fue diametralmente opuesto al de José Gil Fortoul. Recomendó al filósofo bilbaíno que escribiera obra de corte histórico, diferente a todo lo publicado en el país hasta ese momento, léase:

Sentiría asimismo que usted se pusiera a escribir sobre Bolívar, Sucre, San Martín, Miranda, etc., porque hace un siglo no escampa la lluvia de (atroces) versos sobre los grandes hombres... y, sin embargo, todavía no los conocemos. ¿Cree usted natural que en vez de estudiarlos nos hayamos puesto a cantarlos? ¿Y no comprende usted mi horror cuando a uno de los pocos hombres que pudiera comprenderlos y explicarlos se le ocurre la idea de ponerse a gritar en verso? Usted tiene la facultad de sacar y sugerir cien distintas ideas alrededor del mismo tema.

26 Carta de José Gil Fortoul a Miguel de Unamuno. Berlín, 19 de marzo de 1907. Fondo Miguel de Unamuno. Archivo Universidad de Salamanca.

27 Carta de Rufino Blanco Fombona a Miguel de Unamuno. Scheveningen Beach, 16 de agosto de 1907. Fondo Miguel de Unamuno. Archivo Universidad de Salamanca.

Llaman la atención varios puntos de vista del citado párrafo: a) le sugirió a Unamuno que evitara poetizar la vida de los prohombres americanos. Ahora bien, según la carta de Gil Fortoul, el rector no pretendió escribir simples versos, al contrario, aspiró caracterizar los rasgos psicosociales de los próceres americanos, interpretación muy a tono con las investigaciones de la época que ambicionaron contravenir la lógica del positivismo científico; b) el joven caraqueño instó a Unamuno a que escribiese un tratado histórico de rigor en vista de que se hubiera evidenciado que «¿...en vez de estudiarlos nos hayamos puesto a cantarlos?». Pregunto: ¿será que Rufino Blanco Fombona desconocía la tan publicitada *Historia constitucional de Venezuela*, de José Gil Fortoul, puesta en circulación ese mismo año de 1907? Resulta que, durante ese período, Unamuno había publicado en diversos periódicos extranjeros dos artículos inspirados en la mentada obra del intelectual larense: «Don Quijote y Bolívar» y «La Ciudad y la patria»,²⁸ escritos reproducidos en *El Cojo Ilustrado*, n. 370 y n. 371, del 15 de mayo y del 1.º de junio respectivamente de ese año, por cortesía del mismo Gil Fortoul. Entonces, ¿por qué Rufino Blanco Fombona no recomendó a su compatriota?

Creo, Pedro Emilio, que tal vez las diferencias entre ambos venezolanos hayan sido políticas e ideológicas, o tal vez metodológicas, si bien, para ese momento histórico, ambos laboraban en el servicio diplomático del gobierno de Cipriano Castro: en ese lapso de 1907, Blanco Fombona era representante consular en Ámsterdam y Gil Fortoul en la Legación de Venezuela en Berlín.

Por supuesto, no debe descartarse el hecho de que José Gil Fortoul, con 43 años de edad, para ese momento, transitaba su paso a otra etapa generacional. Sobre este asunto ya lo advirtió Ortega y Gasset, estas clasificaciones no son estáticas en vista de que la edad no representa un dato matemático; en consecuencia, las generaciones se solapan. Aunque en términos técnicos y metodológicos posibilita destejer la trama mínima de la historia a fin de explicar las fisuras en el mundo de la vida.

28 Miguel de Unamuno. 1907a. «Don Quijote y Bolívar» y 1907b. «La ciudad y la patria». En *El Cojo ilustrado*, n. 370, pp. 303-305 y n. 371, pp. 340-342, respectivamente.

Sobre lo dicho, Pedro Emilio, creo entonces que es posible rastrear las diferencias sustanciales entre estos hombres en el campo de la formación académica recibida. Considera lo siguiente: Rufino Blanco Fombona, con 33 años en ese momento, entre otros libros y documentos, le sugirió a Unamuno que leyese la «*Vida de Bolívar* escrita por D. Felipe Larrazábal» y los «*Documentos para la vida pública del Libertador*, redactados por Blanco y Azpurúa»²⁹. Lo mismo hizo José Gil Fortoul con el catedrático de Salamanca, pero con indicaciones contrarias a las del joven caraqueño: el 7 de enero de 1907, desde Berlín, le despachó comunicación al maestro con críticas muy puntuales a los historiadores José Félix Blanco y Ramón Azpurúa:

... *Documentos para la historia de la vida pública del Libertador*, (4 tomos, por José Félix Blanco y Ramón Azpurúa, 1877). Blanco figuró en la Guerra de Independencia (era presbítero y llegó a General), y Azpurúa, hombre más moderno aumentó sus documentos. Ambos, sobre todo el último, de criterio mediocre³⁰.

A Felipe Larrazábal ni siquiera lo nombró, fue muy claro en su opinión sobre el tratamiento dado por este a las proezas heroicas de Simón Bolívar: «... como entre nosotros hay tanta gente que adopta las exageraciones líricas de Larrazábal»³¹.

Tal vez, los 13 años de diferencia en edad entre Gil Fortoul y Blanco Fombona pesaron menos que la educación formal y la cultura general y universitaria recibidas. Por supuesto, la cuasi distancia generacional tuvo peso específico, pero, en última instancia, los nacidos como tú, Pedro Emilio, en la década del setenta del XIX fueron muy poco influidos por las cátedras de corte científico social dirigidas por los profesores Adolfo Ernst y Rafael Villavicencio y con mucha fuerza por literatos de la talla

29 Carta de Rufino Blanco Fombona a Miguel de Unamuno, Scheveningen Beach, 16 de agosto de 1907. Fondo Miguel de Unamuno, Archivo, Universidad de Salamanca.

30 Carta de José Gil Fortoul a Miguel de Unamuno. Berlín, 7 de enero de 1907. Fondo Miguel de Unamuno. Archivo Universidad de Salamanca.

31 Ídem.

de Rubén Darío, José Enrique Rodó, José Asunción Silva, el mismo Unamuno, entre otros, franceses en su mayoría.

Al respecto, tú mismo, Pedro Emilio, lo ratificaste al confesar tus señas biográficas al rector de Salamanca, en misiva del 5 de marzo de 1903:

Dispéñseme que le comunique los siguientes datos relacionados con mi persona:

Edad: 30 años. Estado: casado hace seis, sin hijos. Profesión actual: subdirector en el Ministerio de Fomento. Abuelos: catalanes los paternos, castellanos los maternos. Un pariente de mi madre fue llamado en Colombia «el tigre del Cabrero». Fue presidente de aquella república. Estudios: Matemáticas (las he olvidado por completo); tres años de Derecho (abandoné el curso). Simpatías revolucionarias: anarquista sentimental y sin embargo amigo de la oligarquía de salones. Religión: ...Emerson es santo en mi iglesia. Autores que escriben hoy lo que yo quisiera decir a veces: Unamuno, Barrès, Lemaître, Anatole France, Valera, Grandmontagne.

Mis clásicos: Luciano, Goethe, Montaigne, Gracián, Carlyle, Stendhal, Heine, Larra, Renan, Kempis.

Muertos que llora mi inteligencia: Gavinet, Verlaine, Whitman, José Asunción Silva, Casal, Gutiérrez Coll. Viejos amores: Hugo, Tolstoi, Spencer, Daudet, Goncourt. Autores nuevos: Nietzsche, Gorki, Merejkovsky, Ibsen, Gourmont...³²

5. La novela *Sangre patricia*. Pedro Emilio, seguro leíste con entusiasmo la novela *Sangre patricia*,³³ escrita por uno de tus mejores amigos, Manuel Díaz Rodríguez. Estoy casi convencida de que al igual que el maestro Unamuno, compartiste la concepción ideológica que atraviesa su relato:

Yo no sé por qué aquí en España nadie, que yo sepa, se ha dedicado a estudiar la historia y el espíritu de esos pueblos, sangre de nuestra sangre (la sangre espiritual es el idioma) y a defendernos todos de las estúpidas

32 Carta de Pedro Emilio Coll a Miguel de Unamuno. Caracas, 5 de marzo de 1903. Fondo Miguel de Unamuno. Archivo Universidad de Salamanca.

33 Manuel Díaz Rodríguez. 1968. *Sangre patricia*. En *Obras selectas*.

calumnias de esos anglosajones y germanos que creen que el suyo es el tipo definitivo de civilización, por ser el último³⁴.

Fíjate, el maestro Unamuno intentó comprender «por qué aquí en España nadie, que yo sepa, se ha dedicado a estudiar la historia de esos pueblos». La verdad, Pedro Emilio, en mi caso, no logro suponer la razón de su preocupación. No sé si compartes mi criterio, pero es obvia la respuesta. Durante trescientos años de coloniaje español la relación fue de sumisión servil y esclava. Imposible que la generalidad de la inteligencia española considerara siquiera la posibilidad de indagar sobre la vida intelectual y artística de estos mundos ubicados en el otro lado del «charco».

Miguel de Unamuno fue un caso excepcional, como en todas las facetas de su vida. Amigo entrañable de artistas, literatos y científicos sociales latinoamericanos. En nuestro caso, jamás se relacionó en términos de superioridad racial y cultural. Muy al contrario, intentó siempre reconocernos a través de la «sangre espiritual que es la lengua». A partir de allí recomendaba a todos, españoles y americanos, reencontrarnos en la intimidad de nuestra cultura con la pretensión última de repeler las concepciones etnocéntricas sajonas y germanas: «...y a defendernos todos de las estúpidas calumnias de esos anglosajones y germanos que creen que el suyo es el tipo definitivo de civilización, por ser el último».

Por las razones aducidas, Pedro Emilio, supongo que el rector en cuestión terminó confesándote: «Por esto me ha gustado tanto la hermosísima novela *Sangre patricia* de Díaz Rodríguez...»³⁵.

Ruego me permitas transcribir comentarios de algunos de los personajes de la referida novela, pues, te aseguro que dos de ellos, Ocampo y Martí, expusieron el meollo ideológico respaldado por Unamuno³⁶.

El escenario, un café ubicado en París, de nombre *Dreher*. En las afueras de ese local, sentados el personaje principal Tulio Arcos y sus amigos el entrañable Ocampo, Martí y Borja. Ocampo y Martí bebían cerveza,

34 Carta de Miguel de Unamuno a Pedro Emilio Coll. 31 de marzo de 1903. Fondo Miguel de Unamuno. Archivo. Universidad de Salamanca.

35 Ídem.

36 De Manuel Díaz Rodríguez. 1968. *Sangre patricia*. Copio algunos diálogos de importancia para el tema en discusión, pp. 298-301.

mientras que Tulio y Borja saboreaban ajeno, el licor de los *poetas malditos*. Unos platicaban, otros se mantenían en silencio, hasta que Ocampo y Martí se enfrascaron en fútil discusión. Para atajar la cuasi pelea, Borja dio un giro inesperado a la conversación. Comenzó a referir sobre posibles excursiones por Suecia y Noruega, Bretaña y la Normandía. Por supuesto, de inmediato intervino Tulio y los dos compañeros, como si estuvieran solos, intercambiaron recuerdos de sus muchísimos viajes, asunto donde no pudieron meter baza Ocampo y Martí. Al rato, en medio de tan delicioso parlamento, Martí interrumpe y dice: —Parece increíble; ustedes han visitado y curioseado, si no todos, casi todos los países europeos, menos España. —Es verdad, asintió Ocampo. Borja y Tulio balbucearon excusas. El primero, revela —Y España... para mí, que no tengo sino mezquinas ilusiones de viajero, es mi única reserva de ilusión: no quiero tocarla. Tulio aduce otro tanto —Nuestras almas... tienen raíces traicioneras. Cuando menos lo sospechamos, una de ellas puede clavarse en el suelo como en su propio medio natural, de un modo definitivo, y obligarnos a permanecer por siempre delante de un mismo paisaje, vario o monótono, si no la rompemos en un esfuerzo desesperado, para entonces llevar al través de la vida el dolor de la ruptura. Mi patriotismo, suspicaz, teme, tratándose de España, las tretas de las raíces traidoras.

Al rato, después de largo suspiro, intervino Ocampo: —Respeto las razones de ustedes, muy delicadas y exquisitas. Las respeto, aunque no las acato.

En este punto, Pedro Emilio, necesito copiar aspectos claves del diálogo. Ruego tu paciencia.

Así prosigue este último personaje:

—Nuestra reserva de ilusión la llevamos dentro de nosotros en realidad, y solo a nosotros incumbe guardarla y enriquecerla. [En] cuanto a nuestro patriotismo, ganaría más bien poniéndose en contacto con la tierra española. Tal vez lográramos de ese modo vigorizar nuestras nacionalidades de América, endebles y mezquinas. Y quizá no esté lejos el día en que consideremos como nuestro deber más perentorio el ir en peregrinación, uno por uno, siquiera por el pensamiento, a robustecernos

en las mismas fuentes de la raza. Llevados de la reflexión y sacudidos de los reveses, poco a poco despertamos a la consciencia de la raza los españoles de América y de Europa. En este sentido, la guerra hispano-yanqui fue para nosotros la más oportuna y saludable advertencia. Esa guerra de conquista nos manifestó muy clara la hipócrita actitud asumida, ya desde antes de la guerra, por el *imperio del dólar* frente a nuestras pobres y desmembradas repúblicas. Nos forzó a ver la cara temerosa del peligro. Y no conjuraremos el peligro sino volviendo a las corrientes de la raza. Ya no tienen razón de ser antiguas desavenencias y odios. Tampoco tienen razón de ser las vestiduras que, a título de préstamos, hubimos de otras naciones, para ocultar nuestros vagos tanteos primerizos. Me refiero a ciertas influencias de pueblos extraños que, si un día pudieron servirnos de aguijón, apenas pueden servirnos ya sino de rémoras. Es un repugnante lugar común, cuando se habla de nuestras miserias, en particular de nuestras miserias políticas, valerse del socorrido argumento de nuestro origen español, como si este solo origen contuviese en germen todos nuestros males. Fácilmente se olvida cómo en la independencia las almas de algunos de nuestros más grandes libertadores trasplantaron a nuestra política, pretendieron plantar de por fuerza en el seno de la raza, el espíritu francés, o más bien el espíritu revolucionario francés, el cual viene desde entonces, con eclipses más o menos largos, predominando en nuestra política y prosperando fuera de ella, a costa de nuestra vida original, es decir, a costa de nuestros hábitos y de nuestra lengua y literatura. El viejo y noble sentimentalismo francés, llevado a todas partes por la Revolución, si nos fue de algún beneficio, en cambio nos causó bastante daño. Esa y otras influencias debemos arrancarlas de nosotros, abandonándolas para siempre, como trajes que no nos vienen a la medida. Y entre tanto apresurémonos a henchir de nuevo nuestras venas con ruda savia española. A pesar de las desigualdades y divergencias de la superficie, nuestra raza, como los grandes ríos, conserva su unidad impetuosa en el cauce profundo. Volvamos a la corriente de la raza o resignémonos a perecer en la degeneración y la ignominia. Manejara yo una pluma, siquiera como la de uno de esos periodistillas indecorosos que viven a expensas de mi país, y no me cansaría de llamar a la conciencia de la raza a todos los españoles de este y del otro lado del océano...

Pedro Emilio, ¿a lo largo del diálogo reconociste las ideas unamunianas sobre la «sangre espiritual» que nos vincula a España? Por supuesto, que el *Ariel* de Rodó³⁷ anima el razonamiento. De igual manera, el *Calibán* de Renan³⁸ y el ideal modernista de Rubén Darío. Pero la huella del rector vizcaíno es indiscutible.

Ahora bien, Pedro Emilio, algunas ideas claves expuestas por Ocampo quisiera, someramente, comentártelas:

1. «...vigorizar nuestras nacionalidades de América, endebles y mezquinas». Ocampo recomienda la recuperación de lo mejor de la cultura española con la aspiración a superar la cultura política fundada por caudillos y macheteros de nuestras repúblicas.

2. «...la guerra hispano-yanqui fue para nosotros la más oportuna y saludable advertencia... frente a nuestras pobres y desmembradas repúblicas». Con angustia nos advierte sobre las pretensiones utilitaristas de los Estados Unidos, implícitas en la doctrina Monroe.

3. «Ya no tienen razón de ser antiguas desavenencias y odios». Claramente ataca el Decreto de Guerra a Muerte de 1813 y el resentimiento a España durante y después de la Guerra de Independencia.

4. «Es un repugnante lugar común, cuando se habla de nuestras miserias... valerse del socorrido argumento de nuestro origen español». Por lo tanto, en la recuperación del *alma española*, como parte de la venezolanidad, lograremos superar el sentimiento de inferioridad impulsado por las tesis etnocéntricas gala, sajona y germana.

5. «El viejo y noble sentimentalismo francés, llevado a todas partes por la Revolución, si nos fue de algún beneficio, en cambio nos causó bastante daño». Reclama a los próceres de la Independencia su inspiración excesiva en

37 José Enrique Rodó. 1993. *Ariel. Prometeo selecto*.

38 Ernst Renan, escritor e historiador francés nacido en el año de 1823. En Ramón García Pelayo y Gross. 1994. *Diccionario, pequeño Larousse ilustrado*.

los ideales de la revolución Francesa, al dejar de lado la cultura española sembrada en la memoria de un sector de la clase, de origen mantuano, durante los trescientos años de vida colonial. Mientras que los sectores populares, integrado por el pardaje por su condición de marginados, fueron los herederos de la *cultura del latifundio*³⁹ impuestas a partir de las *mercedes de tierra* y los *repartimientos y encomiendas*, hace ya más de 500 años.

En fin, Pedro Emilio, ¿el camino trazado por el personaje Ocampo es el que debemos seguir? El problema de la identidad en nuestro país y toda América Latina aún está en germen. Unos son proyanquis, otros eurocéntricos, algunos bolivarianos y los demás oportunistas. ¿Llegará el día en que tendremos un solo ideario nacional? ¿Pervivirán los Estados Nacionales? ¿Lograremos consolidar la *Patria Grande*?

¿Estaría de acuerdo Unamuno con Ocampo? En su artículo: «La ciudad y la patria»⁴⁰ lo sugiere, pero estoy segura de que nos recomendaría, de nuevo, mirarnos íntimo, en el fondo del alma venezolana, como nos escrutó otrora Simón Rodríguez.

Respecto de este artículo, José Gil Fortoul le confía a Lisandro Alvarado:

El crítico español D. Miguel de Unamuno, que es de los pocos, en su tierra, que estudia las cosas de nuestra América ha escrito... *La ciudad y la patria* (aquí desarrolla una teoría suya: que la patria es siempre una extensión de la ciudad-madre)⁴¹.

De todo lo dicho, Pedro Emilio, en última instancia, subyace el problema de la raza, asunto de carácter ideológico que aún pervive en la mayoría

39 Considero que en su vasta obra el finado antropólogo, geógrafo y periodista venezolano Miguel Acosta Saignes, miembro de la generación del 28 del siglo xx, trabajó el problema del latifundio desde perspectivas sociológicas y antropológicas. Léase: *Miguel Acosta Saignes. Estudios para la formación de nuestra identidad*. El perro y la rana, Caracas, 2017. ——. *La sociología del cacique*. Cultura Universitaria. UCV, Caracas, 1958.

40 Miguel de Unamuno. 1907. «La ciudad y la patria». En *El Cojo Ilustrado*, 1 de junio, n. 371, p. 340.

41 Aníbal Lisandro Alvarado. *Epistolario de Gil Fortoul a Lisandro Alvarado*. Imprenta del Estado, Barquisimeto, 1956, p. 244.

de nuestros connacionales. Ahora bien, sí me gustaría aclararte que durante tu tiempo se solaparon generaciones, como las de José Gil Fortoul y Lisandro Alvarado, quienes intentaron, sobre la base racional de las ciencias sociales, superar el dualismo nocional de las razas clasificadas en inferiores y superiores. Por esta razón, asumieron la etnografía comparada a fin de rastrear en el propio suelo nativo rasgos propios que pudieran demostrar que tales premisas son etnocéntricas e irracionales. Mientras que tu generación se esforzó al máximo por descubrir la venezolanidad en el *alma española*.

Para ya ir finalizando estas cavilaciones, permíteme explayarme un tanto sobre el tema, repito, todavía espinoso.

En el caso de José Gil Fortoul, este había defendido la noción de raza social en oposición política, ideológica y teórica a la de raza natural. De alguna manera, reescribió la historia de Venezuela bajo la premisa sociológica de la raza mestiza con la pretensión última de evitar los dualismos blanco/indio; blanco/negro.

Lo mismo puede decirse de Lisandro Alvarado. Sus trabajos de campo, bajo la óptica de la etnografía comparada, revalorizaron la memoria mínima de la venezolanidad.

Mientras que, en los espacios discursivos de tu generación, Pedro Emilio, vislumbro contradicciones entre sus orígenes étnicos y la memoria cultural venezolana. Buena parte se presentaron con sumo orgullo como venezolanos, pero resaltando con sutileza, y algo de soberbia, sus claros orígenes ibéricos. Algunos de ustedes se reconocieron venezolanos, pero no mestizos; otros sí afirmaron su mestizaje, pero exaltando sobremanera su ascendencia española o europea, si bien ninguno asumió la presencia afro en sus genes o estereotipos culturales.

Tus comentarios, Pedro Emilio, son representativos de la venezolanidad blanca en su sentido ideológico. En tu carta del 5 de marzo de 1903, dirigida a don Miguel de Unamuno, encumbraste tu abolengo: «Abuelos: catalanes los paternos, castellanos los maternos. Un pariente de mi madre fue llamado en Colombia «el tigre del Cabrero». Fue presidente de aquella república»⁴². En otro aparte, de la misma comunicación, referiste

42 Carta de Pedro Emilio Coll a Miguel de Unamuno. Caracas, 5 de marzo de 1903. Fondo Miguel de Unamuno. Archivo Universidad de Salamanca.

a Unamuno asunto neurálgico que muestra el problema de la raza y del racismo en la Venezuela de finales del xix y principios del xx. En la misma carta, con cierto desparpajo un poco gracioso, le comentaste:

La ciencia, dicen los mulatos, esa es cosa de los blancos. ¿Tendrán razón? ¿Habrá en efecto una ciencia *de blancos* y para blancos, llena de prejuicios respecto a la incapacidad de los hombres de color para el gobierno y la cultura?⁴³.

De esta interrogante me sorprendió la crítica que insinúa a la visión eurocéntrica de la historia, si bien no sobrepasas sus límites. Luego agregaste:

La verdad es que aquí los descendientes de españoles están, o estamos, echados de barriga mientras los mestizos van adelante. Cierto es que la zona le es favorable, pero de todos modos lo que son hoy hacen pensar en lo que puedan ser mañana. Acaso tendrán *su ciencia* y declararán inferior al blanco⁴⁴.

Líneas después, sorprendido ante tus propias conclusiones, manifestaste a Unamuno, casi horrorizado: «Si no me engaño esto no pasa sino en Venezuela; en las colonias europeas de América (Trinidad, Curazao, Martinica, etc.) los negros son monos, en tanto aquí están a punto de ser monos... sabios»⁴⁵.

En el caso de tu amigo —aunque no íntimo— Rufino Blanco Fombona, también redactó epístolas al rector Unamuno donde dejó traslucir el tema de la raza. En el año de 1901, desde Ámsterdam, reflexionó, en pocos trazos, la difícil cuestión del mestizaje. Este legitimó la tesis de los tipos raciales. La influencia de la concepción evolucionista unilineal lo llevó a sostener que el hombre europeo, muy a pesar de su mezclada san-

43 Ídem.

44 Ídem.

45 Ídem.

gre, durante su proceso evolutivo logró conformar un tipo. Mientras que, en Venezuela, y América Latina, el tipo racial está aún conformándose. Según Blanco Fombona, esta limitación racial explica por qué no es posible concebir, verbigracia, una literatura venezolana, sudamericana. Si bien, no negó su mestizaje —aunque alienado a la clasificación colonialista de las razas— apostó por un tipo de hombre americano blanco, debido a que juzgó la presencia de otros fenotipos como un defecto superable por el intercambio cultural y el cruce racial con la Europa moderna:

Además, la inmigración, el comercio, la vida política, exterior, nos ponen en comunicación constante con otros pueblos y con otras razas. De ahí, creo yo, cierto tinte especial de nuestra lengua y cierto morro de nuestro pensamiento. Por supuesto, operando sobre nuestra sangre mixta de indios, de negros, de europeos —con especialidad de españoles como U. comprende—. Piense ahora cuántas sangres distintas se juntaron en cualquier europeo —español, inglés—, hasta fundar el tipo, y dígame si América no está en los umbrales de su propio ser, si no está por llegar a ser. A esta diversidad de razas, añada el influjo poderosísimo allá —del medio— y concluya conmigo en que en América no hay por el momento una literatura porque no hay todavía un tipo de raza, aunque sí existan, como escriben brillantes ingenios, personalidades distinguidas, tanto como las de Europa. Yo creo que de ahí se debe partir para un estudio sobre nosotros. Algo he publicado yo a ese respecto⁴⁶.

En cambio, tu gran amigo, Pedro César Dominici, si bien se sintió parte de la raza blanca, lo asumió con un fuerte sentido crítico al reconocer la distancia histórica entre España y la entonces llamada América Hispana; así, se lo hace saber a don Unamuno: «... sabemos agradecerle lo que Ud. hace por nosotros en España, en donde no se nos ama mayormente»⁴⁷.

46 Carta de Rufino Blanco Fombona a Miguel de Unamuno. Ámsterdam, 12 de enero de 1901. Fondo Miguel de Unamuno. Archivo Universidad de Salamanca.

47 Carta de Pedro César Dominici a Miguel de Unamuno. París, 6 de diciembre de 1901. Fondo Miguel de Unamuno. Archivo Universidad de Salamanca.

Capítulo III

Tercer período

Pedro Emilio, abro nuestro tercer coloquio con la intención de celebrar la invitación a la ciudad de Salamanca que te hiciera don Miguel de Unamuno. Aceptaste la gentileza al referirle en carta escrita desde Madrid, un 30 de junio de 1917, firme intención de visitar su casa y abrazarlo fraternalmente: «No quería contestar su carta, sino, atento a su benévola invitación, ir a darle un abrazo en Salamanca y tener el gusto y el honor de charlar unas horas con Usted»¹.

Además, refiero, en parte, tu misiva con la intención de subrayar el afán de Unamuno por nuestra América a propósito del libro *muy poco conocido* del grande pedagogo venezolano Simón Rodríguez que le enviaste:

Como usted se interesa tanto por nuestras cosas y hombres de América, me es grato enviarle un ejemplar de un raro y curioso libro que mi hermano y yo reprodujimos en Caracas. Su autor Simón Rodríguez, maestro del Libertador, es sin duda uno de los espíritus más extravagantes y extraordinarios que ha producido mi país, donde, a pesar de su pequeña población, se han producido no pocos tipos de una humanidad singular².

Si bien, Pedro Emilio, los empleados de correo no cuidaron con responsabilidad el depósito y la entrega del ejemplar, en cuestión, a Unamuno; a su decir, no llegó a sus manos:

1 Carta de Pedro Emilio Coll a Miguel de Unamuno. Madrid, 30 de junio de 1917. Fondo Miguel de Unamuno. Archivo Universidad de Salamanca.

2 Ídem.

Dos cartas de usted, mi siempre querido amigo, tengo a la vista. En la primera, de un 30 de junio, me anunciaba su propósito de venir acá y el envío de un libro de Simón Rodríguez, libro que no ha llegado a mí poder³.

Saldaste tu deuda con el maestro un 13 de octubre de ese mismo año. Tu presencia se hizo viva en la ciudad *dorada*. Te llevó hasta allí la imperiosa necesidad de conversar intimidades del *alma* con don Miguel de Unamuno. Lamentablemente, no lo hallaste, se encontraba de viaje por Italia. ¡Qué decepción!: «De paso por Salamanca, donde estuve dos días, le dejé una cartica. Usted no había regresado de su viaje a Italia»⁴.

¡Italia! ¡Qué dolor para don Unamuno haber tropezado con la raíz del fascismo *nelle terre di Dante*! Su honda preocupación fue indisimulable, unas cuantas semanas después, un 2 de noviembre, te había apuntado:

La segunda carta me la escribió usted aquí mismo estando yo en Italia (¡Qué desastre, Dios mío, qué desastre! ¡Y qué pena!). A mi vuelta de la desgraciada Italia —fío, sin embargo, en que se rehaga— me he encontrado con esta mi patria como usted la ve y de tal modo embarga mi ánimo nuestra revolución —que no es otra cosa— que apenas le tengo para otra cosa alguna. Me paso las horas mortales devorado por una ansiosa expectativa, leo algo y de cuando en cuando escribo algún artículo de batalla, en el que procuro poner el cáustico más corrosivo para acabar con tanta podredumbre⁵.

Pedro Emilio, Unamuno se refería a la «Huelga general revolucionaria de 1917», en el marco de la *crisis* general de ese año, bajo el reinado de Alfonso XIII y el gobierno de Eduardo Dato. Aunque estuviste al tanto por tu labor diplomática en Madrid, Villa y Corte. Imagino crispado tus

3 Carta de Miguel de Unamuno a Pedro Emilio Coll. Salamanca, 2 de noviembre de 1917. Fondo Miguel de Unamuno. Archivo Universidad de Salamanca.

4 Carta de Pedro Emilio Coll a Miguel de Unamuno. Madrid, 13 de octubre de 1917. Fondo Miguel de Unamuno. Archivo Universidad de Salamanca.

5 Carta de Miguel de Unamuno a Pedro Emilio Coll. Salamanca, 2 de noviembre de 1917. Fondo Miguel de Unamuno. Archivo Universidad de Salamanca.

nervios a favor del pueblo obrero y campesinos sin tierras. Lo digo, por tu confesión al maestro: «Simpatías revolucionarias: anarquista sentimental»⁶. Lo de «sentimental» creo que es porque no tuviste práctica política, pero sí de convicción y por la vía literaria: León Tolstoi y Víctor Hugo.

Sabes, en tu tiempo –al igual que en el mío– los imperialismos europeos *tejieron* tales desastres políticos, económicos y sociales que el rector de la antigua universidad salmantina interrogó al futuro como quien busca aire durante el ahogamiento: «Solo siento no tener 20 años menos lo que me daría alguna probabilidad de ver que será de España y de Europa y de América, hacia 1970; aunque muera a los 90 años exclamaría: ¡Dios mío, morir tan joven!»⁷.

Otro detalle, Pedro Emilio, en tu misiva del 13 de octubre, referiste asunto difícil a don Miguel:

Ayer, fiesta de la Raza fue un día atroz para mí, día de protocolo diplomático, de traje de etiqueta, de discursos y de ceremonias en el Ayuntamiento. Para colmo de calamidades tuve la mala suerte de rematar el día con una lectura de Baroja. Estúpidos, sin sentido alguno, huecos y afeminados somos *todos* los americanos para ese bárbaro que ni siquiera nos permite admirar a usted.

En verdad una de las cosas más infames que conozco es esa página sobre «Los Americanos» del libro *Juventud, egolatría*; ¡cuánto daño va a hacer sobre todo en estos momentos! I digo [sic] esto por lo que he oído ya decir a algunos que tienen sin embargo a España por segunda patria⁸.

6 Carta de Pedro Emilio Coll a Miguel de Unamuno. Caracas, 5 de marzo de 1903. Fondo Miguel de Unamuno. Archivo Universidad de Salamanca.

7 Carta de Miguel de Unamuno a Pedro Emilio Coll. Salamanca, 2 de noviembre de 1917. Fondo Miguel de Unamuno. Archivo Universidad de Salamanca.

8 Carta de Pedro Emilio Coll a Miguel de Unamuno. Madrid, 13 de octubre de 1917. Fondo Miguel de Unamuno. Archivo Universidad de Salamanca.
Se refiere Pedro Emilio Coll al texto de Pío Baroja. 1917. «Los americanos». En *Juventud, egolatría*, pp. 282-286.

Antes de puntualizar algunos aspectos sobre lo dicho, permíteme expresar lo siguiente: en relación a tu observación sobre la lectura de Pío Baroja durante el acto en conmemoración del Día de la Raza, me extraña sobremanera que Unamuno no hiciera comentario alguno en su carta del 2 de noviembre. Ni una palabra al respecto. ¿Por qué? No quiso, tal vez, abrir paréntesis sobre este interesante y contradictorio personaje. ¿Qué pensaste al respecto?

En suma, Pedro Emilio, retomemos de nuevo el álgido tema de la raza. En este mi tiempo, se dice que el asunto ha sido hartó superado; pues, lo dudo. La política internacional dirigida por naciones poderosas como los Estados Unidos, por ejemplo, emprenden a diario embestidas políticas y boicots económicos con claros discursos racistas, inclusive en su propio seno. Por lo tanto, entre otras, la tesis de George Vacher de Lapouge⁹ continúa aún vigente.

Pues bien, antes de proseguir con el comentario sobre Baroja, tal como te sugerí arriba, solicito de ti otra dosis de paciencia. El problema sociológico de la raza me parece tan importante que requiero exponer en este espacio la posición de uno de los tantos amigos venezolanos de Miguel de Unamuno: Rufino Blanco Fombona. De igual manera conocido por ti, tanto que fungiste como testigo durante su casamiento con Carmen Dolores Casanova¹⁰, celebrado en Madrid; además, tu esposa Paulina Borges fue la madrina. Amistad estrecha en verdad los unía. De igual manera, Unamuno le profesó sincero afecto.

Justamente, quiero comentarte algunas cartas escritas por Blanco Fombona al maestro Unamuno, además de un trabajo escrito por el caraqueño, donde se vislumbra el espinoso asunto de la raza, previo, repito, a considerar tu entonces extrema molestia a causa de la posición de Baroja sobre América y los americanos. Necesito este preámbulo. Te hubieses preguntado: ¿A cuenta de qué el rodeo de carácter ideológico? Por otra parte —imagino tu inquietud—, ¿desplegar trabajo sobre Blan-

9 Vacher Lapouge es uno de los precursores de la antroposociología basada en la craneometría. Según la medición de las dimensiones del cráneo (braquicéfalo y dolicocefalo), legitimó la concepción de la historia en razas superior e inferior.

10 Esposa venezolana de Rufino Blanco Fombona. Contrajo nupcias con este en Madrid. Puso fin a su vida poco tiempo después de contraer matrimonio.

co Fombona? En efecto, Pedro Emilio, en vista de que este personaje fue uno de los más fervientes defensores del tipo de raza homogénea que se debió conformar en Venezuela a través de la inmigración europea. A su decir, imposible sostener tesis sobre sistemas literarios, filosóficos, políticos, etc., en Venezuela en ausencia de un tipo de raza definido. Para este connacional lo variopinto del mestizaje nacional es un defecto. Su opinión dice de las ideas sociológicas y antropológicas dominantes que había aceptado tu generación. A diferencia de las tesis relativistas defendidas por generaciones anteriores como la representada, a mi juicio, por José Gil Fortoul, tan amigo tuyo como de Unamuno. Esto te lo referí en párrafos anteriores. Lo sé. Mas ese tema o problema siempre sale a la luz, hasta hoy en día, no te figures otra cosa. Dicho esto, procedo con mis reflexiones al respecto con sincero estilo monográfico.

Estimado Pedro Emilio, Adolfo Ernst dedicó su vida académica, básicamente, a labores de investigación científica en el campo de las ciencias naturales, aunque sus aportes en el terreno científico-social fueron inestimables. Sus trabajos etnográficos consideraron el método comparativo, superando con creces los dictámenes propios del método legitimado por el positivismo comtiano; es decir, la cátedra dirigida por el maestro alemán intentó crear un punto de inflexión respecto de la concepción unilineal de la historia¹¹, con todas sus consecuencias antropológicas de corte eurocéntrico.

José Gil Fortoul, heredero intelectual del maestro alemán, fundamentó sus pesquisas históricas sobre la base del método comparativo, cimentando una mirada multilineal¹² respecto de la óptica racial inherente a la lógica de la investigación científicista legitimada por el positivismo.

Con ello, intento referir que en Venezuela intelectuales de la talla de Adolfo Ernst, José Gil Fortoul y Lisandro Alvarado, entre otros —nacidos entre 1830 y 1865— instauraron una línea de pensamiento crítico fundada sobre bases socioantropológicas relativistas a fin de oponer a la noción de raza natural la de raza social.

11 Tesis que legitima la historia de corte etapista.

12 Concepción histórica que explica el problema de la transición desde una perspectiva relativista aunque sin perder su carácter materialista.

Ahora bien, lo que llama la atención es que esa mirada impactó superficialmente a la inteligencia venezolana nacida en los años setenta del siglo XIX.

Al respecto, por ejemplo, ubico las diferencias teóricas e ideológicas entre José Gil Fortoul (1861) y Rufino Blanco Fombona (1874); en términos cronológicos entre ambos mediaron escasos trece años; si bien, desde una perspectiva ideológica la distancia fue abismal. El sociólogo larense revalorizó la noción de raza mestiza a fin de interpretar la historia nacional desde perspectivas etnográficas locales; la noción de situación lo hizo desembocar en conceptualizaciones propias de la intrahistoria. Mientras que el joven literato caraqueño inspiró su mirada en los preceptos del positivismo y del modernismo. Creo que, para este último, el mensaje de José Enrique Rodó en «A la juventud de América» influyó de sobremañera en su formación político-ideológica e histórica. *Ariel*¹³ se convirtió en el catecismo de muchos.

Ahora bien, al respecto, debo referir que la relación que intento establecer entre José Gil Fortoul y Rufino Blanco Fombona no trata de lo medular en esta sucinta reflexión. Con ello, lo que pretendo es llamar la atención sobre las diversas bifurcaciones del pensamiento social venezolano de fines del siglo antepasado. Como muestra, tomo en consideración a estos autores en calidad de representantes generacionales, si bien, el propósito central de estas líneas centra su examen en algunas misivas escritas por Rufino Blanco Fombona a Miguel de Unamuno, a objeto de pesquisar el tema de la raza en su visión del mundo, aunque, este problema lo intento complementar ponderando dos ensayos breves escritos por Blanco Fombona: «Sarmiento» y «La América de origen inglés contra la América de origen español»¹⁴.

Retomando la relación crítica entre los citados epónimos, creo, entonces, que tanto en las cátedras universitarias como en el ámbito cultural de la época dominó el pensamiento positivista en dos de sus vertientes: el ideológico y el epistemológico. Por tanto, es bastante notoria la

13 José Enrique Rodó. 1993. *Ariel. Prometeo selecto*.

14 Rufino Blanco Fombona. 2004a y 2004b. «Sarmiento» y «La América de origen inglés contra la América de origen español». En *Hombres y libros*, p. 120-138 y p. 75-79.

limitada ascendencia ejercida por la cátedra de Adolfo Ernst entre algunos grupos de jóvenes nacidos a fines del diecinueve.

En «La América de origen inglés contra la América de origen español», Rufino Blanco Fombona refutó las críticas teóricas e ideológicas escritas por el comunista peruano César Falcón en un artículo publicado en *El Liberal*.¹⁵

A propósito de «El conquistador español del siglo XVI», de Blanco Fombona,¹⁶ el marxista peruano expuso que las diferencias políticas e ideológicas entre las Américas hispana y anglosajona no se explican por contradicciones afincadas en las razas sino por los intereses de clases en pugna. Falcón fundamentó su examen en la lucha de clases como *el motor de la historia*, mientras que el escritor caraqueño legitimó su premisa en «la lucha de razas, de civilizaciones»¹⁷.

A esta concepción socioantropológica del venezolano, el comunista limeño replicó:

La única lucha de hoy y de mañana es la lucha de clases. Así, dentro de este concepto, se desarrolla la lucha de los pueblos hispanoamericanos contra los Estados Unidos. No es una riña de raza contra raza, de país contra país. Es de clase contra clase¹⁸.

15 Lamentablemente, no pude ubicar el artículo de César Falcón publicado en *El Liberal*; si bien, en *Hombre y libros*, Colección *La expresión Americana*, de Biblioteca Ayacucho, 2004, en el ensayo «La América de origen inglés contra la América de origen español», pp. 75-79, se halla la respuesta del autor venezolano a la crítica de Falcón a su obra «El Conquistador español del siglo XVI», publicado en dicho periódico.

16 Rufino Blanco Fombona. 1920. *El conquistador español del siglo XVI. Un ensayo de interpretación*. Editorial Mundo Latino, Madrid.

17 Rufino Blanco Fombona. 2004b. «La América de origen inglés contra la América de origen español». En *Hombres y libros*, p. 75.

18 Respuesta de César Falcón ubicada en el artículo de Rufino Blanco Fombona, «La América de origen inglés contra la América de origen español», p. 75, en, del mismo autor caraqueño, *Hombres y libros*, Colección *La Expresión Americana*, de Biblioteca Ayacucho, 2004, pp. 75-79.

Rufino Blanco Fombona, ante la crítica teórica del militante rojo, del internacionalista, ordenó sus argumentos de la siguiente manera. Tesis de Falcón: «Primero. Los pueblos americanos no son pueblos de raza española. Segundo. Son los capitalistas yanquis, que explotan también las masas yanquis, los que ya solos, ya aliados con plutócratas de Hispanoamérica, explotan a las masas hispanoamericanas»¹⁹. A cada una de estas premisas, Blanco Fombona opuso la siguiente: América sí es de raza española, mas no en un sentido biológico sino cultural. A través de la lengua, América se tornó hispana, su alma, su visión del mundo. Esta es la base antropológica del ser americano y, sobre esta racionalidad, Blanco Fombona aspira a la concreción de una cultura propia.

El intelectual venezolano no dejó de reconocer la presencia y la confluencia de otras culturas en América; por ello, abogó por una síntesis de razas que diera origen a una nueva cultura, a una cultura hispanoamericana; es decir, lo ibérico, como columna vertebral del corpus americano al que aspiró. Léase:

Desde el punto de vista antropológico, no existen razas puras. En este sentido, mal podríamos llamar española a nuestra América. Pero ¿son o no son aquellas naciones pueblos de civilización española, de lengua española? ¿No poseen un porcentaje considerable de sangre española? ¿No existe una minoría caucásica, dirigente, de origen español, más o menos puro? La raíz de su actual cultura es exclusivamente española, aunque en las ramas se hayan injertado luego —por fortuna— otras culturas complementarias, que van dando origen y carácter a una cultura propia que nos proponemos crear²⁰.

Ahora bien, a pesar de exponer que no existen razas puras, entre líneas es posible detectar premisa oculta que sostiene su razonamiento; es decir, si bien le espetó a Falcón que «no existen las razas puras», sino la visión ideológica dominante del conquistador, herencia obtenida por

19 Rufino Blanco Fombona. Ob. Cit. p. 76

20 Ídem

medio de la lengua, la lógica socio-antropológica que defendió ante la premisa de la *lucha de clases*, es interesante, si bien tramposa, porque, en última instancia, el fundamento biológico-cultural es el que le otorga legalidad teórica e ideológica a su planteamiento. Cuando Blanco Fombona sustentó que «la raíz de su actual cultura es exclusivamente española, aunque en las ramas se hayan injertado luego —por fortuna— otras culturas complementarias», obvió, por completo, las culturas originarias. Antes de la conquista ibérica, habitaron estas tierras de América *las abuelas y los abuelos originarios*, ¿por qué ocultó este antecedente? Porque la base última de sus especulaciones responde a la lógica dual de las razas superior/inferior:

Hoy representamos en América a la gente española, a pesar del coeficiente indígena en unas repúblicas y del coeficiente europeo no español en otras, porque lo español ha absorbido o va absorbiendo lo demás, como puede testificarse con la lengua, que es espíritu. Representamos, pues, con o menos pureza y excelencia, a la gente española, por nuestras minorías caucásicas, que son las que han impreso e imprimen dirección y carácter político a nuestras repúblicas. Creo esto incontrovertible²¹.

Observa en estas dos últimas citas, las consecuencias ideológicas de sus afirmaciones: «¿No poseen un porcentaje considerable de sangre española? ¿No existen una minoría caucásica, dirigente, de origen español, más o menos puro?... a pesar del coeficiente indígena en unas repúblicas..., ...nuestras minorías caucásicas, que son las que han impreso e imprimen dirección y carácter político a nuestras repúblicas...», etc. El sesgo positivista de su pensamiento es evidente, con sus debidas secuelas racistas. Por supuesto, para Blanco Fombona en el estadio positivo deben dominar los caracteres fenotípicos y psicológicos europeos; por ende, creyó afortunado que en Hispanoamérica la raza española absorbiese el resto de las razas inferiores, incluyendo otras razas caucásicas, hasta crear un tipo de hombre americano civilizado.

21 Ibidem, p. 77.

Por tal razón, en el segundo punto, le explicó a César Falcón que la lucha no es entre clases sino entre civilizaciones; claro, la noción de civilización justifica la noción de raza, tanto la natural como la social.

La misma lógica racional atravesó el escrito dedicado al pensamiento de Domingo Faustino Sarmiento. Tres aspectos de su pensamiento chocaron a Rufino Blanco Fombona. Primero. Su apostolado pedagógico dirigido a los sectores populares. Segundo. Su franco sentir antihispánico. Tercero. Su profunda simpatía por la ideología anglosajona estadounidense.

Del primer punto, el caraqueño escribió: «Buen romántico, fue improvisador; pero como tuvo la curiosidad intelectual, Sarmiento iba nutriendo su espíritu, aguijoneado por deseo de saber y por deseo de enseñar, es decir, de desbarbarizar a su pueblo»²². Se evidencian en el uso del sustantivo —y también del adjetivo— *bárbaro*, los dualismos blanco/indio, blanco/negro, blanco/mulato y blanco/mestizo en el imaginario colonial del joven venezolano; por ende, el magisterio de Sarmiento fue calibrado por este como proceso civilizatorio de las razas inferiores, de allí el uso del prefijo *(des)barbarizar*.

Del rechazo de Sarmiento a la visión colonialista de España, Blanco Fombona expresó con sincera contrariedad: «¡Qué odio a España el suyo! ¡Qué odio a todo lo que huele, en instituciones, costumbres, letras, a español! ¡Qué odio tan irreductible, tan inapelable, tan agresivo, tan injusto, tan tremendo, tan odio!»²³. Claro, su sentir modernista lo llevó a idealizar a España como raza espiritual de América. Lo paradójico fue cuando en el año de 1920, al redactar algunas líneas de solidaridad a Miguel de Unamuno, a propósito de su destitución como rector de la Universidad de Salamanca, le confiesa: «Mi deseo más vehemente es ser útil en algo; aunque no goce de la nacionalidad española, soy amigo de la libertad de pensar y de la libertad de escribir».²⁴ El escritor venezolano contribuyó con importante inversión de capital en el campo editorial en Madrid; no obstante, pareciera que nada de ello conmovió el leguleyis-

22 Ibidem, p. 124.

23 Ibidem, p. 131.

24 Carta de Rufino Blanco Fombona a Miguel de Unamuno. Piedrahíta, Ávila, 20 de septiembre de 1920.

mo español en otorgarle la tan merecida nacionalidad española a quienes consideró portadores de cultura a la América originaria.

De la admiración de Sarmiento por la política cultural estadounidense, expresó:

Le faltó el genio para sondear el porvenir y conocer el peligro yanqui. No comprendió el odio de esa raza a la nuestra. No penetró que el problema de ambas Américas se reduce a esto: un duelo de razas. Leyó y citó a mucho angloamericano (...) Murió yanquizante furibundo²⁵.

A diferencia de Falcón, la crítica de Blanco Fombona no superó la concepción positiva de raza. La pérdida de Cuba, Puerto Rico y Filipinas en la guerra hispanoestadounidense de 1898 lo seguía conmoviendo; por tal razón, interpretó la política del *Gran Garrote* como la conquista de las tierras latinas por la raza angloamericana, esta fue su temida americanización del mundo. Lejos estuvo de comprender la política imperialista de clases de los Estados Unidos.

Como consecuencia lógica, su apreciación del *Facundo* de Sarmiento²⁶, se sostuvo sobre las premisas ideológicas de las razas: inferior y superior. Así la redención del indio por la denuncia histórica lo consideró un absurdo, al fin y al cabo la cultura —y el prototipo ibérico— lo terminaría absorbiendo hasta conformar el nuevo *tipo* americano, pero redimirlo del atropello del blanco y del mestizo *blanqueado*, jamás. Vale la pena copiar su opinión al respecto:

A Sarmiento, por lo demás, le sobra razón, aunque *Facundo* no representa sino una de las fases de la medalla, que tiene dos. Se explaya Sarmiento en la apreciación del medio físico argentino; pero olvida el problema étnico.

25 Rufino Blanco Fombona. 2004b. «La América de origen inglés contra la América de origen español». En *Hombres y libros*, p. 129.

26 Domingo Faustino Sarmiento. *Vida de Juan Facundo Quiroga*. Biblioteca Virtual Miguel de Cervantes, 2022. www.cervantesvirtual.com.

La barbarie la achaca a la ignorancia; de ahí su afán apostólico de educador. Pero no recordó bastante o no recordó ni un momento, que el hombre civilizado de las ciudades, el hombre anheloso de civilización, era el hombre de raza caucásica, el hombre blanco, y que el bárbaro de los campos era el descendiente de aquellos aborígenes nacidos en los desiertos —el hombre de color, el negro, el indio, el zambo, el mestizo—, representantes de razas inferiores, en suma. Olvidó, por tanto, que la lucha entre los campos y las ciudades era, en su último análisis, no solo lucha de civilizaciones, sino luchas de razas.

No lo culpemos a él, sino a la ciencia incompleta de su época, de la época de Facundo (1845). Si Sarmiento hubiera sido de veras un genio, como ahora se pregonaba, habría descubierto la incógnita, abriendo horizontes nuevos a la cultura humana. No lo hizo²⁷.

Nótese que para Blanco Fombona el estudio realizado por Sarmiento de las razas inferiores («el hombre de color, el negro, el indio, el zambo, el mestizo»), había respondido a su falta de preparación científica, atraso propio de la época; sin embargo, de igual manera, este fundamentó su análisis sobre inferencias pseudocientíficas.

Antes de abordar la matriz ideológica en su discurso, creo oportuno copiar una de sus primeras opiniones sobre los sectores populares venezolanos. En *Diarios de mi vida*, un 20 de septiembre de 1906, este confesó lamentables líneas:

... La torpeza y la rusticidad de los campesinos, me exaspera. Siempre están en el error, e imposible que se rediman jamás —si no es por persistente obra de la escuela— de su triste condición de seres inferiores. No comprendo cómo Augusto y Óscar pueden hablar con estos animales horas enteras. Yo no puedo hablar con ninguno de ellos cinco minutos. No encuentro qué decirles. Me hacen la impresión de que su idioma es otro que el mío y que nada les digo, no porque nada tenga que decirles, sino porque ignoro su lengua. Mi muchachita no es menos

27 Ibidem, p. 138.

bestia que los otros. Antes pudiera decirse lo contrario. Pero, en fin, ¡para lo que yo la necesito!²⁸.

La tan elocuente cita, perfectamente racista, simplemente denota que la antroposociología etnocéntrica sostuvo su razonamiento. La visión eurocéntrica de la historia, el evolucionismo unilineal y los positivismos ideológico y epistemológico apoyaron sus inferencias. El curso de la historia universal requiere de la inteligencia, de la superioridad del hombre caucásico, estas son sus proposiciones que intentaron verificarse por la vía de la craneología.

Ocho años antes, con exactitud en 1898, entre los meses de octubre y noviembre, en algún espacio de la Universidad Central, José Gil Fortoul, ante la presencia de dos de sus grandes maestros, Adolfo Ernst y Rafael Villavicencio, expuso el carácter racista y pseudocientífico de la antroposociología fundadas por Otto Ammon y George Vacher de Lapouge.

El sociólogo larense explicó otrora que la antroposociología inquiere sobre «...el hombre, y le clasifica en razas diferentes, según sus aptitudes congénitas, así físicas como intelectuales y morales...»²⁹. Así, la craneometría, según el índice cefálico, agrupó a los hombres en dolicocefalos (raza superior) y braquicefalos (raza inferior); según, Ammon, «si en Europa se ha desarrollado tan rápidamente la civilización, ha sido por el dominio de la raza aria, o germana (como la llaman muchos sabios alemanes), la cual es dolicocefala»³⁰. En suma, la antroposociología redujo el objeto de la sociología a los preceptos técnicos de la craneología.

De igual manera, puede afirmarse la efectiva influencia del *Ariel* de José Enrique Rodó. Su crítica al pensamiento utilitarista angloamericano, al indetenible proceso de americanización, a la segura muerte de la cultura latina, lo llevó a profesar doctrina antiestadounidense. Como bien lo dije arriba, en contraste con el antiimperialismo marxista de César Falcón, Rodó interpretó la política de la doctrina Monroe como expresión de la lucha de razas: «(...) tenemos —los americanos latinos—

28 Rufino Blanco Fombona. 1991. *Diarios de mi vida*, p. 159.

29 José Gil Fortoul. 1941. *El Hombre y la Historia*, p. 140.

30 *Ibidem*, p. 143.

una herencia de raza, una gran tradición étnica que mantener, un vínculo sagrado que nos une a inmortales páginas de la historia, confiando a nuestro honor su continuación en lo futuro»³¹. Indudablemente, la herencia de la raza a defender, ante el indetenible proceso de americanización, fue la hispánica, mas no la india y menos la negra. Proteger el tipo español y la cultura grecoromana constituyó una de las máximas aspiraciones del filósofo uruguayo.

El positivismo cientificista y el modernismo de Rodó modelaron, en parte, el sentir y la mirada del bravío caraqueño. Algunas de las cartas escritas por Rufino Blanco Fombona revelan sentimientos nacionalistas y bolivarianos muy particulares; tal vez, la singularidad reside en su admiración a la figura y a las acciones del Libertador desde una perspectiva eurocéntrica. Cabe, entonces, preguntarse: ¿por qué su mirada había respondido a preceptos ideológicos neocolonialistas, a pesar de su profundo rechazo a la política imperialista estadounidense?

Algunas epístolas escritas a don Unamuno durante los años 1901, 1908 y 1914, revelan racionalidades que posibilitan la interpretación positiva de su patriotismo a partir de la noción de raza. Léanse con detenimiento las siguientes líneas del año 1901:

Pero yo, por otra parte, desde muy joven he viajado, y seguido este consejo anónimo, o cuyo autor no recuerdo: «Si quieres conocer tu lengua estudia las ajenas.» Y este consejo, deliberadamente o no, lo siguen muchos jóvenes americanos. Además, la inmigración, el comercio, la vida política, exterior, nos ponen en comunicación constante con otros pueblos y con otras razas. De ahí, creo yo, cierto tinte especial de nuestra lengua y cierto morro de nuestro pensamiento. Por supuesto, operando sobre nuestra sangre mixta de indios, de negros, de europeos —con especialidad de españoles como U. comprende—. Piense ahora cuántas sangres distintas se juntaron en cualquier europeo —español, inglés—, hasta fundar el tipo, y dígame si América no está en los umbrales de su propio ser, si no está por llegar a ser. A esta diversidad de razas, añada el

31 José Enrique Rodó. 1993. *Ariel. Prometeo Selecto*, pp. 42-43.

influjo poderosísimo allá —del medio— y concluya conmigo en que en América no hay por el momento una literatura porque no hay todavía un tipo de raza, aunque sí existan, como escriben brillantes ingenios, personalidades distinguidas, tanto como las de Europa. Yo creo que de ahí se debe partir para un estudio sobre nosotros³².

¿Qué significó para el escritor venezolano, desarrollar «un estudio sobre nosotros»? ¿Por qué para este, a principios del siglo xx, aún no habíamos llegado a ser? ¿Qué supuso para él, ser americano, ser venezolano? ¿Cómo lograría su esencialidad? Al respecto, sus trazos íntimos revelaron al maestro vizcaíno relación intrínseca entre su concepción nacional bolivariana y el sentido de la raza superior caucásica española.

Lo hispánico para el autor de *El hombre de hierro*³³, representó no solo la cultura sino también el temperamento, el espíritu y hasta el fenotipo que terminarían absorbiendo los demás rasgos morales y físicos de las razas inferiores; debía lograrse un tipo definido de raza con todos estos elementos. Ahora bien, cabe destacar que no dejó de reconocer el mestizaje venezolano, aunque abogó por un mestizaje como el de los europeos: «Piense ahora cuántas sangres distintas se juntaron en cualquier europeo —español, inglés—...», si bien terminaron conformando un tipo, el hombre blanco. Por lo tanto, la variedad fenotípica latinoamericana, muy especialmente la venezolana, fue considerada un desperfecto con consecuencias civilizatorias inevitables: «...en América no hay por el momento una literatura porque no hay todavía un tipo de raza...»³⁴.

Por todas estas razones, como trasfondo teórico-ideológico de sus reflexiones, Rufino Blanco Fombona confesó a Unamuno que su «patriotismo es un sentimiento de raza»³⁵. No por casualidad los españoles a

32 Carta de Rufino Blanco Fombona a Miguel de Unamuno, Ámsterdam, 12 de enero de 1901. Fondo Miguel de Unamuno. Archivo Universidad de Salamanca.

33 Novela escrita por Rufino Blanco Fombona.

34 Carta de Rufino Blanco Fombona a Miguel de Unamuno. Ámsterdam, 12 de enero de 1901. Fondo Miguel de Unamuno. Archivo de la Universidad de Salamanca.

35 Carta de Rufino Blanco Fombona a Miguel de Unamuno. París, 22 de mayo de 1908. Fondo Miguel de Unamuno. Archivo Universidad de Salamanca.

Bolívar lo consideraron *genio de la raza*, por supuesto, de la raza ibérica. En estos términos, Simón Bolívar fue, simplemente, cosificado: el Libertador como prototipo moral y genético aportado por los conquistadores. Por ello, Blanco Fombona, aplaudió con desmesura la relación establecida por Unamuno entre el Padre de la *Patria Grande* y Don Quijote:

Ha pasado un siglo hasta que un español nos descubre el quijotismo de Bolívar, que es una de las esquinas de su carácter, y por eso quijotismo caballeresco e idealista, generoso, altruista, —llama de un gran fuego de amor— es que los pueblos prácticos, limitados, comerciantes, groseros, canibalescos, como los Estados Unidos, y aún la Argentina, comprenden con dificultad a Bolívar. Por eso Bolívar es tan superior a Washington, que era el grande hombre mediocre y a San Martín, tan inferior a su época y a su papel histórico de libertador³⁶.

No se trató de una comparación inocente, significó españolizar al Libertador, borrando toda posible huella indígena de su tipo, mucho más aún cualquier mácula africana, entre otros rastros genéticos. No cabe duda: para Rufino Blanco Fombona, Bolívar simbolizó la grandeza de España; por ello, es digno de ser comprendido en su genio por otro español. Como resultante, le encargó a Unamuno prologar su libro sobre Bolívar: «...pienso publicar un volumen sobre Bolívar y va a ser usted, español, quien me lo va a prologar, si consiente en ello»³⁷.

Treinta años después, su pensamiento prohispanico terminó consolidándose definitivamente en la noción colonialista de raza superior. A propósito de su diario íntimo, el 2 de marzo de 1930, esbozó líneas que delataron su lectura eurocéntrica de la historia: «...leo en un diario tan conservador como *ABC* mis propios pensamientos, casi con mis propias palabras. *ABC* recomienda la aceptación de lo que Bolívar significa,

36 Carta de Rufino Blanco Fombona a Miguel de Unamuno. Madrid, 9 de octubre de 1914. Fondo Miguel de Unamuno. Archivo. Universidad de Salamanca.

37 Carta de Rufino Blanco Fombona a Miguel de Unamuno. París, 22 de mayo de 1908. Fondo Miguel de Unamuno. Archivo Universidad de Salamanca.

como obra política y previsor de parte de España». Transcribo sus palabras suscritas por un don José Gutiérrez-Ravé³⁸, gacetillero que, según entiendo, anda metido en las antecámaras de los diplomáticos:

... Bolívar es una gloria netamente hispana que no debemos dejarnos arrebatar, a pretexto de un falso patriotismo que hoy no tiene razón alguna de ser... En Bolívar seguramente, más que en ningún otro prócer de la independencia hispanoamericana, está personificado el carácter español con todos sus heroísmos, con todas sus arrogancias, con todas sus virtudes e incluso con todos sus defectos. Y fue él (el carácter hereditario) con el empuje y tenacidad característica [sic] de la raza, cuando de la defensa de altos y nobles ideales se trata, quien lo llevó al triunfo... Creador y regenerador de una nueva España, frente a la caduca, gastada y bastardeada (se refiere a la España de Fernando VII) contra la que lucharon también nuestros abuelos en la península, durante el siglo XIX³⁹.

En fin, Pedro Emilio, puntos de vistas, matrices teóricas, discursos ideológicos, conformaron y atravesaron el imaginario de las generaciones de mediados y finales del XIX. En última instancia, después de tres siglos de opresión colonial, los sucesos de la Guerra de Independencia, la creación de la República, los terribles pero definitorios años de la Guerra Federal, entre otros movimientos guerrilleros e insurreccionales, todos ellos —positivistas, modernistas, evolucionistas (unilineal y multilineal), relativistas y espiritualistas— estuvieron en búsqueda de la venezolanidad, movimiento permanente e inacabado de nuestra historia.

Justamente, este debate sobre la raza atravesó buena parte de la vasta obra de Pío Baroja. Tal como señalé arriba, un 13 de octubre del año 1917, le advertiste a Unamuno sobre la molestia que sentiste al escuchar su lectura a propósito del Día de la Raza. Por esta razón, considero oportuno

38 José Gutiérrez Ravé nació en Segovia en el año de 1897 y murió en Madrid en 1992. Periodista, escritor prolífico y editor. Se dedicó a la crónica histórica. Vivió los momentos estelares de la historia contemporánea de España. Escribió *Las cortes errantes del Frente Popular*, entre otros. Puede definirse como un intelectual de centro-derecha.

39 Rufino Blanco Fombona. 1991. *Diarios de mi vida*, p. 384.

tuno transcribir el artículo de Baroja: «Los americanos»⁴⁰, cuyo contenido te ocasionó tanta desazón:

Indudablemente, nosotros los españoles, tenemos mucho de la cerrazón, de la estrechez de miras, de los hombres que viven un tanto apartados de la corriente general.

Somos queriendo o sin querer, con relación a los ingleses, alemanes y franceses, un tanto provincianos, provincianos con más o menos talentos; pero provincianos al fin.

Por esto un italiano, un ruso o un sueco leerá con más gusto la obra de un escritor mediocre de París, como Marcel Prevost, que el libro de un hombre de talento como Galdós; por esto también los cuadros de un pintor de segundo orden como un David, un Gericault o un Ingres, tendrían tanto valor o más en el mercado universal que las obras de un pintor como Goya.

La provincia tiene sus virtudes y sus defectos. Se dan a veces casos en donde se reúnen todos los valores universales con los provincianos en una obra maestra; este es el caso del Quijote, de las aguas fuertes de Goya, de los dramas de Ibsen.

Paralelamente sucede que, a veces, en un pueblo nuevo se reúne toda la torpeza provinciana, con la estupidez mundial, la sequedad y la incomprensión del terruño con el detritus de la moda y de las majaderías de las cinco partes del mundo. Entonces brota un tipo petulante, hueco, sin una virtud, sin una condición fuerte. Este es el tipo del americano. América es por excelencia el continente estúpido.

El americano no ha pasado de ser un mono que imita.

Yo no tengo motivo particular de odio contra los americanos; la hostilidad que siento contra ellos es por no haber conocido a uno que tuviera un aire de persona, un aire de hombre.

Muchas veces, en el interior de España, en un pueblacho cualquiera, se encuentra un señor que habla de tal modo que le da a uno la impresión de que es un hombre fundido con la esencia más humana y más noble.

40 Pío Baroja. 1917d. —“Los americanos”—. En *Juventud, egolatria*, pp. 282-286.

En un momento de estos se reconcilia uno con su país, con sus charlatanes y con sus chanchulleros.

Esta impresión de hombre sereno, tranquilo, es la que no dan los americanos nunca; uno se nos aparece como un impulsivo atacado de furia sanguinaria, el otro con una vanidad de bailarina, el tercero con una soberbia ridícula.

La misma falta de simpatía que siento por los hispanoamericanos, experimento por sus obras literarias. Todo lo que he leído de los americanos, a pesar de las adulaciones interesadas de Unamuno, lo he encontrado mísero y sin consistencia.

Comenzando por ese libro de Sarmiento, Facundo, que a mí me ha parecido pesado, vulgar y sin interés, hasta los últimos libros de ingenieros, de Manuel Ugarte, de Ricardo Rojas, de Contreras. ¡Qué oleada de vulgaridad, de esnobismo, de chabacanería, nos ha venido de América!

Muchos afirman que nosotros, los españoles, por política debemos elogiar a los americanos. Es una de tantas recomendaciones que salen de esos antros de hombres de sombrero de copa y con un discurso dentro de lo que llaman sociedad iberoamericanas.

No creo que esa política tenga eficacia alguna.

Todavía la gente de los pueblos viejos y civilizados, es sensible al halago y al cumplimiento, pero ¿qué se le va a decir a un argentino que, porque allí hay mucho trigo y muchos vacunos, cree que la Argentina es un país más importante que Inglaterra o Alemania?

Unamuno que paralelamente desprecia en sus escritos a Kant, a Schopenhauer y a Nietzsche y elogia al gran general Aníbal Pérez y al gran poeta Diocleciano Sánchez, de las Pampas, no les parecerá bastante. El mismo Rueda se les figurará poco efusivo a esos rastacueros.

Pedro Emilio, puedo comprender tu perplejidad. Rudas las palabras de Baroja. Por no decir ofensivas. Si bien, honesto en su sentir, no debe tolerarse el irrespeto. Te entiendo.

Un punto a su favor, su gran capacidad de autocrítica tal vez legitimó su derecho a comentar lo que creyó evidente: a) la estrechez de miras de los españoles y b) su provincianismo respecto de los ingleses, alemanes y franceses:

Indudablemente, nosotros los españoles, tenemos mucho de la cerrazón, de la estrechez de miras, de los hombres que viven un tanto apartados de la corriente general.

Somos queriendo o sin querer, con relación a los ingleses, alemanes y franceses, un tanto provincianos, provincianos con más o menos talentos; pero provincianos al fin⁴¹.

No todos los intelectuales están dispuestos a ejercer la autocritica: unos por defender sus puestos de trabajos; otros, a fin de no perder prebendas políticas; y los demás por acomodaticios con (y en) el poder. Se necesita valentía para decir lo que se piensa. Con esta última idea intentaré comprender la razón del enojo de Baroja contra nosotros los americanos.

Te pregunto, Pedro Emilio, por qué, verbigracia, el escritor vasco no captó en ti *aire de persona*. Te conocía, y bien. Durante el acto del Día de la Raza leyó el impropio en tu presencia y en la de otros compatriotas. ¿Por qué tanta hostilidad? Es decir, ni Rufino Blanco Fombona, ni José Gil Fortoul, ni tantos otros que cumplían allí misiones diplomáticas, tuvieron *aire de hombres*. Demasiado radical en su percepción. Inclusive llamó a don Unamuno *rastacuero*. ¡Imagino tu supremo enojo!

Según Baroja no sintió odio por ustedes, por nosotros, lo que molestaba su sensibilidad fue la incapacidad de mostrarse, mostrarnos, sin afectaciones de perfectos españolados y afrancesados. Hasta cierto punto no se equivocó, Pedro Emilio. Don Unamuno también llamó la atención al respecto: buscarnos en nuestra historia profunda. Sin vergüenza étnica y social. Sin embargo, en mi mala fe, su crítica debió ser dirigida únicamente al *secretario perpetuo de la Academia de la Lengua*, doctor don Julio Calcaño, por su prohispanismo acrítico y falta de confianza en los talentos noveles de la patria:

Testimonio incontestable de atraso social, que, unido a las desventuras públicas, *nos hace dudar a las veces si hemos ganado o perdido con la independencia de la patria y el establecimiento de la República*; porque

41 Ibidem, p. 282.

ahondando en este torbellino de pasiones desapoderadas, y estudiándolas fríamente, se ve que no solo influyen en ellas las rivalidades políticas, que de antiguo trabajan y medran, y el incontestable atraso intelectual y la decadencia moral de los tiempos, sino también las exageraciones de una democracia mal comprendida y practicada que todo lo quiere nivelar y a nada quiere reconocer superioridad; por donde cualquiera que alcanza a llenar con rasgos y garrapatos un papel, se cree tan digno de ser considerado hombre de letras como el más entendido y talentoso escritor...⁴² (énfasis de la autora).

Justamente, este tipo de opinión desquiciaba a Baroja: «El americano no ha pasado de ser un mono que imita». Lo de «mono» está de más e indicó su profundo racismo. Lo de *imitadores* ha sido nuestra tragedia.

Primero, españolados; luego, afrancesados; después, americanizados a lo *gringo*. Ya lo advirtieron los autores de *El primer libro venezolano de literatura, ciencias y bellas artes* de 1895⁴³. De igual manera, Mario Briceño Iragorry en *Mensaje sin destino*⁴⁴, asimismo, José Rafael Pocaterra en *Memorias de un venezolano de la decadencia*⁴⁵; Rodolfo Quintero en *La cultura del petróleo*⁴⁶; y pare de contar.

Lo injusto de Baroja es que te leyó y muy mal. Revela igual ignorancia respecto de las obras de Andrés Bello, Simón Rodríguez, José Gil Fortoul, Lisandro Alvarado, Carlos León, Julio César Salas, Laureano Vallenilla Lanz, Eloy Guillermo González, Alejandro Fernández García, Tulio Febres Cordero, Pedro Manuel Arcaya, Rafael Villavicencio, etcétera. Debí tomarse la molestia del grande rector Unamuno de estudiarlos sin prejuicios y a favor de una crítica positiva.

42 Julio Calcaño. 1894. «Estado actual de la literatura en Venezuela (Conclusión)». En *El Diario de Caracas*, p. 8.

43 *El primer libro de literatura, ciencias y bellas artes* fue publicado en Caracas en 1895 (Tipografía El Cojo y tipografía Moderna). El Concejo Municipal del Distrito Federal hace una segunda edición en 1974.

44 Mario Briceño Iragorry. 1998. *Mensaje sin destino*.

45 José Rafael Pocaterra. 1990. *Memorias de un venezolano de la decadencia*.

46 Rodolfo Quintero. 2011. «La cultura del petróleo». *Revista BCV*, XXVI (2), julio-diciembre, 2011

En tu caso, en «Notas sobre la evolución literaria en Venezuela»⁴⁷, lo habías alertado: «El afrancesamiento de nuestras letras es un período de la evolución literaria del que forzosamente habrá de salirse, para aplicar el espíritu ya educado a la objetivación estética del alma nacional»⁴⁸.

Ahora bien, Pedro Emilio, con dolor debo confesarte que muchos de tu generación se buscaron la afrenta de Pío Baroja. La influencia de Rodó fue determinante en la búsqueda del *alma americana* en la *madre patria* y en el arquetipo grecolatino. Por una parte, ustedes asumieron posición ideológica ante la agresiva política exterior estadounidense, mas no en un sentido venezolanista sino eurocéntrico; es decir, enfrentaron la política del *gran garrote* desde perspectivas idealistas. Creo que eso fue lo que rechazó ideológicamente este escritor. La idealización de la *raza latina*, como fuente originaria de nuestro ser, lo llevó a ironizar en extremo a tal punto de ser por completo infamante. En el caso de Rufino Blanco Fombona, es notorio que terminó comulgando con la necesidad de un tipo humano blanco en detrimento de nuestro mestizaje indio, sefardita, moruno, negro, guanche y otras etnias en menor proporción. Aunque velado en sus propuestas, desembocó en esa tesis de la grandeza de la raza grecorromana. Por ese mismo hecho, Baroja terminó insultando a Rubén Darío con semejante respuesta: por ese tiempo, Baroja regentaba la panadería familiar; según cuentan, en son de broma, el poeta nicara-güense dijo: «Pío Baroja es un escritor de mucha miga. Ya se conoce que es panadero»; a lo que Baroja, muy mal encarado, respondió: «Rubén Darío es un escritor de mucha pluma. Ya se conoce que es indio»⁴⁹.

47 Pedro Emilio Coll. 1901a. «Notas sobre la evolución literaria en Venezuela». *El Cojo Ilustrado*, n. 219, p. 100-102.

48 Ibidem, p. 102.

49 Palabras de Pío Baroja y Rubén Darío recogidas en el blog de Rocío Díaz Gómez. Disponible en <http://rociodiazgomez.blogspot.com/2015/01/ay-ruben-dario-alas-clarin-y-pio-baroja.html>. Cabe destacar que, lamentablemente, la respuesta racista de Baroja a Darío la escuchó o de la murmuración de algún tercero o del propio Unamuno. El rector de Salamanca se lamentó en su artículo «¡Hay que ser justo y bueno, Rubén!» (2002c. En *Americanidad*, p 186-190) por su falta de prudencia al comentarle a otro escritor (tal vez, al mismo Baroja) «que a Rubén se le veían las plumas —las del indio— debajo del sombrero». Por supuesto, Unamuno no intentó zaherir a Darío, lo que quiso resaltar fue

La mirada colonialista de Baroja es evidente. Su acritud es inevitable comprenderla desde esa premisa ideológica. De mala manera, *llamó a botón* a unos cuantos escritores que volvieron la espalda a sus orígenes étnico-culturales. Su reclamo así se evidencia:

Muchas veces, en el interior de España, en un pueblacho cualquiera, se encuentra un señor que habla de tal modo que le da a uno la impresión de que es un hombre fundido con la esencia más humana y más noble. En un momento de estos se reconcilia uno con su país, con sus charlatanes y con sus chanchulleros⁵⁰.

Lo que aconsejaba Unamuno en buscarnos en medio de nuestros campesinos —y amplió—, indígenas y otras raíces. Sobre esto, Pedro Emilio, grandes méritos tuvo tu grande amigo Luis Manuel Urbaneja Achelpohl.

Fernando Paz Castillo, en aquel tiempo tu joven amigo y admirador inigualable, sobre Urbaneja escribió sincera opinión literaria:

La obra de Urbaneja es un firme ejemplo de fidelidad. Y lo comprueba esta confesión, escrita en 1914, cuando apuntaba una nueva generación: Desde los entusiastas y ya lejanos días de mi adolescencia, en los cuales con el oído puesto en el corazón de mi pueblo y con un gran candor infantil, alerté a mis hermanos, al enunciarles los nuevos rumbos por donde debíamos encauzar nuestras letras para que estas fueran fiel trasunto de nuestra vida, y como tal, factor consciente de nuestro progreso y cultura, pasados aquellos días memorables, me impuse no escribir nada doctrinal en pro del americanismo ni en contra de sus adversarios, sino dedicar todas mis energías en llevar a la práctica las doctrinas expuestas. Esto efectivamente lo cumplió... hay una serie de cuentos que fijaron su reputación de criollista en la consciencia de sus contemporáneos.

su profunda *mirada* autóctona indígena respecto de su propio concepto de considerarse un escritor afrancesado. Mientras que Baroja sí lo expresó en un sentido malsano.

50 Pío Baroja. 1917d. «Los americanos». En *Juventud, egolatría*, p. 284.

Cuentos de diversas calidades, como «Ojo de vaca», «De temporada», «Alma y huella», y el novelín *Cepa de Libertadores*, «Flor de mayo» y muchos más⁵¹.

Retomando a Baroja y su franca molestia, me interesa copiar lo que pensó sobre la polémica noción de *raza latina*.

En «La lógica latina»⁵²:

En el fondo, nosotros, los españoles, somos latinos, no de raza latina, pero sí de ideas, de civilización. Somos como todos los pueblos que componen la gran nacionalidad grecolatina; iberos, semitas, griegos, cartagineses, romanos, galos, hunos, francos, vándalos, árabes, lombardos, gente de ideas claras, entusiastas de la forma y de la armonía⁵³. Podrá la fe haber llenado de glorias a España, podrán la razón y la lógica haberla llenado de ruinas. No importa. La razón debe estar por encima de todo. La lógica debe triunfar y triunfará. Y cuando triunfe, el español se podrá dar la mano a través de los siglos con el ciudadano de la Roma antigua y considerarse su hijo y su heredero.

En «¿Con el latino o con el germano?»⁵⁴:

Esta cuestión de la hermandad latina me parece una de las cuestiones capitales para España. Es un problema que los españoles debiéramos tener dilucidado y resuelto hace años. La unión de la raza latina ha sido durante largo tiempo un tópico para banquetes y fiestas con discursos, banderolas y fuegos artificiales.

El estudio de la antropología echó abajo hace tiempo la leyenda de una raza latina. No existe raza latina. En las dos penínsulas occidentales del Mediterráneo y en Francia hay gente de todas castas y procedencias:

51 Fernando Paz Castillo. 1994. De la época modernista. En *Obras completas*, Tomo IV, Ediciones Casa de Bello, Caracas, 1994, p. 413.

52 Pío Baroja. 1917. «La lógica latina». En *Nuevo tablado de Arlequín*, pp. 111-117.

53 Ibidem, p. 115-116.

54 Pío Baroja. 1917b. «¿Con el latino o con el germano?». En *Nuevo tablado de Arlequín*, pp. 184-190.

hay braquicéfalos y dolococéfalos, arios y semitas, celtas y germanos, griegos y mongoloides.

El tipo nacional no ha sido formado por la raza originaria, sino por el país donde ha vivido: a los franceses le da carácter su tierra llana, fértil y bien regada; a los italianos su península estrecha, llena de entradas de mar; a los españoles, las altas planicies centrales secas y de clima árido. Los países que se llaman latinos tienen cierta unidad de origen, pero no unidad de tipo. Tienen también unidad en el origen del idioma, pero no completa.

Decirme a mí, vasco, que, por latino, debo ser hermano de un napolitano o de un marsellés, es un absurdo⁵⁵.

Pedro Emilio, de estas un tanto extensas citas, de dos artículos escritos por Baroja, destaco algunas ideas clave:

- 1) «No existe raza latina».
- 2) «El tipo nacional no ha sido formado por la raza originaria, sino por el país donde ha vivido...».
- 3) «Podrá la fe haber llenado de glorias a España, podrán la razón y la lógica haberla llenado de ruinas. No importa. La razón debe estar por encima de todo. La lógica debe triunfar y triunfará».

De acuerdo estuvo, con toda seguridad, José Gil Fortoul en relación a la tesis número uno (1). En efecto, ya en ese tiempo la etnología antipositivista había demostrado la falacia de las razas puras. Es por ello que el mentado sociólogo venezolano optó por reescribir la historia de Venezuela a partir de la noción de raza mestiza. En este sentido, Baroja fue uno de los pocos adelantados españoles en abrazar una mirada antropológica multilínea y, por tanto, revolucionaria. Su mirada mandó al traste las premisas fundamentales de la craneometría. Imagino que se enardecía cuando leía asuntos de nuestros americanos en búsqueda del *tipo latino*, del *alma española*, del *ideal grecorromano*. Muchos dejaron claro que intentaron rescatar la civilización implantada por sus abuelos

55 Ibidem, p. 184-185.

los conquistadores en América frente a la embestida sociocultural y política anglosajona. Excusas que no convencieron a ese vasco sin miramientos diplomáticos.

Muestra de lo referido, Pedro Emilio, lo encuentro en una carta escrita por Alejandro Fernández García a don Miguel de Unamuno. En cualquier día del mes de octubre del año 1900, en la ciudad de Caracas, este tu camarada descubrió su sentir al maestro en interesante e íntima misiva; aquí transcribo un fragmento:

Los escritores jóvenes americanos tenemos una gran lectura francesa. Las canciones de Verlaine, de Baudelaire y de Muset son las abejas de nuestros rosales interiores. De allí que nuestros versos y nuestras prosas se resientan de ello. De allí también una influencia en nuestra alma americana. Sin embargo, la gran España lírica vive en nuestras almas; pero una España antigua, viejísima, secular, legendaria, no la España moderna, la que amamos. Permítame usar con Vd. estas franquezas hijas de la tristeza producida por la contemplación del solar en ruinas de la literatura española, sin menoscabo de mucho mármol bello aún existente⁵⁶.

Fernández García cantó odas a la literatura gala y a la ibera. Esto no solo molestó a Baroja, sino de igual manera a Unamuno. Sin embargo, ¿qué fue lo que realmente rechazaron, especialmente, Baroja? Tal vez, la falta de originalidad de muchos de nuestros compatriotas. La poca importancia que le dieron a la pesquisa del *tipo nacional* en sus territorios que nada tiene que ver con la raza en términos biológicos sino sociales.

Sobre lo dicho, estoy de acuerdo con Baroja, mas no con su estilo descomedido. ¿Qué crees sobre esto, Pedro Emilio? Supongo que hasta cierto punto Unamuno le habría dado la razón, muy a pesar de que lo llamó *rastacuero*. Sin embargo, Baroja también se tornó en un manojo de contradicciones. Me explico: su apego a la cultura germana lo llevó a cometer el mismo error. A beber de la misma fuente alienante. Segu-

56 Carta de Alejandro Fernández García a Miguel de Unamuno. Caracas, octubre de 1900. Fondo Miguel de Unamuno. Archivo Universidad de Salamanca.

ramente, por esta causa los detestaba tanto. Ustedes fueron su espejo, el reflejo de sí mismo. Su necesidad de germanizar a los españoles lo llevó a convertirse en un antifrancés furibundo. No perdonó la política exterior gala hacia España. Pese a que eximió a Alemania de culpa por su expansión militarista durante la Primera Guerra Mundial. Quiero decir que soslayó tal visión imperialista a favor de sus aportes científico-técnicos. Es decir, la razón y la lógica germana es lo que podía salvar a España de su tradición mística y caballeresca que lo terminó fastidiando. Incluyendo, el brote chovinista durante la crisis del 98. Todo lo contrario, pensó y sintió Unamuno. Por ello, apostó por una filosofía quijotesca.

Baroja sabía que los europeos occidentales anclan sus raíces en la ciudad y no en el Estado-nación. Por tanto, ¿cuál alma española podría defenderse? Aunque creo que el ideal de la germanización aspiró a lo mismo: constituir un sentir único español, pero lógico y racional. Por esta causa en su artículo «Los germanófilos»⁵⁷, este se distanció de los germanófilos conservadores, agrupándose con los germanófilos progresistas a pesar de sus diferencias:

Ellos los conservadores, ven en la germanofilia una cuestión puramente política; nosotros, un problema de cultura y de organización industrial; nosotros sentimos una gran admiración por Inglaterra, que ha sido hasta hace años la nación maestra; ellos creen que la política tradicional española ha sido necesaria y buena; nosotros creemos que ha sido desastrosa y mala; ellos afirman que debemos ser optimistas con relación a España; nosotros afirmamos que mientras haya en nuestro país una extensión de páramos así tan grande como toda Andalucía, no tenemos derecho a dormirnos al arrullo de una retórica ridículamente optimista; ellos creen que España está hecha y consolidada; nosotros creemos que hay que hacerla; ellos suponen que basta conservar las viejas posiciones y abroquelarse en el pasado; nosotros deseamos reunir todas nuestras fuerzas y lanzarnos al porvenir...⁵⁸.

57 Pío Baroja. 1917c. « Los germanófilos». En *Nuevo tablado de Arlequín*, pp. 223-230.

58 Ibidem, p.229.

¿*Al porvenir* bajo la directriz técnico-cultural alemana? Pedro Emilio, perdona a Pío Baroja, cometió tus mismos errores generacionales. Intentó redimir a España, negándola. Pareciera que el concepto unamuniano de intrahistoria no hizo eco en su conciencia.

Capítulo IV

Tiempo de espera

Aún dejo recodos por conocer y profundizar en el rico intercambio epistolar entre Pedro Emilio Coll y Miguel de Unamuno. Confesiones de Coll; consejos y sentencias de Unamuno. *Tinglado humano*⁵⁹ digno de advertir y vivenciarlo en la pregunta inquisidora a ellos vivos en sus cartas, ensayos, artículos, paseos, calles, casas, mobiliarios, objetos personales, ventanales, cementerios, fotografías, plazas y todo lugar que los revele. Angustias trazadas por Coll a su amigo y maestro don Unamuno; las reflexiones, consejos y peticiones de Unamuno a su amigo y querido discípulo Coll; asuntos que dejo abiertos para próximas digresiones. Aquí algunos extractos del intercambio postal a reflexionarse en otro tiempo:

Año 1916

De Pedro Emilio Coll a Miguel de Unamuno:
Madrid, 20 de octubre de 1916

Aquí tiene Ud., hace algunos días y muy a su orden, este olvidado admirador. Estaba en Francia como cónsul de mi país, y ahora me encuentro en Madrid como encargado de negocios ¡Yo diplomático! Cáusame ello tanta sorpresa (comentada con una pequeña risa interior), como cuando me desperté, en mi tierra, ministro, senador y académico de la Lengua. En tales momentos pensaría: —don Miguel de Unamuno me creará un arribista, como tantos... Ojalá mis ocupaciones me permitieran ir a Salamanca a darle el más cariñoso y respetuoso abrazo ¡Vendría Ud. mismo a Madrid?

59 Antonio Crespo Meléndez. 2012. *Del tinglado humano*.

De Miguel de Unamuno a Pedro Emilio Coll:
Salamanca, 25 de octubre de 1916

Más de una vez me he acordado de usted, mi antiguo y buen amigo, en estos años y más de una vez he hablado de usted. Supe de su ministerio, de su senaduría, y de su academicismo y nunca le creí un arribista. Sé bien por todo lo que hay que pasar y a que resignaciones obliga el patriotismo... Ahora lo que me gustaría es poder verle y hablarle y mucho le diría lo que pienso sobre el efecto de los cargos públicos, y más si son políticos, en los puros intelectuales. Yo me mantengo, creo mi braveza y aún la he acrecentado con tristes experiencias de nuestra menguada politiquería. Voy poco, muy poco, por ese Madrid. En parte porque no me agrada ese ambiente tan dulce, tan manso, tan abierto —casa siempre abierta para entrar está abierta siempre para salir— tan ligero, más inficionado por politiquería y literatura, y en parte porque se me ha creado una situación anómala que me veda salir de aquí no siendo el tiempo de rigurosas vacaciones oficiales. Ni debo pedir licencias ni menos aceptarlas si sin pedir las me las dan. Solo iría si mis superiores jerárquicos, es decir el ministro, me rogasen o pidiesen que fuera. Más fácil es, pues, que nos veamos aquí si se decide a venir. No perderá el viaje. Salamanca merece una visita. Y hablaríamos, hablaríamos. Quiero saber de su patria, de usted, de los escritores de allá que conozco. De todo ello he hablado algunas veces con R. Blanco-Fombona. Supongo que le verá ahí. Salúdele con efusión. También me gustaría volver a verle. Pero de no ser llamado no es fácil que vaya a esa.

Examinar nuestra cultura política. Por sus múltiples nombramientos oficiales, llama la atención el temor que sintió Coll ante la presencia moral de Unamuno: «Don Miguel de Unamuno me creará un arribista, como tantos...». La expresión «como tantos» es lo realmente interesante. La cultura política del advenedizo, herencia obtenida por la visión del mundo de *caudillos* y *macheteros*, hijos del convulso siglo XIX venezolano, todavía permanece vivo entre nosotros, saboteando paso a paso las concepciones bolivariana, rodrigueana, bellista, acostista, sobre la *cosa pública*. Aún más interesante fue lo que dijo el señor rector:

Ahora lo que me gustaría es poder verle y hablarle y mucho le diría lo que pienso sobre el efecto de los cargos públicos, y más si son políticos, en los puros intelectuales. Yo me mantengo, creo [en] mi braveza y aún la he acrecentado con tristes experiencias de nuestra menguada politiquería.

¿Debe guarda relación intrínseca el componente ético y el intelectual?
¿Por qué debe ser así en el quehacer intelectual a diferencia del politicastro?
¿Cuál es la misión histórica de los intelectuales? ¿Por qué la casta militar y los políticos de oficio los desprecian? me refiero a los estudiosos.

Año 1918

De Pedro Emilio Coll a Miguel de Unamuno:
Madrid, 25 de marzo de 1918

Salgo en este momento del ateneo, mi querido amigo y maestro, lleno de la emoción trágica de su *Fedra* y deseoso de enviar a Ud. en seguida un abrazo de felicitación por el éxito que acaba de obtener; ¡admirable obra ateniense, mientras se escucha ya cerca el paso de los bárbaros! La señorita Martos devorada de pasión, fue como una *llama blanca* y retorcida entre los rojos cortinajes de la pequeña escena. El público, con excepción de algún breve instante de frivolidad, supo escuchar con la noble atención de una antigua multitud la dolorosa obra de Ud.

De Miguel de Unamuno a Pedro Emilio Coll:
Salamanca, 30 de marzo de 1918

Siempre usted amigo mío tan fiel y tan devoto. La primera carta en que se me daba cuenta del resultado de mi *Fedra* fue la de usted. Sentí no haber podido insistir a ese intento de restablecer el sentido permanente de la tragedia y de apartar a la dramaturgia de los caminos de la cinematografía. Mi creencia es que la falta de contenido temático, de acción íntima —no de ese movimiento externo y danza de figuras que no es acción— y la falta de calor han hecho que nuestro teatro tenga que defenderse con artes accesorias y de nueva ayuda; y nadie [me] convencerá

de que el verdadero público, el que asiste al teatro a ver [y] oír el drama y no a ver a los actores a verse unos a otros, no se interese por el teatro desnudo y puro.

A propósito de la *Fedra* de Unamuno, mueve a reflexión la tajante afirmación del maestro bilbaíno: «Apartar a la dramaturgia de los caminos de la cinematografía». ¿Es arte el cine? ¿Qué lo diferencia del teatro? ¿Dónde se medita el parlamento, en la presentación de la obra ante el público o frente a un aparataje que filma? ¿Dónde se hace *carne y sangre* el libreto, la caracterización del personaje, en las tablas o en la proyección de la cinta? Ciencia, técnica y arte: ¿síntesis posible?

Año 1922

De Pedro Emilio Coll a Miguel de Unamuno:

Madrid, 1 de junio de 1922

Voy a aprovechar esta oportunidad, mi querido maestro, para hacerle una súplica. Yo no quisiera marcharme de España, lo que pienso que será a fines de este mes, sin llevarme un retrato de Ud. con su dedicatoria. ¿Podría Ud. obsequiarme con ese gran favor? Colocado en mi retiro, ese retrato me haría Ud. sentirme tan lejos materialmente porque espiritualmente siempre estaré cerca de Ud., de uno de los hombres que más honra a nuestro linaje, de «un hombre» como Napoleón decía de Goethe.

No sé aún a dónde seré trasladado, después de la intriga que me hace salir de España. Es historia larga de contar y que Ud. conocerá algún día, cuando rompa mi silencio, por la manera mísera como se me ha acusado de «enemigo de España» (!) y aún de «alcohólico» (!) ¡Y qué personajes los de esta tragicomedia!

De Miguel de Unamuno a Pedro Emilio Coll:

Salamanca, 6 de junio de 1922

Mañana le enviaré el retrato que me pide. Y mándeme uno suyo, aunque creo tener otro de hace años.

No olvido nuestra conversación a lo largo de la Castellana y créame que siento sus pesares y agravios. En toda alma dolorida prende como propio el dolor de un amigo, cuando es noble y serio. Y el de usted lo es. Yo solo deseo que lleve un dulce recuerdo de esta áspera España, donde se pasa del horno al hielo en pocos días, y sobre todo de los españoles que al conocerle le hemos querido y le hemos estimado compatriota. ¿Enemigo de España? No lo es más usted que yo y yo soy el mayor enemigo de mi madre —¿Madre? ¡No! ¡Hija!— de mi hija España. Sabré de usted cuando descanse en su Venezuela, también conturbada y dolorida.

Presumo que Coll fue anarquista utópico. No cabe otra explicación ante lo que le expone a Unamuno: «...se me ha acusado de enemigo de España». En pleno año 22 del siglo xx, así hubiese interpretado los males de España desde las perspectivas de Víctor Hugo o León Tolstoi, sería echada su suerte a las fieras conservadoras de entonces. Ante la terrible confesión, Unamuno le espetó con indignación: «¿Enemigo de España? No lo es más usted que yo y yo soy el mayor enemigo de mi madre —¿Madre? ¡No! ¡Hija!— de mi hija España».

Referencias

- ACOSTA SAIGNES, M. (2017). *Estudios para la formación de nuestra identidad*. El perro y la rana.
- ARCAYA, P.M. (1977). *Estudios sobre personajes y hechos de la historia de Venezuela*. Biblioteca de autores y temas falconianos.
- ARCAYA, P.M. (1983). *Memorias*. Librería Historia.
- BAROJA, P. (1917a). La lógica latina. En *Nuevo tablado de Arlequín* (pp. 111-117). Rafael Caro Raggio. archive.org
- BAROJA, P. (1917b). ¿Con el latino o con el germano? En *Nuevo tablado de Arlequín* (pp. 185-190). Rafael Caro Raggio. archive.org
- BAROJA, P. (1917c). Los germanófilos. En *Nuevo tablado de Arlequín* (pp. 223-230). Rafael Caro Raggio. archive.org.
- BAROJA, P. (1917d). Los americanos. En *Juventud, egolatría* (pp. 282-286). Rafael Caro Raggio. archive.org
- BLANCO FOMBONA, R. (1920). *El conquistador español del siglo XVI. Un ensayo de interpretación*. Editorial Mundo Latino.
- BLANCO FOMBONA, R. (1991). *Diarios de mi vida*. Monte Ávila Editores.
- BLANCO FOMBONA, R. (2004a). Sarmiento. En *Hombres y libros* (Colección La Expresión Americana, N° 27, pp. 120-138). Biblioteca Ayacucho.
- BLANCO FOMBONA, R. (2004b). La América de origen inglés. En *Hombres y libros* (Colección La Expresión Americana, N° 27, pp. 75-79). Biblioteca Ayacucho,
- BOLÍVAR, S. (s.f.a). Palabras en la plazuela de San Jacinto, sobre las ruinas del terremoto del 26 de marzo de 1812. En *Obras completas* (Vol. III, pp. 536-540). Librería Piñango.
- BOLÍVAR, S. (S.F.B). Memoria dirigida a los ciudadanos de la Nueva Granada por un caraqueño. En *Obras completas* (Vol. III, pp. 541-548). Librería Piñango
- BOLÍVAR, S. (s.f.c). Brigadier de la Unión, General en Jefe del Ejército del Norte, Libertador de Venezuela. En *Obras completas* (Vol. III, pp. 555-557). Caracas: Librería Piñango.

- BRICEÑO IRAGORRY, M. (1998). *Mensaje sin destino*. Monte Ávila Editores.
- BRITO FIGUEROA, F. (2000). *Historia disidente y militante*. Plaza & Janés.
- CALCAÑO, J. (1894, junio). Estado actual de la literatura en Venezuela. *Diario de Caracas* 1 (143), 136-143.
- CASTRO, CIPRIANO. (1902, 15 de diciembre). Proclama ante el bloqueo extranjero *El Cojo Ilustrado* (264), 751.
- COLL, P. E. (1896). *Palabras*. Imprenta Bolívar, Caracas
- COLL, P. E. (1901a, 1 de febrero). Notas sobre la evolución literaria en Venezuela”. *El Cojo Ilustrado* (219), 100-102.
- COLL, P. E. (1901b, 15 de mayo). Ídolos rotos. *El Cojo Ilustrado* (226), 321-323.
- COLL, P. E. (1903c 15 de agosto). Las razones del Bucare. *El Cojo Ilustrado* (280), 493.
- CRESPO MELÉNDEZ, A. (2012). *Del tinglado humano*. Fundación Casa Nacional de las Letras de Andrés Bello.
- DÍAZ RODRÍGUEZ, M. (1968a). Ídolos rotos. En *Obras Selectas*. EDIME.
- DÍAZ RODRÍGUEZ, M. (1968b). Sangre patricia. En *Obras Selectas*. EDIME
- El primer libro de literatura, ciencias y bellas artes. (1974). En *El primer libro de literatura, ciencias y bellas artes*. Concejo Municipal del Distrito Federal. bnv.gob.ve
- GARCÍA-PELAYO y GROSS, R. (1994). *Diccionario, pequeño Larousse ilustrado*. Larousse.
- GIL FORTOUL, J. (1941). *El hombre y la historia y otros ensayos*. Editorial Cecilio Acosta.
- GIL, P. (MORANTES, P. M.). (1936). *El Cabito*. Editorial Elite.
- Insausti, R. Á. (Comp.). (1966). *Pedro Emilio Coll*. Academia Venezolana de la Lengua.
- MAÍZ, C. (1999). Cartas venezolanas a Miguel de Unamuno (1900-1930). *Cuaderno Cátedra Miguel de Unamuno*, (34) 205-294.
- MULINO, A. y MARTÍNEZ, J. (2014). *Cuatro Miradas*. Caracas: Universidad Central de Venezuela.
- MULINO, A. (2016). *Apuntes sobre la concepción de raza en la Venezuela de principios del siglo XX. A propósito de la lectura sintomática de algunas epístolas de Rufino Blanco Fombona* [Manuscrito inédito] Universidad Central de Venezuela.
- MULINO, A. (2024). *Pensar nuestro sur*. Centro Nacional de Estudios Históricos.

- MULINO, A. (2025). *La revolución intelectual*. Monte Ávila Editores.
- ORTEGA Y GASSET, J. (2006). En torno a Galileo. En *Obras completas* (Vol 6, pp. 393, 406). Taurus. (Obra original publicada 1941–1955).
- PAZ CASTILLO, F. (1994). *Obras completas*. Ediciones la Casa de Bello.
- PICÓN SALAS, M. (1991). *Los días de Cipriano Castro. Historia venezolana del 1900*. Monte Ávila Editores.
- POCATERRA, J. R. (1990). *Memorias de un venezolano de la decadencia* (Vol I). Biblioteca Ayacucho
- QUINTERO, R. (1972). *Antropología del petróleo*. Siglo XXI Editores
- QUINTERO, R. (2018). *La cultura del petróleo*. El perro y la rana.
- RIVAS, R. Á. y GARCÍA RIERA, G. (2006). *Diccionario de escritores venezolanos. Siglos XVIII a XXI*. Consejo Nacional de la Cultura.
- RODÓ, J. E. (1993). *Ariel. Prometeo selecto* (Colección Claves de América). Biblioteca Ayacucho
- SARMIENTO, D. F. (2022). *Vida de Juan Facundo Quiroga*. Biblioteca Virtual Miguel de Cervantes. cervantesvirtual.com
- UNAMUNO, M. DE (1901). Juventud, ciencia y libertad. En *Venezuela Ilustrada* (2).
- UNAMUNO, M. DE (1907a). Don Quijote y Bolívar. En *El Cojo Ilustrado* 16 (370), pp. 303-305.
- UNAMUNO, M. DE (1907b). La ciudad y la patria. En *El Cojo Ilustrado* 16 (371), pp. 340-342.
- UNAMUNO, M. DE (1984). *Del sentimiento trágico de la vida*. Orbis
- UNAMUNO, M. DE (2002a). Una novela venezolana. En *Americanidad* (Colección La Expresión Americana, Vol 24, pp. 143-153). Biblioteca Ayacucho.
- UNAMUNO, M. DE (2002b). La hermandad hispánica. En *Americanidad* (Colección La Expresión Americana, Vol 24, pp. 18-20). Biblioteca Ayacucho
- UNAMUNO, M. DE (2002c). ¡Hay que ser justo y bueno, Rubén! En *Americanidad* (Colección La Expresión Americana, Vol 24, pp. 186-190). Biblioteca Ayacucho.
- UNAMUNO, M. DE (2005). *Del sentimiento trágico de la vida en los hombres y en los pueblos*. Tecnos
- USLAR PIETRI, J. (2014). *Historia de la rebelión popular de 1814*. Monte Ávila.

Epistolario

BLANCO FOMBONA, Rufino:

A Miguel de Unamuno. Ámsterdam, 12 de enero de 1901. Fondo Miguel de Unamuno. Archivo Universidad de Salamanca.

A Miguel de Unamuno. Scheveningen Beach, 16 de agosto de 1907. Fondo Miguel de Unamuno. Archivo Universidad de Salamanca.

A Miguel de Unamuno. París, 22 de mayo de 1908. Fondo Miguel de Unamuno. Archivo Universidad de Salamanca.

A Miguel de Unamuno. Madrid, 09 de octubre de 1914. Fondo Miguel de Unamuno. Archivo Universidad de Salamanca.

COLL, Pedro Emilio:

A Miguel de Unamuno. Caracas, febrero de 1900. Fondo Miguel de Unamuno. Archivo Universidad de Salamanca.

A Miguel de Unamuno. Caracas, 7 de febrero de 1900. Fondo Miguel de Unamuno. Archivo Universidad de Salamanca (La fecha correcta es 1901).

A Miguel de Unamuno. Caracas, 5 de marzo de 1903. Fondo Miguel de Unamuno. Archivo Universidad de Salamanca.

A Miguel de Unamuno. Caracas, 15 de junio de 1907. Fondo Miguel de Unamuno. Archivo Universidad de Salamanca.

A Miguel de Unamuno, Madrid, 30 de junio de 1917 Fondo Miguel de Unamuno. Archivo Universidad de Salamanca.

A Miguel de Unamuno. Madrid, 13 de octubre de 1917 Fondo Miguel de Unamuno. Archivo Universidad de Salamanca.

DÍAZ RODRÍGUEZ, Manuel:

Manuel Díaz Rodríguez a Miguel de Unamuno. Caracas, 25 de julio de 1901. Fondo Miguel de Unamuno. Archivo Universidad de Salamanca.

DOMINICI, Pedro César:

Pedro César Dominici a Miguel de Unamuno. París, 06 de diciembre de 1901. Fondo Miguel de Unamuno. Archivo Universidad de Salamanca.

FERNÁNDEZ GARCÍA, Alejandro:

Alejandro Fernández García a Miguel de Unamuno. Caracas, octubre de 1900. Fondo Miguel de Unamuno. Archivo Universidad de Salamanca.

GIL FORTOUL, José:

José Gil Fortoul a Manuel Díaz Rodríguez. 1901. "Carta literaria". En *El Cojo Ilustrado* X (225), pp. 293-296.

José Gil Fortoul a Miguel de Unamuno. Berlín, 06 de marzo de 1907. Fondo Miguel de Unamuno. Archivo Universidad de Salamanca.

José Gil Fortoul a Miguel de Unamuno. Berlín, 19 de marzo de 1907. Fondo Miguel de Unamuno. Archivo Universidad de Salamanca.

UNAMUNO, Miguel de:

Miguel de Unamuno a Pedro Emilio Coll. 1899 (Publicada con el título “Párrafos de una carta” en *El Cojo Ilustrado*, el 15 de noviembre de 1900, Nº 190, p. 729).

Miguel de Unamuno a Pedro Emilio Coll. Salamanca, 31 de marzo de 1901. Fondo Miguel de Unamuno. Archivo Universidad de Salamanca.

Miguel de Unamuno a Pedro Emilio Coll. Salamanca, 31 de marzo de 1903. Fondo Miguel de Unamuno. Archivo Universidad de Salamanca.

Miguel de Unamuno a Pedro Emilio Coll, Salamanca el 25 de octubre de 1916. Fondo Miguel de Unamuno. Archivo Universidad de Salamanca.

Miguel de Unamuno a Pedro Emilio Coll, Salamanca, 2 de noviembre de 1917. Fondo Miguel de Unamuno. Archivo Universidad de Salamanca.

Miguel de Unamuno a Pedro Emilio Coll. Salamanca 30 de marzo de 1918. Fondo Miguel de Unamuno. Archivo Universidad de Salamanca.

Miguel de Unamuno a Pedro Emilio Coll. Salamanca 6 de junio de 1922. Fondo Miguel de Unamuno. Archivo Universidad de Salamanca .

Fuentes de consulta

ABBAGNANO, Nicola (1974). *Diccionario de filosofía*. México, D. F.: Fondo de Cultura Económica.

FERRATER MORA, José (1958). *Diccionario de filosofía*. (4º edición). Buenos Aires: Sudamericana.

____ (2009). *Diccionario de filosofía*. (Nueva edición actualizada por la Cátedra Ferrater Mora bajo la dirección de Josep-Maria Terricabras). Barcelona: Ariel.

PEREA ROMERO, Martín (1975). *Catálogo de El Cojo Ilustrado. 1892-1915*. Caracas: José Agustín Catalá.

REAL ACADEMIA ESPAÑOLA (1992). *Diccionario de la lengua española*, Tomos I y II. (21º edición). Madrid: Autor.

UÑA JUÁREZ, Octavio y Alfredo Hernández Sánchez (2004). *Diccionario de sociología*., Madrid: Universidad Rey Juan Carlos, ESIC.

Adenda A¹

Misivas de Pedro Emilio Coll²

Respuestas de Miguel de Unamuno³

-
- 1 Debo advertir que la ortografía de las cartas copiadas, tanto en el texto como en las adendas, ha sido actualizada. De igual manera, debo participar que el epistolario publicado por Claudio Maíz (Universidad de Cuyo, Argentina) ha fungido de guía comparativa durante las copias de las cartas escritas por estos venezolanos, ante cualquier palabra ininteligible. Claudio Maíz: *Cartas venezolanas a Miguel de Unamuno (1900-1930)*. 1999.
 - 2 Las epístolas de Pedro Emilio Coll (y del resto de los venezolanos que en este trabajo menciono), las ubiqué y copié en la Casa-Museo Miguel de Unamuno. Archivo personal de Miguel de Unamuno. Universidad de Salamanca.
 - 3 Es importante aclarar que las seis cartas escritas por Miguel de Unamuno a Pedro Emilio Coll, en los años 1901, 1903, 1916, 1917, 1918 y 1922, se ubican en la Biblioteca Nacional de Venezuela. Las mismas fueron escaneadas por José Gil, bibliotecario de la sala Pedro Manuel Arcaya, gracias al apoyo académico del jefe de la sala, profesor Gabriel Saldivia. De sumo clave considerar que la misiva redactada por el rector vizcaíno al caraqueño Coll, del año 1899, la copié, directamente, de *El Cojo Ilustrado, Párrafos de una carta*, Caracas, 15 de noviembre, 1899, n.º 190, p.729.

Misiva de Pedro Emilio Coll. 7 de febrero de 1900.

Caracas, 7 de febrero de 1900⁴

Señor D. Miguel de Unamuno
Salamanca.

Muy querido amigo y maestro:

Durante estos últimos meses he estado recibiendo generosas manifestaciones de Ud.: libros, cartas y frases que no sé cómo corresponder. En vano he estado esperando un momento de «inspiración» para retribuir sus bondades, así va esta carta escueta, y no como yo quisiera, bien poblada de ideas o cuando menos adornada con paisajes de mi tierra y de mi espíritu. Quisiera tener muchísimo talento para establecer una copiosa correspondencia con Ud.

Le adjunto un recorte de *El Tiempo* de Caracas, donde publiqué un mal extracto de su admirable discurso en la Universidad de Salamanca (perdone la mutilación). En el tercer párrafo leerá Ud. que no tenía a la mano libros cuando escribí dichas líneas. ¿Por qué? Porque vivía en la plaza pública arrojado de mi casa por el terremoto que el 29 de octubre del año pasado estuvo a punto de acabar con esta ciudad que tiene vistas hacia la barbarie y balcones hacia lo que hemos convenido en llamar la civilización («ese vasto delito colectivo»).

Espectáculo curioso e instructivo es el que tuve la oportunidad de presenciar en plazuelas y despoblados durante los días que siguieron a la catástrofe: por obra y gracia de un sacudimiento de pocos segundos. Volver camino atrás hacia la vida rudimentaria, adaptándonos en un instante, y sin esfuerzo, a una existencia que habíamos relegado a la historia y la leyenda. En estos pueblecitos nacidos en una noche del miedo y la necesidad, pude estudiar objetivamente los orígenes de la cultura humana, los primeros pasos del hombre en la industria, la arquitectura,

4 En esta carta Pedro Emilio Coll refiere a Miguel de Unamuno el terremoto del 29 de octubre de 1900 como fenómeno natural ocurrido, para el autor, el «año pasado»; es decir, en 1899. Es evidente que Coll equivocó la fecha de su misiva dirigida al rector de la Universidad de Salamanca; creo que la fecha exacta de esta epístola es el 7 de febrero de 1901. Miguel de Unamuno respondió esta carta un 31 de marzo de 1901.

las artes domésticas, los orígenes de la familia, la autoridad, la libertad, la religión, etc.

En mi barraca o rancho, a la luz de mi candil, leí varias veces su discurso que para entonces constituía toda mi biblioteca, y su discurso me consoló en aquellas noches de pavor.

Por carta suya a Fernández García he tenido el gran gusto de saber que ha sido Ud. nombrado rector de la Universidad de Salamanca, y este solo hecho me llena de esperanza y me dice que en España está alboreando verdaderamente el siglo xx.

Por este mismo vapor le envío dos ejemplares de *El Cojo Ilustrado*; en uno encontrará un ensayo de mi compatriota Pedro Arcaya sobre su casi compatriota de Ud. Simón Bolívar; en el otro le he dedicado unas notas sobre la evolución literaria en Venezuela. He procurado considerar las ideas que tengo sobre el particular para que la gente de aquí tenga menos pereza de leer dicho artículo.

He sabido con placer que mi amigo José Ignacio Díaz está en correspondencia con Ud. Le recomiendo en Bogotá a B. Sanín Cano, que es uno de los espíritus más distinguidos de América.

Ahora estoy trabajando en la Dirección de Estadística del Ministerio de Fomento donde me tiene Ud. a sus órdenes.

Su amigo y admirador
Pedro Emilio Coll.

P.D. Los periódicos de Venezuela están reproduciendo los artículos que no publica en otros diarios y revistas.

C.

Escrita esta carta, me encarga el rector de la Universidad de Caracas, enviar a Ud. el 1^{er} tomo de los Anales de dicha Universidad.

Vale.

Respuesta de Miguel de Unamuno. 31 de marzo de 1901.

El rector de la Universidad de Salamanca. Particular.

31 de marzo de 1901

Sr. Don Pedro Emilio Coll.

Mi muy querido amigo:

No sabe usted bien con cuánto interés leí sus «Notas sobre la evolución literaria en Venezuela», notas de que reproduzco buena parte, comentándolas brevemente, en artículo crítico acerca de *Ídolos rotos* del amigo Díaz Rodríguez, artículo que hace cuatro días remití a *La Lectura* de Madrid, y que saldrá en el nro. 4 de esta revista, el correspondiente a abril. En él verá usted hasta qué punto concuerdo con las justas apreciaciones de usted respecto a la influencia francesa, y en él verá usted la impresión que el libro de Díaz Rodríguez me ha hecho.

¿Pero es de veras Venezuela como él la pinta? Es un libro doloroso, fuerte, intenso, con páginas de subidísimo interés.

He recibido los dos primeros números de *Venezuela ilustrada*, y en el segundo vi reproducida mi breve alocución a la juventud española. Gracias mil.

El estudio de Arcaya sobre Bolívar interesantísimo. He pasado muchas veces por el lugar de Bolívar, que en nuestra viejísima lengua vasca significa «ribera del molino», ribera y no pradera como Arcaya dice, pues ibar designa el terreno bajo junto a un río.

Llevo una temporada en que están en suspenso mis labores literarias. Tuve que suspenderlas para tratar de meter en caja a esta vieja universidad donde se habían entronizado la rutina y la holgazanería. Estoy librando una lucha obstinada; probándoles lo que de pacienzudo y terco es un vasco. Y no me ha venido del todo mal, pues mi peligro estaba en intelectualizarme en exceso. Con esto cultivo mi voluntad y mi carácter, integrando mi educación. Todo menos dimitir el cargo como algunos quieren. Sabrán que debajo del hombre de estudio y retiro hay, como en todo vizcaíno, un hombre de acción y de acción lenta y firme, sin sobresaltos ni intermitencias. Estoy, a la vez, aprendiendo mucho. Acaso usted sepa que los rectores tenemos en España a nuestro cargo no solo

la universidad sino los institutos de su distrito y las escuelas de primera enseñanza, normales, etc. Entre los diez que somos tenemos repartida la alta inspección y dirección de la enseñanza toda; a mí me tocan cuatro provincias. Es, además, el rectorado una excelente atalaya de observación; en poco tiempo y viendo concupiscencias y pasiones al desnudo, he aprendido mucha psicología y no poca sociología.

Lo que de las consecuencias sociales del terremoto me dice es altamente sugestivo. Merece que haga usted algo sobre ello.

De B. Sanín Cano, con quien no me he puesto en relación aún, tengo además de su recomendación de usted informes que coinciden. Todos me dicen que es de lo mejor de América. ¿Ha publicado alguna cosa?

Ando muy enfrascado ahora en una novela pedagógico-humanística, mezcla de elementos sentimentales, grotescos y trágicos de que no sé si le he hablado. Estoy con ello muy encariñado. A la vez trabajo en dos ensayos conexcionados: « Libertad y Ciencia» del que las breves líneas que el *Venezuela ilustrada* reprodujo son un esbozo ligerísimo. En el primero de esos ensayos trataré de un punto interesantísimo cual es el de la incompatibilidad de la doctrina del libre albedrío con la sana fundamentación de toda libertad. Mi fórmula es: «la libertad es la consciencia de la ley», de la ley interior se entiende. Y el libre-arbitrismo, al negar en el fondo la ley, lleva a la exterior, a la impositiva. Creo con Lutero que el servo arbitrio es la base de la libertad de conciencia. Y no es paradoja, usted lo sabe bien.

Al Sr. rector de esa Universidad encarázcale mi gratitud por el envío de los *Anales*, y hágale presente que he de escribirle.

La vida de acción me ha distraído no poco de íntimas congojas de otros tiempos, y me ha llevado a formular poéticamente mi actual estado de ánimo en este soneto:

Al destino

En inquietud ahógame el sosiego,
tu secreto velándome, Destino;
no me dejes parar en mi camino,
sin inquirirte te obedezco ciego.

Ni hora me des a queja, ni hora a ruego;
agújame tu pica de continuo,
y que en el mundo insomne peregrino,
a cuesta lleve de mi hogar el fuego.

Quiero mi paz ganarme con la guerra,
conquistar quiero el sueño venturoso;
no me des ocio el que tu entraña encierra.

De esclarecer, enigma pavoroso,
cuando forme al seno de la tierra
Haz que merezca el eternal reposo.

Pero, a pesar de todo, preveo que me volverán las ansias trascendentes, la sed de eternidad, la obsesión del problema de ultratumba. El corazón grita siempre, dígame lo que quiera, para acallarle, la cabeza. Y es una de las cosas que más me chocan lo rara que es esta preocupación en la literatura americana.

Almas como las de Pascal, Amiel, Sabatiez etc., apenas las veo ahí. Ciertamente es que yo por naturaleza y por educación tengo algo de cuáquero y muy poco de pagano. ¿Conoce usted el *Robert Elsmere* de Mrs. Humphry Ward? Y ¿*The Christian* de Hall Caine? Me gustaría conocer el estado íntimo de la conciencia o de la inconsciencia religiosa en esos países americanos por debajo del indiferentismo de los cultos y del fetichismo católico de otros.

La obra en que más alma ponga será la que he de escribir al cabo sobre el problema religioso visto a luz de ciencia y la ciencia sentida en calor de religión, la conjunción de la religión de la ciencia con la ciencia de la religión...

Le abraza a través del océano, fraternalmente,
Miguel de Unamuno.

Misiva de Pedro Emilio Coll. 5 de marzo de 1903.

Caracas: 5 de marzo de 1903⁵

Señor don Miguel de Unamuno
Salamanca.

Muy querido maestro y amigo:

Por este mismo correo le envió dos números de *El Cojo Ilustrado* en los que encontrará dentro notas mías referentes a su *Amor y pedagogía* y su *En torno al casticismo*.

No sé cómo manifestarle mi gratitud por el cariño con que Ud. me trata siempre, y que me demuestra no olvidándome. Sí, porque estoy seguro de que Ud. piensa en mí con frecuencia, así como yo lo estoy viendo a menudo con los ojos de la imaginación en Salamanca; pero cosa rara siempre solo de paseo por los alrededores de la vieja ciudad (paisajes me afirma en esto [sic]), sentado en un musgoso banco de piedra, en una antigua y estrecha callejuela dialogando con el otro yo, pero nunca en la cátedra universitaria frente a los estudiantes.

No sé por qué, pero de un momento a otro estoy esperando una Gran Acción de Ud., tal vez, abandonará el Rectorado y se irá sabrá Dios adónde...

En nombre del famoso progreso europeo han querido conquistarnos en estos días y, sin embargo, esos cañonazos mandados a disparar por tres reyes contra nuestros pobres puertos indefensos han hecho a mi entender gran mal al verdadero progreso. Ya se piensa aquí que la tal civilización es mentira, y que los viajeros que refieren cosas estupendas del otro mundo son unos embusteros. La ciencia —dicen los mulatos— esa es cosa de blancos ¿tendrán razón? ¿Habrá una ciencia *de blancos* y para blancos, llena de prejuicios respecto a la incapacidad de los hombres de color para el gobierno y la cultura?

La verdad es que aquí los descendientes de españoles están o estamos echados de barriga mientras los mestizos van adelante. Cierto es que la zona les es favorable, pero de todos modos lo que son hoy hace pensar

5 En el último folio de esta misiva, el autor escribió en el margen izquierdo: *Le agradecería la reproducción de mi adjunto cuento en un periódico de España.*

en lo que pueden ser mañana. Acaso tendrán «su ciencia» y declararán inferior al blanco. Si no me engaño esto no pasa sino en Venezuela; en las colonias europeas de América (Trinidad, Curazao, Martinica, etc.), los negros son monos, en tanto aquí están a punto de ser monos... sabios.

Hablando casi «científicamente» dijo Cristo: «Hay que juzgar al árbol por sus frutos»; ¡admirable método! ¿Ud. que conoce el fruto venezolano (Bolívar, Guerra de la Independencia, Andrés Bello, pensamiento moderno) no cree que el árbol debe tener alguna savia y raíces profundas y que sirva para algo más que para leña que caliente el vientre de los sindicatos de la Europa judía?

Dispéñseme que le comunique los siguientes datos relacionados con mi persona:

Edad 30 años. Estado: casado hace seis, sin lujos. Profesión actual: subdirector en el Ministerio de Fomento. Abuelos: catalanes los paternos, castellanos los maternos. Un pariente de mi madre fue llamado en Colombia: «el tigre de Cabrero». Fue presidente de aquella república. Estudios universitarios: Matemáticas (las he olvidado por completo); tres años de Derecho (abandoné el curso). Simpatías revolucionarias: anarquista sentimental y, sin embargo, amigo de la oligarquía —. Religión: — teosofista.

—Emerson es santo en mi iglesia. Autores que escriben hoy lo que yo quisiera decir a veces: Unamuno, Barrès, Lemaître, Anatole France, Valera, Grandmontagne. Mis clásicos: Luciano, Goethe, Montaigne, Gracián, Carlyle, Stendhal, Heine, Larra, Renan, Kempis. Muertos que llora mi inteligencia: Gavinet, Verlaine, Whitman, José Asunción Silva, Casal, Gutiérrez Coll. Viejos amores: Hugo, Tolstoi, Spencer, Daudet, Goncourt. Autores nuevos: Nietzsche, Gorki, Merejkowsky, Ibsen, Gourmont. Originalidad: la luna creciente me enferma. Deseo: vivir ocho meses entre aldeanos de mi país y cuatro entre filósofos y artistas de Europa. Notable incapacidad: para la aritmética, los idiomas y la «literatura escrita». Cobardía suprema: a la muerte. Mayor dolor: la agonía de mi hermano.

Lo quiere y recuerda siempre.
Pedro Emilio Coll.

Respuesta Miguel de Unamuno. 31 de marzo de 1903.

El rector de la Universidad de Salamanca. Particular.

31 marzo 1903

Sr. D. Pedro Emilio Coll.

Mi querido amigo:

Mucho le agradezco su carta y sus dos menciones en *El Cojo Ilustrado* de mi «Amor y pedagogía» y mi «En torno al casticismo». Su cuento «El paraíso de Alonso Herrera» aparecerá en *El Globo* que es hoy el diario madrileño más movido y cuya colaboración es más intelectual. Y ahora voy derechamente a un asunto.

Es el caso que me he metido de hoz y de coz en el estudio de la historia de los pueblos hispanoamericanos, empezando por la de la Argentina. He leído obras de Mitre, Sarmiento, Saldras, Mármol, las memorias del general Paz, etc. Busco el españolismo que hay en esas historias, la revelación de nuestro espíritu en ellas. El fenómeno del caudillaje, tan hondamente español, me interesa sobremanera; Rosas, Francia, Artigas, López, Güemes, son figuras dignas de estudio. Aún más que la historia de los pueblos me interesa la de los individuos, es decir, las biografías. Y esa América española ha sido pródiga en hombres de acción. Estos estudios los he de aprovechar primero en una obra que traigo entre manos y se titulará «A la juventud hispana» cuyo primer ensayo («Eróstrato o de la gloria»), lo tengo escrito ya, y obra que irá ilustrada con hechos y dichos de personajes españoles e hispanoamericanos. Y ahora bien, hasta ahora casi me he limitado a las Repúblicas del Plata, y deseo extenderlo a las demás, Méjico, Centro-América, Colombia, Venezuela, Ecuador, Perú, Chile y Bolivia. Por lo que a Colombia y Venezuela hace puse al habla con mi buen amigo Santiago Pérez Triana, colombiano, y este me ha aconsejado. Mi primer deseo es conocer la figura de Simón Bolívar (he estudiado a San Martín y a Belgrano) y la interesantísima, accidentada y romántica del Gral. Miranda. Me dice Triana que de Bolívar conoce una biografía por Larrazábal, de Miranda hay una vida por el colombiano Ricardo Becerra, y que D. José Manuel Restrepo ha narrado la época toda de la revolución libertadora de esos pueblos. Me habló también de las memorias del general O'Leary

aunque me advirtió son muy extensas. Baralt y Díaz, me dice, escribieron también de la revolución de Venezuela, y los apuntes históricos del general Santander. Interésame también mucho la figura de Sucre, que con Bolívar y Miranda son los que más deseo conocer.

Como usted comprende no me es fácil hacerme con toda esta librería, y Triana me aconsejaba que me dirigiese al general Castro solicitando de ese gobierno esos trabajos conducentes a mi objeto, y me ofreció apoyar escribiéndole él. Y ahora solicito de usted consejo y le ruego me diga en qué forma, de qué manera y con qué condiciones podría yo obtener del gobierno de esa República el favor que solicito y es que me proporcione materiales para estudiar la historia de su independización y sus grandes figuras históricas. Todo lo que haga usted para ayudarme en esta empresa se lo agradeceré muy de veras, y claro está que quedaré obligado a ese gobierno y dispuesto a cualquier servicio que pudiera rendirle.

Los datos que respecto a usted mismo me da, me han interesado mucho. Veo mucho lo que ha influido en usted Renan. A Emerson también le leo con atención y empeño aunque prefiero a Carlyle, por parecerme más fuerte, aunque más rudo. De Swami Vivekananda no conozco nada sino por referencias, entre ellas las que hace W. James en su preciosa obra *The varieties of the religious experience*. A Walt Whitman empiezo a conocerlo; de José Asunción Silva conozco poesías sueltas que me han dejado muy honda impresión. De entre los autores que me cita solo hay uno al que no conozco en absoluto y otra al que lejos de coincidir con usted me aparto mucho, viendo así que en los demás (prescindiendo de mí mismo, claro está), también yo hallo deleite y enseñanzas. El que no conozco es Merezhkovski, a pesar de que lo he oído mentar mucho, y el que no me gusta es Remy de Gourmont.

Gourmont me repugna, le encuentro no sé qué de malsano, de artificios y de dañino; paréceme un monstruo, un hombre inventado contra la humanidad. Recuerdo que a Tolstoi le desagrade también ese fúnebre pontífice del *Mercur*, gran sacerdote de la perversión. Solo he encontrado otro que me haya desagradado más y es un Gaultier, autor de unos estudios *De Kant a Nietzsche*, que son de lo más desolador y asesino que conozco. Algún otro de los que usted cita, como Larra, no excita mi admiración tanto

como entre los demás intelectuales españoles, pero lo aprecio; otros como Carlyle, Heine, Kempis, Renan, Goethe son mi mejor pasto.

En lo que estoy mucho más de acuerdo con usted que lo que usted mismo pueda figurarse es en las reflexiones que le sugiere la barbaridad de los tres reyes que mandaron a bombardearles.

Y, no está mal que empiece a pensarse ahí que esta civilización europea es mentira, pues si bien no sea así, tal parecer no se aleja de la verdad más que el obsesionarse por ella. Quiera Dios que esas y otras atrocidades de nuestra barbarie civilizada les haga volver los ojos a sí mismos, a las entrañas de su casta, adentrarse y buscar en su propio espíritu y en el alma de los campesinos la raíz de su vida. No es cosa de que le repita lo que en mi discurso de Cartagena dije. En mi próximo libro *A la juventud hispana* trato de justificar algunos de los que nuestros flamantes civilizadores a cañonazos, los bárbaros del capitalismo, llaman defectos de los pueblos de casta (o de lengua) española. El caudillaje mismo no es tan malo como se cree y de emprender mi explicación. Yo, por mi parte, prefiero el hombre, que es ley viva, a la ley muerta y creo que un hombre enérgico, patriota y con alma vale más que cien constituciones de papel.

Esta tesis escandalizará, pero yo sabré defenderla. Y ahora busco hombres y es lo que me mueve a estudiar a Bolívar, Sucre, Miranda, etc., como he estudiado otros. La historia argentina, como de la independencia misma surgió el cantonalismo, la disgregación, la anarquía y como un caudillo o cacique mayor, Rosas, sometiendo a los demás caudillos, dieron la primera unidad y preparó otra época, es de una grandísima enseñanza. Es la misma tendencia individualista de acá, el mismo instinto de anárquica independencia, de que nos salvan las libertades comunales.

Yo no sé por qué aquí en España nadie, que yo sepa, se ha dedicado a estudiar la historia y el espíritu de esos pueblos, sangre de nuestra sangre (la sangre espiritual es el idioma) y a defendernos todos de las estúpidas calumnias de esos anglosajones y germanos que creen que el suyo es el tipo definitivo de civilización, por ser el último.

Por esto me ha gustado tanto la hermosísima novela *Sangre patricia* de Díaz Rodríguez, de la que hace mes y medio remitía a *La Lectura* una extensa nota, que ya estoy deseando la publiquen. Nota que hice

con verdadero cariño, porque el libro me encantó. Además, he de hacer reproducir parte de él en una revista, con un comentario mío.

No olvide, pues, mi encargo; insinúese en ese gobierno y dígame como he de pedir el favor que deseo pues escribiría al presidente y se lo rogaría. Usted me aconsejará.

Y sabe cuan a su mandado queda su amigo leal.

Miguel de Unamuno.

Hay en su carta un párrafo en que parece haber adivinado lo que me pasa, y es aquel en que supone que abandone el rectorado y me vaya de aquí... y de España. Todo pudiera ser.

Siguiendo el consejo de Triana escribo al Gral. Castro. ¿Me haría el favor de verse con él?

Misiva de Pedro Emilio Coll. 20 de octubre de 1916.

Madrid: 20 de octubre de 1916

Princesa, 75.

Mi viejo amigo y querido maestro:

Aquí me tiene Ud., hace algunos días y muy a su orden, este olvidado admirador. Estaba en Francia como cónsul de mi país, y ahora me encuentro en Madrid como encargado de negocios ¡Yo diplomático! Cáusame ello tanta sorpresa (comentada con una pequeña risa interior), como cuando me desperté, en mi tierra, ministro, senador y académico de la lengua. En tales momentos pensaría: —Don Miguel de Unamuno me creará un arribista, como tantos. Lo que no dejaba de mortificarme. A lo que se añadiría el significativo silencio de Ud. mientras yo cruzaba parajes tan peligrosos para la libertad intelectual. La verdad es que, defendiéndome en lo posible de las influencias ambientales, un poco enfermo estoy de cuerpo y de alma ¿Qué habría de escribir en tanto? ¿Sería Ud. tan bondadoso que me ayudase a sanar?

Ojalá mis ocupaciones me permitieran ir a Salamanca a darle el más cariñoso y respetuoso abrazo ¿Vendría Ud. mismo a Madrid?

Suyo, como siempre,
Pedro Emilio Coll.

Respuesta de Miguel de Unamuno. 25 de octubre de 1916.

Sr. D. Pedro Emilio Coll.

Más de una vez me he acordado de usted, mi antiguo y buen amigo, en estos años y más de una vez he hablado de usted. Supe de su ministerio, de su senaduría, y de su academicismo y nunca le creí un arribista. Sé bien por todo lo que hay que pasar y a que resignaciones obliga el patriotismo. Y si no le he escrito a usted ha sido porque voy restringiendo mucho mi correspondencia íntima y privada. Mis trabajos y ocupaciones crecen y no me crece el tiempo y además con los años se me va acentuando un cierto sentimiento de soledad y aislamiento que nunca me faltó. Ahora lo que me gustaría es poder verle y hablarle y mucho le diría lo que pienso sobre el efecto de los cargos públicos, y más si son políticos, en los puros intelectuales. Yo me mantengo, creo mi braveza y aún la he acrecentado con tristes experiencias de nuestra menguada politiquería. Voy poco, muy poco, por ese Madrid. En parte porque no me agrada ese ambiente tan dulce, tan manso, tan abierto —casa siempre abierta para entrar está abierta siempre para salir— tan ligero, más inficionado por politiquería y literatura, y en parte porque se me ha creado una situación anómala que me veda salir de aquí no siendo el tiempo de rigurosas vacaciones oficiales. Ni debo pedir licencias ni menos aceptarlas si sin pedir las me las dan. Solo iría si mis superiores jerárquicos, es decir el ministro, me rogasen o pidiesen que fuera. Más fácil es, pues, que nos veamos aquí si se decide a venir. No perderá el viaje. Salamanca merece una visita. Y hablaríamos, hablaríamos. Quiero saber de su patria, de usted, de los escritores de allá que conozco. De todo ello he hablado algunas veces con R. Blanco-Fombona. Supongo que le verá ahí. Salúdele con efusión. También me gustaría volver a verle. Pero de no ser llamado no es fácil que vaya a esa.

Contentísimo de saberle en España y de haber reanudado nuestras viejas relaciones, le saluda con todo afecto su amigo,

Miguel de Unamuno.
Salamanca, 25-X-16.

Misiva de Pedro Emilio Coll. 30 de junio de 1917.

Madrid, 30 de junio de 1917

Señor don Miguel de UnamunoSalamanca

Mi eminente maestro y querido amigo:

No quería contestar su carta, sino, atento a su benévola invitación, ir a darle un abrazo en Salamanca y tener el gusto y el honor de charlar unas horas con Usted. Pero un violento ataque de artritis me ha retenido en Madrid de donde, por prescripción del médico, tendré que salir inmediatamente para Sobrón, en Álava. Veremos si a mi regreso pueda realizar mi ilusión de visitar a usted en esa vieja ciudad.

Como usted se interesa tanto por nuestras cosas y hombres de América, me es grato enviarle un ejemplar de un raro y curioso libro que mi hermano y yo reprodujimos en Caracas. Su autor Simón Rodríguez, maestro del Libertador, es sin duda uno de los espíritus más extravagantes y extraordinarios que ha producido mi país, donde, a pesar de su pequeña población, se han producido no pocos tipos de una humanidad singular.

Tengo gran curiosidad de leer el nuevo libro de usted, pues siendo la envidia su motivo central, ha de referirse no solo a España sino a las tres cuartas partes del mundo, por lo menos.

No olvide a su constante admirador y viejo amigo, que le aprecia de todo corazón.

Pedro Emilio Coll

Misiva de Pedro Emilio Coll. 13 de octubre de 1917.

Madrid: 13 de octubre de 1917
Señor don Miguel de Unamuno
Mi eminente maestro y amigo:

De paso por Salamanca, donde estuve dos días, le dejé una cartica. Usted no había regresado de su viaje a Italia y yo, después de tres meses de ausencia, obligado a volver a Madrid donde me esperaba una montaña de correspondencia oficial por despachar.

Un poco repuesto de mis males, luego de haber tomado las aguas de Ayala, visité algunas ciudades y caseríos del admirable País Vasco, raíz de las mejores costumbres y energías de mi propio país.

Poco pensé enterarme del «*alma de Salamanca*» en las pocas horas que allí pasé y más faltándome una guía espiritual como usted y ruégole, perdóneme [sic] la expresión.

Como le dije el paisaje —tan suave y triste de la tarde sobre el viejo puente y la vega, me recordó alguno de mi ciudad natal. He de volver a Salamanca.

Ya leí en *El Día* [las] primeras emociones al retornar de Italia, y me preparo a deleitarme con las que sin duda va usted publicando acerca de aquella noble y grande nación latina.

Ayer, fiesta de la Raza fue un día atroz para mí, día de protocolo diplomático, de traje de etiqueta, de discursos y de ceremonias en el Ayuntamiento. Para colmo de calamidades tuve la mala suerte de rematar el día con una lectura de Baroja. Estúpidos, sin sentido alguno, hueco y afeminados somos *todos* los americanos para ese bárbaro que ni siquiera nos permite admirar a usted.

En verdad una de las cosas más infames que conozco es esa página sobre «Los Americanos» del libro *Juventud, egolatría*; ¡Cuánto daño va a hacer sobre todo en estos momentos! Y digo esto por lo que he oído ya decir a algunos que tienen sin embargo a España por segunda patria.

Perdone las palabras que va regando la pluma un tanto nerviosa, de su viejo amigo y muy ferviente admirador.

Pedro Emilio Coll

Respuesta de Miguel de Unamuno. 2 de noviembre de 1917.

Sr. D. Pedro Emilio Coll.

Dos cartas de usted, mi siempre querido amigo, tengo a la vista. En la primera, [del] 30 de junio, me anunciaba su propósito de venir acá y el envío de un libro de Simón Rodríguez, libro que no ha llegado a mi poder. Tengo muchas noticias del maestro de Bolívar. La segunda carta me la escribió usted aquí mismo estando yo en Italia (¡Qué desastre, Dios mío, qué desastre! ¡Y qué pena!). A mi vuelta de la desgraciada Italia —fío, sin embargo, en que se rehaga— me he encontrado con esta mi patria como usted la ve y de tal modo embarga mi ánimo nuestra revolución —que no es otra cosa— que apenas le tengo para otra cosa alguna. Me paso las horas mortales devorado por una ansiosa expectativa, leo algo y de cuando en cuando escribo algún artículo de batalla, en el que procuro poner el cáustico más corrosivo para acabar con tanta podredumbre.

Estoy pendiente de un nuevo viaje a esa Villa y Corte, a dar una conferencia —tan bien de batalla— en el ateneo o acaso a tomar parte de algún nuevo mitin. Solo siento no tener 20 años menos lo que me daría alguna probabilidad de ver que será de España, y de Europa y de América, hacia 1970; aunque muera a los 90 años exclamaría: ¡Dios mío, morir tan joven!

Salió, según creo, pues, no lo sé de cierto, mi libro sobre la envidia: *Abel Sánchez*. Voy [a] hacer que el editor le envíe un ejemplar o se lo daré cuando vaya a esa. Hasta hoy no tengo ni he visto más que dos. Pero usted tendrá de mi mano el suyo.

Si ve a ¿? salúdele.

Hoy estoy devorado de ansía. A ver qué pasa.

Le estrecha expresamente las manos su amigo toto corde.

Miguel de Unamuno Salamanca, 2-XI-1917

Misiva de Pedro Emilio Coll. 25 de marzo de 1918.

Madrid: 25 de marzo de 1918
Señor D. Miguel de Unamuno
Salamanca.

Salgo en este momento del ateneo, mi querido amigo y maestro, lleno de la emoción trágica de su *Fedra* y deseoso de enviar a Ud. en seguida un abrazo de felicitación por el éxito que acaba de obtener; ¡admirable obra ateniense, mientras se escucha ya cerca el paso de los bárbaros!

La señorita Martos devorada de pasión, fue como una *llama blanca* y retorcida entre los rojos cortinajes de la pequeña escena. El público, con excepción de algún breve instante de frivolidad, supo escuchar con la noble atención de una antigua multitud la dolorosa obra de Ud.

Su viejo amigo y ferviente admirador,
Pedro Emilio Coll

Respuesta de Miguel de Unamuno. 30 de marzo de 1918.

Tarjeta Postal n. 1.

A D: Pedro Emilio Coll
Princesa, 75Madrid.

Siempre usted amigo mío tan fiel y tan devoto. La primera carta en que se me daba cuenta del resultado de mi *Fedra* fue la de usted. Sentí no haber podido insistir a ese intento de restablecer el sentido permanente de la tragedia y de apartar a la dramaturgia de los caminos de la cinematografía. Mi creencia es que la falta de contenido temático, de acción íntima —no de ese movimiento externo y danza de figuras que no es acción— y la falta de calor han hecho que nuestro teatro tenga que defenderse con artes accesorias y de nueva ayuda; y [nadie me] convencerá de que el verdadero público, el que asiste al teatro a ver [y] oír el drama y no a ver a los actores a verse unos a otros, no se interese por el teatro desnudo y puro.

¡A ver si nos vemos pronto!

Un abrazo de

Miguel de UnamunoSalamanca, 30-III-18.

Misiva de Pedro Emilio Coll. 1 de junio de 1922.

Madrid: 1 de junio de 1922 Señor D. Miguel de Unamuno,
Salamanca.

Mi querido y admirado amigo:

Me encarga mi estimado amigo y compatriota el Dr. S. Key Ayala, a quien le presenté cuando tuviéramos el gusto de encontrar a Ud. en la calle de Alcalá, le haga llegar el folleto que le ofreció acerca de la familia Jugo de Venezuela. La dirección del Dr. Key Ayala, por si Ud. desea avisarle directamente recibo de dicho folleto —que va por este mismo correo— es 28 rue de Livry (16^{eme})-París.

Voy a aprovechar esta oportunidad, mi querido maestro, para hacerle una súplica. Yo no quisiera marcharme de España, lo que pienso que será a fines de este mes, sin llevarme un retrato de Ud. con su dedicatoria. ¿Podría Ud. obsequiarme con ese gran favor? Colocado en mi retiro, ese retrato me haría Ud. sentirme tan lejos materialmente porque espiritualmente siempre estaré cerca de Ud., de uno de los hombres que más honra a nuestro linaje, de *un hombre* como Napoleón decía de Goethe.

No sé aún a dónde seré trasladado, después de la intriga que me hace salir de España. Es historia larga de contar y que Ud. conocerá algún día, cuando rompa mi silencio, por la manera mísera como se me ha acusado de «enemigo de España» (!!) y aun de «alcohólico» (!!) ¡Y qué personajes los de esta tragicomedia!

Perdone estas últimas expansiones y reciba el más cordial abrazo de su viejo admirador e invariable amigo.

Pedro Emilio Coll.

P.D. Provisional y particularmente me tiene Ud. ahora muy a sus órdenes en San Marcos-3-3 Izq.

Respuesta de Miguel de Unamuno. 6 de junio de 1922.

Sr. Don Pedro Emilio Coll.

Hoy mismo escribo, mi querido amigo, al Dr. S. Key Ayala sobre lo del folleto *La familia Jugo*, que le agradezco. Aunque no es lo que yo creía me interesa. Como entre las notas que dejó mi abuelo materno José Antonio de Jugo hay interesantes datos del origen de la familia, cuyo solar el caserío Jugo en Galdácano (Vizcaya) que conozco, me interesaba saber de esa rama criolla venezolana.

Mañana le enviaré el retrato que me pide. Y mándeme uno suyo, aunque creo tener otro de hace años.

No olvido nuestra conversación a lo largo de la Castellana y créame que siento sus pesares y agravios. En toda alma dolorida prende como propio el dolor de un amigo, cuando es noble y serio. Y el de usted lo es.

Yo solo deseo que lleve un dulce recuerdo de esta áspera España, donde se pasa del horno al hielo en pocos días, y sobre todo de los españoles que al conocerle le hemos querido y le hemos estimado compatriota. ¿Enemigo de España? No lo es más usted que yo y yo soy el mayor enemigo de mi madre —¿madre? ¡No! ¡hija!— de mi hija España.

Sabré de usted cuando descanse en su Venezuela, también conturbada y dolorida.

Le abraza,

Miguel de Unamuno.

Salamanca, 06-VI-1922.

Adenda B

Misivas de Manuel Díaz Rodríguez, Pedro César Dominici, Eloy Guillermo González, José Gil Fortoul y Alejandro Fernández García a Miguel de Unamuno.

Misiva 1

Misiva de Manuel Díaz Rodríguez

Caracas: 25 de julio de 1901
Sr. D. Miguel de Unamuno

Mi querido amigo: la carta del 11 del mes pasado no me halló en París, vino a encontrarme en Venezuela y no en la capital sino a una hora de distancia de allá, cerca del pueblo en donde nací, a la sombra de los cafetales, bajo los bucares y los mangos, a donde vine a convalecer de una tremenda gripe que atrapé a bordo viniendo de Europa. Y no solo he venido a vivir entre los árboles por cobrar un poco de salud sino también por evitar, al menos durante algún tiempo, el contacto de las gentes de la ciudad, abstraídas, ahora, en fealdades políticas y otras miserias. Por lo pronto me empeño en ser un ferviente de Ruskin y de su religión de la naturaleza. Me dedico al amor de las rocas, las bestias y los árboles.

No he recibido, y lo siento mucho, el número de *La Lectura* en que usted amablemente consagra un estudio a *Ídolos rotos*. Ese número quizá me lo haya enviado el señor (...) a París. Aunque no me es muy fácil ahora, por estar bastante lejos, tal vez yo lo pida directamente a Madrid, en estos días. Deseo muchísimo leer el juicio de usted sobre mi novela.

Tiene usted razón en suponer que me he creado con mi libro muchos enemigos en Venezuela. Así ha pasado y yo de antemano lo sabía. No podía suceder de otro modo porque hay muchos que viven de las modas que denuncio en mi novela. Y está en la *obligación y el deber* de ellos el decir mal de mi libro y el jurarse mis enemigos mortales. Mucho se ha escrito aquí sobre *Ídolos rotos* y siento en el alma que de eso no haya leído usted lo mejor, ni mucho menos. Mucho se ha escrito ya en pro, ya en contra de la novela y de su autor. Afortunadamente, los mejores y de más autoridad han estado de mi parte y han defendido muy bien

a *Ídolos rotos*. Entre los mejores juicios están en primer término los de Pedro Emilio Coll y sobre todo Ángel C. Rivas (que no tiene nada que ver con el Sr. Rivas Vargas cuyo artículo leyó usted en *Venezuela Ilustrada*). Casi todos los que han hablado y escrito contra *Ídolos rotos* son *doctorcitos de la prensa* y políticos —tras que, al hacer así— defendían su negocio. Y los que no me han combatido con la pluma y bajo la máscara de su pseudónimo, lo han hecho con armas menos limpias, así como la murmuración calumniosa. Difícil me es escribirle todo lo que se escribió y dijo de mi libro y difícilmente podría usted imaginarse la tempestad de iras y furores que *Ídolos rotos* despertó a su llegada.

Para que tenga una idea más o menos aproximada le diré que ha sido el mayor éxito de librería que por aquí se conoce. Todos los ejemplares que vinieron a Venezuela estaban ya vendidos a mi llegada.

Estoy de acuerdo con usted en lo que me escribe sobre *El triunfo del ideal* de Dominici. Desde mi salida de París no tengo noticias de Darío. Hoy, precisamente, esperaba yo alguna carta suya, pero no me ha llegado nada. Espero siga escribiéndome que mucho se lo agradeceré, su amigo (...).

Manuel Díaz Rodríguez.

Misiva Pedro César Dominici

París: 6 de diciembre, 1901
Sr. D. Miguel de Unamuno
Salamanca.

Distinguido amigo:

Desde hace tiempo estoy por escribirle, pero la crisis que reina en Venezuela se ha reflejado en todos mis asuntos y me ha impedido hacerlo antes. Con frecuencia leo en *El Tiempo* de Caracas escritos suyos que por allá reproducen, en donde aparece usted como el ilustre pensador que tanto da que decir en España. Creo que Ud. debe tener en su patria muchos enemigos y, como es natural, amigos entusiastas, pero Ud. no corteja la necesidad dominante, y eso debe aislarlo, tal vez allí reside su fuerza; su manera de filosofar es contraria a la mediocridad grata a Sarcey, l'oncle que gobernó la crítica en Francia, y por eso le digo que no debe ser Ud. amado en España. En América hispana es otra cosa, menos atada a la tradición de nuestra raza, más cosmopolita, allá las ideas de Ud. encuentran un terreno más fácil para sembrar, y allá se le admira con sinceridad, su nombre es ya de todos conocidos. Ve Ud. que los americanos no somos ingratos, y que sabemos agradecerle lo que Ud. hace por nosotros en España, en donde no se nos ama mayormente.

Sabemos que es Ud. atacado porque nos defiende. Ayer recibí un librito de Candamo, *Estrofas* con prólogo suyo, en que lo anima Ud. a trabajar y a pensar. ¿Por qué no me hace Ud. enviar los periódicos literarios en que Ud. escribe? No sé si habrá Ud. publicado algo sobre *El triunfo del ideal* como Ud. me ofrecía. Leí un bello juicio sobre el libro de Díaz Rodríguez, ¿me ha olvidado Ud.? Por Amado Nervo he tenido noticias tuyas. Yo vivo aislado y no frecuento a nadie. Espero para el próximo marzo publicar otra novelita. Veremos.

Esperando saber de Ud. pronto, lo admira su amigo afectísimo
Pedro César Dominici
32, rue Breda.

Misiva de Eloy Guillermo González

Quinta El Solitario

Caracas (Venezuela), 26 de abril de 1907

Señor D. Miguel de Unamuno

Salamanca.

Muy distinguido y venerado amigo:

Sea U. tan generoso como para excusar la tardanza de esta carta, pero muchas líneas postales son tan pocas, que perdida una ocasión, la otra es, o inesperada, o lejana.

Su carta de U. es bien amable y le agradezco mucho.

Gil Fortoul me avisa que envió a un su amigo de aquí los artículos de U. Le he suplicado para hacerlos reproducir.

Este gobierno ha creado en nuestra universidad una cátedra libre de Anales Patrios y me ha honrado con su regencia: al ser publicadas, en el periódico universitario, las primeras lecciones, tendré el cuidado y el placer de enviarlas a U.

Como vivo fuera de la ciudad, será solo de aquí a 2 o 3 semanas que debo verme con el Sr. ministro de lo Exterior, a ver si remiten a U. los 31 volúmenes de O'Leary, en donde se halla una copiosa correspondencia de Bolívar. Será, como U. presumirá, grande el bulto y por ello no puedo yo remitirlo. Le será a U. bien útil.

Coll me encargó en días pasados diese a U. muy afectuoso recuerdo.

Yo me prometo suministrar a U. lo más posible en papeles importantes y mientras tanto, estoy a su mandar como admirador y como amigo,

Eloy Guillermo González

Misiva de José Gil Fortoul 1

Nachodstr. 30.

Berlín, 7 de enero, 1907

Señor D. Miguel de Unamuno.

Mi distinguido amigo: no pensaba escribirle todavía sobre su *Vida de D. Quijote y Sancho*, porque la voy leyendo poco a poco, saboreando sus explicaciones y comentarios, y esperaba llegar al último capítulo para apreciar toda la originalidad, honda filosofía y vuelo de brillante imaginación, con que usted nos presenta, mejor que nadie hasta ahora, la obra más maestra de la literatura europea. Yo volveré sobre tema tan interesante. Su libro es de los que perduran. Lo felicito y lo aplaudo de todo corazón.

Recibí hoy su carta del día 4. Escribiré pronto a Caracas, al Ministerio de Instrucción Pública, a ver si le envían a usted nuestras más importantes colecciones históricas, o la parte que se pueda. De la correspondencia de Bolívar hay una, pero vieja e incompleta. Existen dos que se titulan: 1) *Documento para la historia de la vida pública del Libertador*, (4 tomos, por José Félix Blanco y Ramón Azpurúa, 1877). Blanco figuró en la Guerra de Independencia (era presbítero y llegó a general), y Azpurúa, hombre más novedoso, aumentó sus documentos. Ambos, sobre todo el último, de criterio mediocre. No quisieron insertar, y se ha perdido, cierto interesantísimo diario, del que se conocen fragmentos, escrito por un oficial del ejército que asistía a la tertulia de Bolívar en 1828. 2) *Memorias del general O'Leary*, 24 tomos 1884, con una narración hasta 1828 y documentos que no están en la anterior. La completa y aventaja. Por supuesto, después se han descubierto muchas cosas, que andan en libros, periódicos y archivos particulares. Tal vez se decida el gobierno a hacer una publicación mejor, con motivo del centenario de la Independencia. A propósito estuve una vez trabajando en el archivo de Sevilla, donde hay un mundo de cosas inéditas... y no todas organizadas.

Dije «tal vez», y esto me trae a otros párrafos de mi carta. Nosotros somos también muy miopes en cuestiones de vital importancia.

Españoles y americanos no nos quedamos nada a deber en cuanto a ciertos errores *nacionales*. Por ejemplo, esa «unión iberoamericana», que califica usted con tan justa severidad, es realmente un enorme disparate, español y americano, en la forma en que se le ha dado. Y si esos señores aspiran a ser (¡ellos!) «metrópoli de cultura», como si la cultura no fuese hoy mundial con la rapidez de comunicaciones materiales e intelectuales, en ciertas partes de América hay la estupenda pretensión de creer que unos cuantos de nuestros trasnochados imitadores del francés le van a imponer a España su manera de pensar, si es que piensan, y de escribir... en jerigonza.

Acaso la conciencia de nuestros comunes achaques nos lleve a comprender mejor la actualidad y lo que es posible divisar del porvenir. Y he aquí una de las buenas obras en que ya van trabajando los entendimientos previsores, del uno y otro lado del océano.

He viajado tres veces por España, en distintas épocas. Hace veinte años pasé uno en Madrid, y en último decenio anduve por Andalucía y Cataluña. Del Norte no conozco más que a San Sebastián. En esos tres viajes aprendí a admirar la vitalidad del *pueblo* español y de algunos individuos de su clase superior. Y creo firmemente que volverá a ser una gran potencia, económica e intelectual. ¿Cuándo?.. Cuando su clase directora corrija el mismo error que aqueja a la nuestra hispanoamericana... Un venezolano elocuente —Cecilio Acosta (sus obras, que contienen oro puro, no están recopiladas— decía: «Aquí es pan cuanto las manos tocan». Pero no hay manos que toquen, y en cambio hay gente que muere de hambre. «Traigamos los que nos falta, población y capitales», clamamos otros, en el desierto. Pero en vez de capitales reproductivos y población trabajadora, traemos harina de los Estados Unidos (lo de España que usted dice) cuando en nuestro suelo se da el trigo como si fuese mala yerba. Y hasta se presenta a menudo el caso de que importamos judías, que llamamos caraotas, cuando nuestro clima es, para cosecharlas, una bendición del cielo. Verdad es que ya se nota algún progreso, en cuanto al trigo que empezamos a moler. Aunque también es verdad

que el transporte de un saco, de los Andes a Caracas, cuesta más que si llegase de Nueva York.

No sigo. Sé que nuestra correspondencia será frecuente y cordial. Vamos usted y yo por el mismo camino, a mitad de la vida, y ¡cuántas veces tendré yo el placer de departir con mi nuevo y eminente amigo!

Soy suyo de veras.

J. Gil Fortoul

Misiva de José Gil Fortoul 2

Nachodstr. 30.

Berlín, 6 de marzo, 1907

Mi muy distinguido amigo: para referirme a su amable carta del 25 de febrero estaba esperando el número de *La Nación* que trae su artículo *Don Quijote y Bolívar*. Acabo de leerlo, y me apresuro a darle las gracias por la cariñosa simpatía con que habla usted de mi historia. Su estudio es verdaderamente brillante, lleno de indicaciones sugestivas, digno, en fin, de su pluma.

El modo en que aprecia usted al Libertador se lo van a agradecer también en Venezuela, pues contribuye a darlo a conocer mejor en la Argentina, donde se tiende a seguir ciegamente a Mitre,... como entre nosotros hay igualmente tanta gente que adopta las exageraciones líricas de Larrazábal. Bolívar y San Martín no se parecían en cuanto a temperamento, y de ahí viene la dificultad y parte errónea de los paralelos conocidos. Grande era el uno y grande el otro; pero su respectiva grandeza no la aprecian bien sino los habituados, como usted, a ver las diferencias de carácter. Yo me inclino a la comparación del chileno: águila y zorro. Lo malo, para el vulgo, es que el zorro suele tomarse en un sentido convencional,... calumniando al zorro.

Mando hoy su artículo a Caracas, para que lo reproduzcan. Y haré lo propio cuando venga el segundo.

Gracias repetidas de su afmo. Amigo y colega.

J. Gil Fortoul

Misiva de José Gil Fortoul 3

Nachodstr. 30.

Berlín, 18 de marzo, 1907

Señor D. Miguel de Unamuno:

Mi distinguido y buen amigo: en su carta del 9 tengo ya marcado el párrafo con que usted define, muy exactamente, la figura de San Martín. Y apunto también su proyecto de un libro sobre los héroes de acción americanos. Es un mundo, dice usted. Sí, un mundo que usted nos haría a todos, españoles y americanos, el servicio de aclarar desde el punto de vista psicológico. Cordialmente, deseo que no abandone tan interesante proyecto.

Acabo de leer su estudio sobre la *Ciudad y la patria*. En él encuentro su teoría muy original, bien fundamentada en sociología y merecedora de amplio desarrollo en política. Otro buen libro podría con ella. Mando el recorte a Caracas, para que lo reproduzcan. Le enviaré el periódico que publique este y su primer artículo. Y de nuevo un millón de gracias. Ya estoy corrigiendo prueba de mi segundo tomo de historia; pero es trabajo largo, y el volumen no podrá salir antes de cinco meses.

Quedo esperando su tomo de poesías.

Su amigo de veras.

J. Gil Fortoul

Misiva de Alejandro Fernández García

Caracas: octubre de 1900
Señor Don Miguel de Unamuno
Salamanca.

Distinguido amigo:

Los escritores jóvenes americanos tenemos una gran lectura francesa. Las canciones de Verlaine, de Baudelaire y de Musset son las abejas de nuestros rosales interiores. De allí que nuestros versos o nuestras prosas se resientan de ello. De allí también mi influencia en nuestra alma americana. Sin embargo, la gran España lírica vive en nuestras almas; pero una España ambigua, viejísima, secular, legendaria; no la España moderna la que amamos. Permítame usar con usted estas franquezas hijas de la tristeza producida por la contemplación del solar en ruinas de la literatura española, sin menoscabo de mucho mármol bello existente.

Ya lo conocí a usted, y desde ese instante comenzó mi gran admiración y mi profundo respeto por su talento. En cierta ocasión, en contra de mi costumbre, leyendo una empolvada revista española, encontré enterrado bajo mucha tierra ruin, un artículo suyo como un yacimiento de oro.

El artículo en cuestión era el titulado: «En torno al casticismo».

Desde entonces comienza mi amistad lejana y oscura que hoy con motivo de enviarle mi libro *Oro de alquimia*, tengo el placer de ratificarle.

Mi libro será para usted, lectura humilde, acostumbrado su cerebro a volar como un águila de cumbre en cumbre. Pero tengo la esperanza de que para las fragilidades de mi espíritu tendrá el suyo caridad, y que no verá en mi libro sino una gimnasia de estilo que he tratado de hacer con el viejo y labrado metal del habla castellana.

Su admirador y su amigo.
Fernández García

Adenda C

Misivas de Rufino Blanco Fombona a Miguel de Unamuno

Misiva 1

Singel, 190

Ámsterdam, 12 de enero 1901

H. D.

Miguel de Unamuno

Salamanca

Muy distinguido amigo:

¡Qué apenado estoy con U! ¡Cómo es posible que no le haya contestado antes su carta! ¡Cómo es que no he buscado primero esa mano que se me tiende! ¡Cómo no le he dicho ya lo mucho que admiro su inteligencia, tan poderosa, y su alma tan serena, tan abierta a todas las ideas, con esa luz de las cosas que se llama la comprensión, con esa caridad de la mente que se llama la tolerancia! Pero créame U. le he enviado muchos mensajes con el pensamiento. U. no sabe qué vida he llevado últimamente. Baste decirle que hace varios años no paso uno fijamente en ninguna parte. Y este año que ha pasado, ¡fue para mí tan doloroso!

Le diré la suerte que hubo de correr su carta. La recibí en la dirección de *El Cojo*, periódico nuestro que acaso usted conozca. Los amigos me instaron a que la publicase. El director del periódico me la pidió y tuve la debilidad de ceder. Su hermosa carta salió publicada en *El Cojo Ilustrado*, de Caracas, el 1º de noviembre del año pasado. Perdóneme, si he cometido una indiscreción. Es la primera vez que hago tal cosa. Puede arrojarse la primera piedra el que esté sin pecado.

Pero hablemos de U. Yo lo conocía a U. por algunos de sus libros. Su inteligencia, extraña a todo prejuicio, suave, (...) —si vale decir— noble, abierta, generosa como un bálsamo, es de las que se filtra en los corazones, como las de Renan y Anatole France, por ejemplo; es de las que uno admira, comprende y ama.

¡U. no sabe qué orgulloso estoy con lo que U. me dice de *Cuentos de poeta*! Las inteligencias de los demás son como espejos donde uno se ve. Un juicio de otro le presenta a uno, fases que uno no se había visto. La autoexperimentación, el conocimiento de uno mismo, es acaso imposible, cegado como estaría uno por la vanidad, etc., etc.

¡Ojalá escriba U. la obra que promete sobre nuestra querida y revolucionaria América! Esto sería una revelación para España y para la propia América que, en cierto modo, se ignora a sí misma.

Pero no vaya U, por Dios, a sacar de su sombra a tanta mediocridad engreída como pulula por allí, a tanto genio goajiro, a tanta notabilidad de parroquia, a tanto personaje de alcabala, a tanto literato de similar. Deje a esos pobres de espíritu en su reino de los cienos.

De América, a lo más obtendrá U. una docena de espíritu *d'elite*, de almas distinguidas, entre temperamentos de artistas y cerebros de combatividad y de pensamiento grande.

Me explico muy bien lo que a U. extraña, o mejor dicho, lo que a U. gusta en la lengua de los libros americanos, y que nota en el mío.

Yo, como U. advertirá, he sido amamantado con los clásicos españoles. Nieto de español y siendo mi abuelo profesional de la pluma —aunque no una notabilidad— sobrino también de otro escritor que pasa como el mejor purista de Venezuela —don Manuel Fombona Palacio— ya U. dirá si tengo por qué haber enraizado mi inteligencia en las viejas letras españolas.

Pero yo, por otra parte, desde muy joven he viajado, y seguido este consejo anónimo, o cuyo autor no recuerdo: «Si quieres conocer tu lengua estudia las ajenas». Y este consejo, deliberadamente o no, lo siguen muchos jóvenes americanos. Además, la inmigración, el comercio, la vida política, exterior, nos ponen en comunicación constante con otros pueblos y con otras razas. De ahí, creo yo, cierto tinte especial de nuestra lengua y cierto morro de nuestro pensamiento. Por supuesto, operando sobre nuestra sangre mixta de indios, de negros, de europeos —con especialidad de españoles como U. comprende—. Piense ahora cuántas sangres distintas se juntaron en cualquier europeo —español, inglés—, hasta fundar el tipo, y dígame si América no está en los umbrales de su propio ser, si no está por llegar a ser. A esta diversidad de razas, añada el influjo poderosísimo allá —del medio— y concluya conmigo en que en América no hay por el momento una literatura porque no hay todavía un tipo de raza, aunque si existan, como escriben brillantes ingenios, personalidades distinguidas, tanto como las de Europa. Yo creo que de

ahí se debe partir para un estudio sobre nosotros. Algo he publicado yo a ese respecto.

Sospecho que me voy haciendo interminable, pero ¡ay, amigo mío, cuántas horas tendría para hablar con U., para escribirle!

Pienso hacer un viaje a España, aunque no todavía, e iré a Salamanca solo con el objeto de conocer a U. Pero generalmente yo no quiero conocer a nadie, ni que nadie me conozca: se sufren grandes desilusiones.

La distancia y el misterio engrandecen a los hombres. «No hay hombre grande para su ayuda de cámara».

Mándeme sus libros, todos sus libros. Quiero conocerlo y amarlo bien. Su alma es de las que mayor impresión, y más dulce, me ha producido, entre los escritores españoles jóvenes. A la verdad conozco muy pocos escritores jóvenes de España. Dígame quiénes son los más distinguidos para encargar sus obras. Quiero conocer mucho de lo moderno español antes de mi viaje a España, tierra por la cual siento ahora un profundo amor romántico.

Tiene ahora para mí la Madre Patria de atrayente la lastimera herida que le produjo un pueblo al cual yo aborrezco.

Le mandé mis *Trovadores y trovas*, libro de pura orfebrería que comprendo no le va a gustar; sobre todo le disgustarán mis versos ¿no es verdad?

Preparo un volumen nuevo, mi libro de viajes. Procuraré apartarme de todos los escritores de viajes. Tengo mi plan; el libro no será una gran cosa, pero sí, en cierto modo, original.

Adiós.

Escríbame muy largo. Yo no dejaré tanto dormir sus cartas.

Le participo que actualmente desempeño en esta ciudad el Consulado de mi país.

Puede escribirme a esta dirección:

R. Blanco Fombona/Singel 190, Ámsterdam.

Misiva 2

32 Rue du Mont Thabor
París, 22 de mayo 1908
Sr. Don Miguel de Unamuno
Rector de la Universidad de Salamanca

Mi querido Unamuno:

Días pasados le remití varios libros de historia suramericana, entre los cuales *Las cartas del Libertador* (los dos últimos volúmenes). Espero los haya recibido.

Ahí le mando las pruebas de un artículo que he escrito sobre usted y sobre Bolívar, artículo inédito, que formará parte de mi próximo libro: *Letras y letrados de Hispanoamérica* que saldrá muy pronto, editado por Ollendorff.

Mi objeto es doble, primero: manifestarle a usted aprecio personal y simpatía intelectual; y luego: popularizar un poco en España, en vísperas del centenario de nuestra independencia, el nombre del Libertador.

Corrija, pues, las pruebas y el texto como le dé la gana, y envíe el artículo a un periódico o revista de Madrid.

En otro artículo de mi libro vuelvo a ocuparme de usted, más directamente y rebatiendo ciertas ideas suyas. Me ocupo también de la joven literatura española, en sus relaciones con la de Hispanoamérica.

Mi criterio está por encima de todas las pequeñeces de rivalidad, dentro de lo que yo creo como la justicia, por supuesto.

Mi patriotismo es un sentimiento de raza.

Avíseme recibo del artículo; y si resuelve a enviármelo a la prensa peninsular, dígame a quién lo envía.

Soy su afectísimo amigo,
R. Blanco Fombona.

P.S. Para el año que viene o para 1810¹ pienso publicar un volumen sobre Bolívar y va a ser usted, español, quien me lo va a prologar, si consiente en ello.

1 Rufino Blanco Fombona escribió 1810 en vez de 1910. En *Diarios de mi vida*, al respecto, comentó: «Paso una o dos horas de la mañana, diariamente, desde hace dos semanas, en la Biblioteca de la Academia Nacional de la Historia, donde tomo notas para el libro sobre Bolívar que daré a la publicidad, si puedo, en el año de 1910, centenario de la independencia» (16 octubre de 1908).

Misiva 3

Madrid, 9 de octubre 1914
Sr. Don Miguel de Unamuno
Salamanca

Querido Unamuno:

Ayer recibí su estudio sobre *Don Quijote Bolívar*. Todo me gusta en él, hasta el título. Usted prescinde, con muy buen acuerdo, en el examen de Bolívar de lo accesorio, retórico y de política ocasional que hubo en él y que es lo único que han visto en él, hasta ahora los historiadores; usted se va directamente al alma del hombre.

Ese viaje suyo de exploración al alma de Bolívar es interesantísimo, aunque lo haya hecho solo en una dirección y olvidase otros aspectos de aquel espíritu.

Tiene usted razón: Bolívar fue hombre de ideas y, sobre todo, de ideales. Su quijotismo es evidente. Desde que usted, el primero, señaló la semejanza entre don Quijote y Bolívar, innúmeros escritores comentaron como un acierto su descubrimiento. Yo no lo comenté; pero me puse a solicitar ejemplos que reafirmasen la opinión de usted, sacando buena, a cada ejemplo, su observación psicológica que usted hizo.

Oiga: ¿no parecen palabras del Quijote y no revelan alma del más puro quijotismo aquellas palabras de Bolívar al emprender una de sus *salidas* —mientras preparaba una expedición que no realizó, creo que a Filipinas—: «Mi deber es sacar siempre la espada por la justicia y correr a donde haya pueblos que defender».

En su lecho de muerte, desterrado, calumniado, desiluso, comprendiendo la inanidad del esfuerzo se comparó con dos grandes redentores y no le extrañó seguir la suerte de los redentores, es decir, morir en cruz: «Los tres más grandes majaderos de la humanidad —dijo— hemos sido Jesucristo, don Quijote y yo».

Ha pasado un siglo hasta que un español nos descubre el quijotismo de Bolívar, que es una de las esquinas de su carácter, y por eso quijotismo caballeresco e idealista, generoso, altruista, —llama de un gran fuego de amor— es que los pueblos prácticos, limitados, comerciantes, groseros,

canibalescos, como los Estados Unidos, y aún la Argentina, comprenden con dificultad a Bolívar. Por eso Bolívar es tan superior a Washington, que era el grande hombre mediocre, y a San Martín tan inferior a su época y a su papel histórico de libertador.

Tiene usted razón de sobra cuando habla en su carta última, de la ingenuidad de Bolívar, en medio de su teatralidad y de la pedantería de San Martín en medio de su modestia.

Vea este ejemplo que apoya su opinión respecto a San Martín cuyo carácter han desfigurado, hermoseándolo, Mitre y comparsas.

San Martín, como usted sabe, se creía un gran general. Cuando tuvo que ausentarse del Perú porque no podía dominar el país, ni siquiera su propio ejército y porque eso podía contrarrestar las tropas que los generales españoles habían levantado y acondicionado en los Andes de Bolivia y Perú, cuando tuvo que retirarse, obligado por las circunstancias, creyó que el Perú lo llamaría pronto y que Bolívar fracasaría en la empresa libertadora, como él acababa de fracasar. Así, al retirarse, escribió al gobierno del Perú, pidiéndole *licencia* para trasladarse a Europa por *tres años* con el objeto, decía, de *perfeccionarse en la carrera militar*.

Qué prueba más palmaria de ese pedantismo de que usted, con razón, lo acusa.

El gobierno de Lima lo ejercía en aquella sazón el marqués de Torre Tagle, era mal sujeto, maleante e irónico como buen limeño. Y Torre Tagle repuso a San Martín: «Puede usted irse a perfeccionarse en la carrera militar y permanezca por Europa, no tres años sino todo el tiempo que desee». Así terminó don José. El alma espontánea del Quijote no tuvo nada que hacer con él. Todo esto lo recuerdo para que vea que sus opiniones psicológicas se corroboran con la historia.

Le he escrito demasiado largo y le he hablado de su magnífico estudio demasiado poco, otra vez será.

Su admirador y sincero amigo,
R. Blanco Fombona.

Índice onomástico

Alvarado, Lisandro. Nació en el Tocuyo, estado Lara, Venezuela, en 1858 y murió en Valencia, estado Carabobo en 1929. Médico de profesión, escritor, políglota, historiador y etnógrafo.

Andueza Palacio, Raimundo. Político liberal. Fue derrocado en 1892 por Joaquín Crespo.

Arcaya, Pedro Manuel. Nació en Coro, estado Falcón, Venezuela, en 1874. Fue eminente escritor y científico social. Organizó una de las bibliotecas más completas sobre las principales producciones intelectuales de los venezolanos y latinoamericanos en general. Hoy biblioteca Arcaya, ubicada en la Biblioteca Nacional de Venezuela, Caracas.

Arreaza Calatrava, José Tadeo. Nació en Aragua de Barcelona, estado Anzoátegui, en 1885 y murió en Caracas en 1970. Escritor y poeta. Importante colaborador de *El Cojo Ilustrado*.

Baroja, Pío. Escritor y periodista español, nació en San Sebastián en 1872. Se le considera una de las figuras más importantes de la generación del 98.

Betancourt, Rómulo. Nació en Guatire, estado Miranda, en 1908 y murió en Nueva York en 1981. Escritor y político. Fue presidente de la República (1959-1964).

Blanco Fombona, Rufino. Nació en Caracas en el año de 1874 y murió en Buenos Aires, Argentina, en el año de 1944. Fue inagotable escritor y editor. Vivió durante muchos años en el exilio como consecuencia de su abierta hostilidad contra el régimen dictatorial de Juan Vicente Gómez, perpetuado en el poder durante 27 años.

Briceño, Iragorry, Mario. Nació en Trujillo (Venezuela), en 1897 y murió en Caracas en 1958. Eminente ensayista sobre asuntos venezolanos. A él le debemos reflexiones medulares sobre el tema de la nacionalidad durante la etapa de transnacionalización del capital estadounidense hacia las zonas económicas medulares de la república, profundizando, así, sus características de enclave económico con sus correspondientes modelos culturales alienantes.

Buenaventura, M. M. (Sin información biográfica). Escribió una carta a Miguel de Unamuno, escrita en París, un 6 de septiembre de 1929.

Calcaño, Julio. Nació en Caracas en 1840 y murió en la misma ciudad en 1912. Historiador, gramático, poeta y escritor. Miembro cofundador de la Academia Venezolana de la Lengua y su secretario perpetuo.

Carbonell, Diego. Nació en Cariaco, estado Sucre, en 1884 y murió en Caracas en 1945. Historiador y médico.

Castro, Cipriano. Nació en Capacho, estado Táchira, Venezuela, en 1858. Político y militar andino. Asume el poder en el año de 1899, instaurando la hegemonía andina en el poder. A diferencia de Juan Vicente Gómez, su ideario estuvo atravesado por hondo nacionalismo.

Coll, Pedro Emilio. Nació en Caracas en el año 1872 y falleció en la misma ciudad en 1947. Literato honesto y de singular inteligencia. Fundó junto a Pedro César Dominici y Luis Manuel Urbaneja Achelpohl la revista *Cosmópolis*, vanguardia modernista en aquella Caracas provinciana.

Correa, Luis. Nació en Higuerote, estado Miranda, en 1886 y murió en Nueva York en 1940. Junto a Jesús Semprún, fundó la revista *Sagitario* en 1911.

Crespo, Joaquín. Político integrante del Liberalismo Amarillo. Dos veces presidente de la República de Venezuela. Fue asesinado durante la refriega ocurrida en La Mata Carmelera en 1898.

Dario Rubén. Nació en Metapa, Nicaragua, en el año de 1867 y falleció en León, Nicaragua, en 1916. Su obra poética y ensayística impactó grandemente tanto en América como en España.

Dato, Eduardo. Político español, nació en 1856. Jefe del Partido Conservador y presidente del Consejo de Ministros durante dos períodos. Fue asesinado.

Díaz Rodríguez, Manuel. Nació en Chacao, estado Miranda, en 1871 y murió en Nueva York en 1927. Finísimo escritor modernista. Amigo de Pedro Emilio Coll y otros destacados escritores de su generación. José Gil Fortoul, aplaudió sus novelas. Si bien, fue duramente criticado por Miguel Eduardo Pardo.

Dominici, Pedro César. Nació en Carúpano, estado Sucre, en 1876 y murió en Buenos Aires en 1954. Ingeniero, filósofo, novelista, periodista y diplomático. Amigo íntimo de Pedro Emilio Coll y Luis Manuel Urbaneja Achelpohl. Cofundador de la revista de corte modernista, *Cosmópolis*. Colaborador del famoso quincenario caraqueño, *El Cojo Ilustrado*.

Emparan, José. (Sin información biográfica). Envío postal a Miguel de Unamuno desde algún lugar de Venezuela.

Ernst, Adolfo. Nació en Princkenan, Silesia, Alemania, en 1832 y murió en Caracas en 1899. Radicado en Caracas desde el año de 1861, fundó cátedra de cuño científico social y natural, resquebrajando el dominio filosófico de los catedráticos románticos y escolásticos ubicados en el antiguo recinto de la Universidad Central de Venezuela. José Gil Fortoul fue uno de sus discípulos más aventajados.

Fals Borda, Orlando. Sociólogo colombiano. Nació en Barranquilla en 1925 y murió en Bogotá en 2008. Junto con el teólogo católico Camilo Torres Restrepo, fundó mirada sociológica que contravino tanto la concepción positivista como la funcionalista. Sobre la base de su propuesta teórico-metodológica de la investigación-acción, llevó adelante trabajos de campo que lo implicaron con los problemas sociales de los más vulnerables de estas sociedades capitalistas dependientes.

Febres Cordero, Tulio. Nació en Mérida en 1860 y murió en Curazao en 1938. Escritor de fina sensibilidad.

Fernández García, Alejandro. Nació en Caracas en 1876 y murió en la misma ciudad en 1939. Dirigió la revista *Alma Venezolana* en 1910 y fue colaborador del quincenario *El Cojo Ilustrado*.

Fernández Hurtado, Juan. (Sin información biográfica). Escribió dos misivas a Miguel de Unamuno: la primera redactada en Caracas, el 22 de febrero de 1901 y la segunda en la misma ciudad, el 7 de junio de 1901. Este intelectual fue el director y propietario de la revista *Venezuela Ilustrada* donde le publicó a Unamuno «Juventud, ciencia y libertad».

Galeano, Eduardo. Escritor uruguayo, nació el 3 de septiembre de 1940 y falleció el 13 de abril de 2015. Entre sus obras eminentes, encuéntrase: *Las venas abiertas de América Latina*. Su quehacer periodístico crítico despertó la consciencia social de varias generaciones de latinoamericanos.

Gil Fortoul, José. Nació en Barquisimeto, estado Lara, en 1861 y murió en Caracas en 1943. Destacado escritor y científico social. Diplomático honesto y nacionalista. En su *Historia constitucional de Venezuela*, reivindicó la «raza mestiza» en detrimento de la mirada colonialista.

Gómez, Juan Vicente. Nació en La Mulera, estado Táchira, Venezuela, en 1857. Formó parte de la Invasión de los 60, liderada por Cipriano Castro. En alianza con el poder estadounidense, aprovechó un viaje por

enfermedad del general Castro para asestarle un golpe de Estado. Tomó el poder por esa vía ilegítima en el año de 1908.

González, Eloy Guillermo. Nació en El Tinaco, estado Cojedes, en 1873 y murió en Caracas en 1950. Hombre de letras preclaro y de hondo patriotismo. Sus labores periodísticas, pedagógicas y diplomáticas contribuyeron con el álgido tema de la nacionalidad.

Guzmán Blanco, Antonio. Nació en Caracas en 1829. Jugó un papel estelar durante la Guerra Federal en el bando de los liberales. Artífice del Tratado de Coche (1863). Aunque su actuación política, junto a Crisóstomo Falcón, puso fin a la hegemonía conservadora bajo el liderazgo de José Antonio Páez, su administración político-administrativa, durante 18 años, fue de carácter reformista, lejos del ideario zamorano.

Guzmán, Antonio Leocadio. Nació en Caracas en 1801 y murió en 1884. Fundó el Partido Liberal y su órgano difusor: *El Venezolano* en 1840. Padre de Antonio Guzmán Blanco.

Herrera Irogoyen, J. M. Político, empresario y editor, fue uno de los fundadores del quincenario *El Cojo Ilustrado*. Nació en Caracas en 1847 y murió en la misma ciudad en 1929.

Key Ayala, Santiago. Nació en Caracas en 1874 y murió en la misma ciudad en 1959. Importante escritor e internacionalista.

Lameda, Juan B. (Sin información biográfica). Redactó un breve escrito a Miguel de Unamuno en Caracas, un 1.º de mayo de 1920.

Liscano Vargas, Juan. Nació en Barquisimeto, estado Lara (18¿?) y murió en Caracas en 1918. Abogado. Literato. Colaborador de la revista *El Cojo Ilustrado*. Cabe destacar que este fue el padre del brillante poeta e intelectual, Juan Liscano Velutini.

Matute, Delfín. (Sin información biográfica). Dirigió correspondencia a Miguel de Unamuno en Caracas, un 17 de noviembre de 1910.

Medina Chirinos, C. Nació en Maracaibo, estado Zulia, en 1884 o 1886 y murió en la misma ciudad en 1946. Historiador. Dirigió la revista *Heliotropos* y fue director del periódico *El Siglo*.

López Méndez, Luis. Nació en San Antonio, estado Táchira, Venezuela, en 1863. Falleció prematuramente. A pesar de su juventud, influyó asertivamente en algunos integrantes de su generación, tales como Alejandro Urbaneja, David Lobo y Nicomedes Zuloaga. Además, fundó

el partido político *Unión Democrática* con una visión política de avanzada para la época.

Mitre, Bartolomé. Nació en Buenos Aires, Argentina, en 1821. Fue un destacado escritor, hombre de Estado y militar.

Morantes, Pedro María (Pío Gil). Nació en San Cristóbal, estado Táchira, Venezuela, en 1865 y murió en París, Francia, en 1918. Con el pseudónimo de Pío Gil denunció actos de corrupción administrativa y moral durante el gobierno de Cipriano Castro. Morantes fue abogado y destacado escritor.

Ortega y Gasset, José. Filósofo español, nació en Madrid en 1883 y murió en la misma ciudad en 1955. Fundador de la concepción denominada *raciovitalismo*. De fina inteligencia social y política.

Pardo, Miguel Eduardo. Nació en Caracas en 1868 y murió en París en 1905. A pesar de su prematuro fallecimiento fue prolífico escritor y periodista. Dejó un legado crítico a fin de repensar la venezolanidad desde bases distintas a las perspectivas de los caudillos y montoneros.

Paz Castillo, Fernando. Eminente poeta, ensayista, crítico literario, educador y diplomático, nació en Caracas en 1893 y falleció en la misma ciudad en 1981. Admirador y entrañable amigo de Pedro Emilio Coll.

Pérez Triana, Santiago. Nació en Bogotá, Colombia, en 1858. Fue eminente escritor, poeta y periodista.

Picón Salas, Mariano. Nació en Mérida, Venezuela, en el año de 1901 y murió en Caracas en 1965. Destacado prosista, historiador y humanista sin parangón.

Pietri Daudet, Antonio. (Sin información biográfica). Desde Bruselas escribió nota a Miguel de Unamuno solicitándole un artículo sobre la obra *Historia constitucional de Venezuela* de José Gil Fortoul a fin de publicarlo en su periódico *La Revue Américaine*.

Pinzón Uzcátegui, M. (Sin información biográfica). Escribió en Caracas, un 2 de enero de 1915, esquila a Miguel de Unamuno.

Pocaterra, José Rafael. Nació en Valencia, estado Carabobo, en 1889 y murió en Montreal, Canadá, en 1955. Escritor y periodista de hondo compromiso social y de gran ardor nacionalista.

Quintero, Rodolfo. Nació en Maracaibo, estado Zulia, Venezuela, en 1903 y murió en Caracas en 1985. Fue profesor e investigador de la Universidad Central de Venezuela, antropólogo y combativo sindicalista petrolero.

- Sus libros *La cultura del petróleo* y la *Antropología del petróleo* son una «radiografía» del proceso de alienación del pueblo venezolano a culturas foráneas; básicamente, la impuesta por las trasnacionales estadounidenses.
- Rangel Báez, Carlos.** (Sin información biográfica). Escribió carta a Miguel de Unamuno fechada en Caracas, un 21 de julio de 1921.
- Rodó, José Enrique.** Nació en Montevideo, Uruguay, en 1872. Sus escritos, básicamente su *Ariel*, influyeron notablemente en la juventud latinoamericana.
- Rodríguez, Simón.** Nació en Caracas en 1769 y murió en Amotape, Perú, en 1854. A lo largo de su accidentada vida había fungido como eminente pedagogo e intelectual, creativo en todas sus acciones. Su influencia sobre el Libertador Simón Bolívar está documentada.
- Rodríguez, José Santiago.** Nació en Caracas en 1877 y murió en 1945. Historiador y Abogado.
- Rojas Paúl, Juan Pablo.** Político venezolano. Integrante del Liberalismo Amarillo. Ejerció la presidencia de la República desde 1888 hasta 1890.
- Sarmiento, Domingo Faustino.** Pedagogo, escritor y político argentino, nació en 1811 y falleció en Paraguay en 1888.
- Sifontes, Ernesto.** (Sin información biográfica). Escribió una carta a Miguel de Unamuno fechada en Ciudad Bolívar (Venezuela), un 23 de septiembre de 1920.
- Silva, José Asunción.** Nació en Bogotá en 1865. Escritor romántico y simbolista. Mantuvo excelentes relaciones con escritores venezolanos, especialmente con Pedro Emilio Coll. Acabó con su vida en el año de 1896.
- Soublette, Henrique.** Nació en Caracas en 1886 y murió en las islas Canarias en 1912. Escritor y periodista.
- Urbaneja Achelpohl, Luis Manuel.** Nació en Caracas en 1873 y falleció en la misma ciudad en el año de 1937. Cofundador de la revista de corte modernista: *Cosmópolis*, junto a Pedro Emilio Coll y Pedro César Dominici.
- Urdaneta, Ismael.** Nació en Moporo, Trujillo, en 1887 y murió en Maracaibo en 1928. Poeta y escritor. Integrante de la primera generación de modernistas del estado Zulia. Junto a Jesús Semprún conformó equipo en la revista *Ariel*.
- Uslar Pietri, Juan.** Nació en Caracas en 1925. Abogado y economista. Hermano del célebre escritor Arturo Uslar Pietri.
- Villavicencio, Rafael.** Nació en Caracas en el año de 1838. Fue profesor y rector de la Universidad Central de Venezuela. Fundó la Cátedra de

Filosofía de la Historia bajo preceptos apegados al método científico, aunque no científicista.

Zamora, Ezequiel. Nació en Cúa, estado Miranda, Venezuela, en 1817. Gran militar y político, defendió con su vida la causa del campesinado sin tierra. Fue uno de los líderes del alzamiento campesino contra latifundistas en el año de 1846 y combatió por los mismos ideales durante el primer tiempo de la Guerra Federal. Ante su posible triunfo, liberales y conservadores de la rancia oligarquía, perpetraron su asesinato en San Carlos, estado Cojedes, en 1860.

Publicado por el CENTRO DE ESTUDIOS SIMÓN BOLÍVAR
en junio de 2026
Caracas, Venezuela

Cartas nustramericanas. Lecturas en voz alta del intercambio epistolar entre Pedro Emilio Coll y Miguel de Unamuno

Alexandra Mulino se traslada a principios del siglo XX para dialogar con el maestro español Miguel de Unamuno y nuestro Pedro Emilio Coll. El foco principal está en el interés intelectual por Suramérica de Unamuno y en la angustiosa búsqueda de la propia nacionalidad de Coll. La inquietud de Mulino por “la búsqueda eterna de nuestra venezolanidad difícil, compleja, dolorosa” y “en permanente ruptura con lo que no es” impele a examinar hitos del devenir nacional que nos lleven a comprendernos en nuestra propia dinámica histórica, ideológica y cultural. La lectura del intercambio epistolar de Unamuno y Coll y la manera en que la autora dialoga con ellos constituyen el método que devela la simbiosis entre el pasado y el presente: el hoy histórico que se torna eterno. Tejido de ideas que nos permite “voltar hacia adentro la mirada y no permanecer con la cabeza y el corazón siempre dirigidos hacia afuera”, eso es *Cartas nustramericanas*. Lectura en voz alta del intercambio epistolar entre Pedro Emilio Coll y Miguel de Unamuno.

C O L E C C I Ó N B O L Í V A R X X I

Alexandra Mulino Giannattasio

Socióloga egresada de la Universidad Central de Venezuela, licenciada en Educación, mención: Ciencias Sociales (Universidad de Carabobo), magister en Filosofía (UCV) y doctora por la Universidad de Salamanca (en el programa de Filosofía), España. Profesora universitaria. Investigadora del Celarg. Conferencista. Articulista de opinión en la prensa. Jurada de tesis de pre y postgrado en el área de las Ciencias Sociales. Jurada, en el área de ensayos de Monte Ávila Editores. Ha publicado libros y artículos. Ganadora del Premio Municipal de Caracas, 2017 y 2024. Se le confirió la orden José María Vargas, en su tercera clase, de la UCV, en 2019. Premio Nacional de Historia, 2025 (edición 2024).



Centro de Estudios

**Simón
Bolívar**

